


UNA HISTORIA REAL

UN AMOR EN AUSCHWITZ

FRANCESCA PACI

AGUILAR



UNA HISTORIA REAL

UN AMOR EN AUSCHWITZ

FRANCESCA PACI

AGUILAR

Francesca Paci

Un amor en Auschwitz

Una historia real

Traducción de
Patricia Orts

AGUILAR

2

3

megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

[@Ebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

4

–Mamá, ¿esto es una cárcel?

–Sí, antes de que tú nacieras esto era una cárcel.

–Es enorme. ¿Había tantos malos antes de que yo naciera?

–Esta cárcel funcionaba al contrario, dentro estaban los buenos y fuera estaban

libres los malos.

–Pero si los malos estaban libres fuera, ¿por qué no los capturaba nadie?

Eleonora, cuatro años

Birkenau, 4 de noviembre de 2015

5

Introducción

La noche del 27 de enero de 2014 acabé de escribir un artículo para *La Stampa* sobre

el septuagésimo aniversario de la liberación de Auschwitz-Birkenau. Pensé entonces que

los testigos que habían participado en la ceremonia parecían tan lúcidos y eficaces como

siempre, pero también que cada vez eran menos numerosos. Había ido con mi padre,

que nunca había estado en el campo, y, mientras comíamos *pierogi* en un restaurante

camino de Cracovia, hablé con Michele Curto, un gran amigo, concejal de Turín y, sobre

todo, alma infatigable del Treno della Memoria, en el que durante más de quince años

miles de estudiantes italianos han viajado a los lugares donde tuvo lugar el exterminio y

han regresado a sus casas transformados.

Propuse al periódico que me dejara entrevistar a cinco

supervivientes cuyas historias

fueran menos conocidas para publicarlas y contribuir de esta forma a que sus voces no se

perdieran. Los resultados fueron un libro digital titulado *Se chiudo gli occhi muoio* y

unas cuantas presentaciones, pero, por encima de todo, la voluntad de seguir escribiendo

sobre Auschwitz. Ahora bien, ¿cómo? No soy historiadora y el material es de los que

deben tratarse con un cuidado —y me quedo corta— inhibitor. Por ese motivo pedí

ayuda a Jadwiga.

Jadwiga Pinderska-Lech es un personaje fundamental de esta aventura, al igual que

Michele Curto, que conoce el país y el idioma porque fue uno de los pioneros del

programa Erasmus en Polonia después de la caída de la Unión Soviética. Por ese motivo

me ha acompañado materialmente en la elaboración de

este libro. Jadwiga, por su parte,

es la directora de la editorial del museo estatal de Auschwitz-Birkenau y, a pesar de que

es una mujer menuda, rubia y en apariencia tímida, soporta sobre sus hombros la

memoria de todos los que antes de morir decidieron contar sus vivencias en el campo.

Los escucha, los graba, después de que hayan dado su testimonio sigue llamándolos con

dulzura para asegurarse de que están bien y los visita hasta que —como sucedió la última

vez que estuve en Polonia, en el mes de noviembre— recibe la triste llamada telefónica

de un pariente que le comunica la fecha del funeral.

Jadwiga me habló de Mala

Zimetbaum y de Edek Galiński, dos deportados a los que sus compañeros del museo

llamaban *Romeo y Julieta*, pero que, curiosamente, apenas eran conocidos fuera.

La verdad es que nunca había oído hablar de ellos. No soy una experta en el tema, al

contrario. Pero me parecía extraño no saber nada de una judía que había sido legendaria

entre las detenidas por la cantidad de vidas que había salvado, que se había enamorado

de un prisionero político polaco y que había escapado con él. Lo mismo les sucedía a

6

todos aquellos a los que preguntaba si habían oído hablar alguna vez de Mala y Edek.

Bastante intrigada, decidí ponerme manos a la obra.

Pese a que había nacido en Polonia, Mala fue deportada desde Amberes, una ciudad

que yo conocía bien porque hacía apenas unos meses la había recorrido de arriba abajo

para seguir el primer proceso europeo contra los *luchadores extranjeros* —término

referido a los jóvenes voluntarios que el entonces

emergente Estado Islámico había

enrolado en Siria—. Era el otoño de 2013 y Bélgica se enfrentaba ya a un número

sorprendente de yihadistas reclutados y enviados a la frontera turca en pos del mito del

califato. Yo también conocía a fondo Borgerhout, el barrio de Mala, porque en el mismo

lugar en el que en los años treinta se concentraban los judíos refugiados en Bélgica que

huían de la discriminación y del auge del antisemitismo viven hoy los inmigrantes

magrebíes —segundas y terceras generaciones—: una ciudad dentro de la ciudad donde

los predicadores del odio pescan a manos llenas.

Poco a poco fui entrando en los personajes, buscando lo que quedaba de ellos. No

mucho, a decir verdad. Además de los documentos oficiales sobre sus vidas antes de

Auschwitz, la prisión, la breve fuga y la ejecución

ejemplar, están los testimonios de los

deportados que los conocieron personalmente. En su mayoría son memorias escritas,

porque casi todos han muerto. Por eso he reunido con sumo cuidado las valiosas voces

de los que podían decir «Yo estuve allí» y describir lo que sucedió ante sus ojos: Léon

Schummer, Dolf Galant, las supervivientes Eva Fastag, Halina Birenbaum, Marceline

Loridan-Ivens.

Sabemos muy poco de dos personajes tan formidables como Mala y Edek. Los únicos

trece días que compartieron como personas libres son una imagen evanescente de la que

solo queda el camino flanqueado de bosques y colinas, unas cuantas decenas de

kilómetros en un campo polaco que sigue siendo prácticamente igual. En cambio, en

estos años sí que se ha transformado la intensidad del

recuerdo de estos jóvenes

enamorados, que en un principio fue muy vivo gracias a los testimonios, pero luego se ha

ido convirtiendo en simple terreno de estudios especializados. Por distintas razones, nadie

por parte de Mala ni por parte de Edek ha querido recordarlos y transmitir su herencia;

los dos eran demasiado anómalos y su relación rompía en exceso los esquemas propios

de ese abismo aniquilador que fue Auschwitz.

El círculo se completa, si cierro los ojos muero; pero para tener los ojos abiertos es

necesario seguir contando, como Sherezade. Y yo me siento orgullosa de contar la

historia de Mala y Edek. No porque sea más importante o conmovedora que las miles de

vidas que los nazis destruyeron, sino porque es una historia de amor, algo que incluso los

que no han vivido en el campo de concentración

comprenden y que, por tanto, podrán

perpetuar cuando los últimos protagonistas ya no estén aquí para hablar. No intento hacer

una reconstrucción histórica con una verificación puntual y filológica de las fuentes ni

una reflexión especializada sobre el universo de Auschwitz: muchos de los recuerdos que

aquí transmito son por naturaleza subjetivos y falaces. Es un cuento sin final feliz, como

a veces sucede en los cuentos de verdad.

Un buen día, de la inmensa red que llevaba varios meses sondeando en vano, emergió

7

una joven ecuatoriana de treinta años que se presentó como Malka San Lucas. Es la

nieta de la hija de la hermana mayor de Mala Zimetbaum y se llama como ella.

Edek no fue tan afortunado: su padre, desesperado por haberlo perdido a causa de un

amor que consideraba equivocado, cargó su futuro con una especie de hipoteca. No

obstante, Malka San Lucas sueña con tener una hija a la que llamar de nuevo Malka o

Mala. Y si ella vive, él también vivirá.

Roma, 10 de diciembre de 2015

8

1

Mala

Al alba del 1 de septiembre de 1939, los soldados del Tercer Reich cruzan la frontera

alemana e invaden Polonia. Malka Zimetbaum tiene veintiún años y vive en Amberes, el

gran puerto flamenco del mar del Norte donde se instaló con sus padres, dos hermanas y

un hermano cuando tenía diez años. La oficina de inmigración de Bélgica registra la

llegada de los Zimetbaum, uno tras otro, entre 1926 y

1930, una más entre las miles de

familias judías que desde que finalizó la Gran Guerra han empezado a abandonar

Polonia, que está sufriendo siniestras sacudidas antisemitas.

Ayer y hoy la historia de la inmigración es un ciclo de avances y retrocesos. En

Brzesko, ciudad de la que es nativo, a unos cincuenta kilómetros de Cracovia,

precisamente en la que se casó con la obrera de su misma edad Chaya Schmelzer y en la

que nacieron sus hijos, Pinkas siente que la tormenta es inminente. A pesar de ser pobre,

Galitzia es una tierra que goza de gran dinamismo cultural y en ella habitan la mayoría de

los tres millones de judíos polacos censados, el diez por ciento del total. Pero los tiempos

están cambiando. La guerra entre Polonia y la Unión Soviética de 1919 abonó el terreno

para la consolidación del partido Democracia Nacional (Endecja), una fuerza

conservadora que, entre otras cosas, acusa a los judíos de ser poco patriotas y simpatizar

con los bolcheviques. La intolerancia se traduce en los primeros pogromos en las

localidades de Pinsk, Leópolis y Vilna. En 1924, a la vez que Adolf Hitler escribe *Mein*

Kampf, el comerciante Pinkas Zimetbaum parte buscando un hogar más propicio.

Después de pasar dos años en Maguncia, donde vivió con su esposa y sus primogénitos

Salomon y Gitla entre 1913 y 1917, llega a Amberes, la capital mundial de los diamantes.

En Amberes reina un ambiente cosmopolita y supone un gran pulmón para los judíos

Europeos, por lo que se la llamó la Jerusalén del Norte. Su primer domicilio es Van der

Meydenstraat, número dieciocho. Pinkas se reúne allí con Salomon, que a la sazón tiene

diecisiete años. En cuanto logra redondear su salario con los ciento setenta y cinco

francos belgas a la semana que gana su hijo, recompone la familia.

Malka llega a Amberes a finales de 1928, todavía es una niña. Por un breve periodo,

los Zimetbaum vuelven a estar juntos en Berchem, al sur de la ciudad. En 1931 la

hermana mayor, Gitla, obrera del sector del diamante, se casa con Fawel Abramowicz,

un zapatero también de origen polaco que había emigrado a Bélgica el año anterior,

dejando a sus espaldas unos cuantos problemas judiciales. Tiene un trabajo en Bruselas

9

con el que gana quinientos francos a la semana, pero las autoridades de Kamińsk —su

ciudad de origen—, donde en 1928 fue condenado a cuatro años de reclusión por

contrabando de dinero falso y posesión de documentos falsificados, lo están

persiguiendo. Gitla quiere vivir cerca de sus padres, sobre todo a partir de 1933, cuando

nace su hija Jeannette, pero Fawel tiene demasiadas causas pendientes tanto en Polonia

como en Bélgica, de manera que al final, tras ver denegado el permiso de residencia,

parte en 1935 rumbo a Sudamérica. Varios meses más tarde, su mujer y su hija se

reúnen con él.

Gitla hace las maletas mientras Salomon y Jochka permanecen en casa, pero será por

poco tiempo, porque la familia se reduce aún más. Después de un par de mudanzas,

Malka, que es la más pequeña, se instala con sus padres en un apartamento de tres

habitaciones con cocina situado en el tercer piso de un angosto edificio de Borgerhout, el

barrio de los inmigrantes por antonomasia, el mismo en el que hoy las jóvenes

marroquíes con velo empujan cochecitos de bebés y carritos de la compra delante de la

pequeña placa conmemorativa situada en el número siete de Marinisstraat, la única

dedicada al recuerdo de Mala Zimetbaum.

La joven es guapa, espabilada, con buenas dotes para las matemáticas y los idiomas.

En las pocas fotos que se conservan en el archivo del museo Kazerne Dossin de Malinas,

parece segura de sí misma, atenta a la moda; una joven emancipada que sonríe al

objetivo cogida del brazo de su amiga Mizi Baum. Su prima, Giza Weisblum, la considera

un modelo de independencia y, bromeando, dice de ella que «iba para chico». Malka es

una fuerza de la naturaleza. Pero a ojos de su hermana mayor, Jochka, conserva la

ternura de una niña: es «la intelectual de la familia» y no sabe resistirse «al pudín de chocolate».

A pesar de la industria de los diamantes, la mayoría de los judíos de Amberes no

disfruta de una situación económica holgada. A finales de los años treinta viven en

Bélgica setenta y cinco mil judíos; el noventa por ciento de ellos procede de sesenta

países diferentes y huye de la miseria y de la discriminación. Los Zimetbaum no son una

excepción: son unos inmigrantes pobres que encuentran espacio en un país ávido de

mano de obra barata, pero en su vida privada prefieren reunirse con sus compatriotas.

Cuando Pinkas pierde la vista y ya no puede seguir trabajando como comerciante

ambulante de telas, toda la responsabilidad de mantener el hogar recae sobre su

primogénito, Salomon. Chaya, la madre, aporta lo poco que gana haciendo punto, pero

no es suficiente. Los hijos deben arremangarse, incluida Malka.

«Todo Amberes admiraba la abnegación con la que Mala acompañaba a su padre a

todas partes, era la imagen de la fuerza de voluntad serena», cuenta Romek Hutterer, un

amigo de esos años al que Mala volverá a ver más tarde en los barracones de Birkenau.

La prometedora estudiante que ya habla flamenco, inglés, francés, alemán y yidis debe

abandonar el colegio para entrar a trabajar como modista en la Maison Liliane y más

tarde como cortadora de diamantes, igual que Salomon y Jochka. No obstante, los libros

siguen siendo su pasión. Jochka la recuerda volviendo tarde a casa desde la Biblioteca

Nacional, cuando las calles ya estaban oscuras, con los ojos hinchados después de haber

pasado horas hojeando volúmenes, su joven cara marcada por el cansancio, pero no

tanto como para decepcionar a sus padres y renunciar al rito vespertino en el sofá de

Marinisstraat, donde todos escuchan juntos las *lecciones* de Malka.

Casi noventa años después, la Biblioteca Nacional sigue siendo la misma, al igual que

los callejones peatonales del barrio de los diamantes, donde los hindúes van sustituyendo

poco a poco a los judíos en el puente de mando. Al anochecer, cuando las calles se

vacían y dejan espacio a los edificios intemporales, es fácil imaginar a Malka con el bolso

en bandolera cruzando Pelikaanstraat y dejando tras de sí Borgerhout, el silbido de los

trenes de vapor, las tiendas de piedras preciosas de Hoveniersstraat, la pequeña sinagoga,

la Bolsa y a los ultraortodoxos con tirabuzones o
montando en bicicleta por la Lange

Leemstraat, Belgiëlei, Plantin en Moretuslei y a las
mujeres con peluca y medias gruesas

rodeadas de grupos de niños vestidos de blanco y negro.
Los edificios son los mismos de

entonces, pero aquellos viejos habitantes ya casi no viven
en ellos.

«Los dos militábamos en las juventudes sionistas Hanoar
Hatzioni», cuenta Dolf

Galant en su piso de Amberes, del que apenas sale. En
1933, el año en que Hitler es

nombrado secretario del Reich, Malka —a quien todos
llaman Mala— se afilia a Hanoar

Hatzioni, uno de los diecinueve grupos sionistas de la
ciudad, nacido de la escisión en el

seno de los progresistas de Hashomer Hatzair. Allí, junto
a otros jóvenes seguidores de

Theodor Herzl que sueñan con emigrar a un kibutz en
Palestina, Mala conoce a Charles

Karel Sand, conocido en sus círculos próximos como Charlotie por su parecido con

Charlie Chaplin.

Charles, que tiene tres años menos que ella, es ese amigo especial con el que va al cine

durante meses a ver las películas de Charlot u obras de teatro político, como las que

organiza la compañía de aficionados Wending sobre la Guerra Civil española. Los dos

realizan excursiones en barco y en bicicleta por los canales de las inmediaciones de

Malinas. Se intercambian los últimos números de las más de sesenta revistas judías de la

ciudad. Piensan en el matrimonio. Charles y Mala querían casarse. A diferencia de ellos,

Dolf Galant logrará salvarse pagando a un traficante de hombres para que traslade a su

familia a Suiza. Esto es lo que cuenta: «Mala sonreía siempre, era valiente. Cuando supe

que hasta el último momento había hecho frente a los SS encargados de su ejecución, no

me sorprendió, porque tenía temple. Por aquel entonces éramos jóvenes. La guerra nos

parecía lejana. Los sábados íbamos de excursión a la montaña, recuerdo en especial un

camping de las Ardenas con tiendas separadas para los chicos y las chicas».

Amberes ha cambiado desde que los Zimetbaum llegaron a la ciudad. El último

decenio ha visto derrumbarse el umbral de la tolerancia con los inmigrantes, sobre todo

con los judíos, contra los que se concentran los prejuicios del catolicismo tradicional y

del nacionalismo flamenco. Cuando en 1936 Salomon se casa con la judía húngara Etel

Herstein, se ve obligado a presentar antes de la boda un certificado en el que se

compromete a mantener a su esposa y garantiza que ella no trabajará en Bélgica. Los

nazis encontrarán un terreno fértil. *La Belgique docile* — un informe del gobierno belga

de 2004— evidencia que en los años anteriores a la invasión alemana se crearon los

cimientos para que las autoridades locales colaboraran de forma activa en la deportación

11

de los judíos; una especie de complicidad con el invasor que fue especialmente señalada

en Amberes, el puerto al que en 1939 arribó el transatlántico *Saint Louis* cargado de

judíos alemanes que habían sido rechazados por Estados Unidos, Canadá y otros países;

un reflejo de la frustración social, los miedos y un antisemitismo atávico que anidaban en

lo más profundo de las naciones.

Mala lee los periódicos, respira ese aire que por momentos va envenenándose, percibe

la fragilidad del presente. Pero es una joven llena de vida.

A pesar del luto ininterrumpido

por el pequeño Jehuda —el tercer hijo de Pinkas y Chaya,
muerto a temprana edad en

Alemania—, los Zimetbaum crecen, celebran bodas y
berit milá —el rito de la

circuncisión—. Gitla se ha instalado en Ecuador con su
marido —Fawel— y con la

pequeña Jeannette. Jochka prepara su boda con Efraim
Isak Schipper, un tipógrafo

polaco que había emigrado en 1930 desde Tarnów y que
en ese momento trabaja como

cortador de diamantes. Salomon y Etel Herstein —a la
que llaman con afecto Etusch—

tienen dos hijos, Max y Bernard, y en 1940 se les añadirá
Herman. Los abuelos

adoptarán a los tres nietos, porque Etusch muere en el
parto del más pequeño. A pesar

de que fuera la atmósfera no es buena, en la cotidianidad
familiar se vive con alegría.

Mala pasa los días con Max y Bernard, con Charles —que vive a pocas manzanas de

distancia— y con sus compañeros de Hanoar Hatzioni, un grupo juvenil al estilo de los

scouts en el que aprende a arreglárselas por sí misma: coser, cocinar, encender el fuego,

jugar al ajedrez, organizar convenciones o aprovechar el tiempo libre estudiando, por

ejemplo, hebreo, un idioma muy poco apreciado por los ortodoxos enemigos del

sionismo.

Charles, alto, rubio, deportivo, un magnífico cortador de diamantes y un optimista

incurable, es también un militante sionista, miembro del Betar, un grupo a la derecha de

Hanoar Hatzioni. El rastro de este joven se pierde en la memoria de los Sand y solo

mucho después volverá a sacarlo a la luz su sobrino, también llamado Charles, junto con

una agenda de 1944 y unas cuantas instantáneas de color sepia.

En la actualidad, Charles Sand júnior tiene sesenta años. Acompañado de su hija,

Chantal, esparce las fotografías de su tío y de Mala por la mesita del café Wattman,

próximo a la estación de Berchem, el barrio de los antiguos prometidos. Es un sábado de

mediados de septiembre y llueve. Las imágenes corresponden a los dos años anteriores a

la invasión alemana, pero la Amberes poco transitada de entonces no se diferencia

mucho de las calles desiertas que, una vez finalizado el sabbat, se van llenando de

rabinos con barba y sombrero negro: «Mi padre era el hermano pequeño de Charles,

sobrevivió porque se escondió en casa de una amiga que no era judía. Nunca me habló

de él, pero lo oí comentar con mi abuela la historia de Charles y Mala y cuando murió

rebusqué en sus papeles. Charles era miembro del Betar, encontré su carnet, firmado por

Joseph Trumpeldor. Creo que él y Mala eran novios, siempre estaban juntos. Charles

contó los días desde que la arrestaron a ella». Las fotografías, reunidas en un pequeño

álbum de cartón, inmortalizan un tiempo suspendido: ella en una fiesta en casa de los

12

Sand, ella y él cogidos del brazo en medio de unas señoras con velo bien parecidas, ella y

él en la nieve, ella con el uniforme de Hanoar Hatzioni posando en el puente de piedra,

ella en un prado, ella en unos campos de trigo, ella con una falda acampanada y una

camiseta blanca acordes a la elegancia sobria que afinó trabajando como modista.

Además hay una pequeña agenda marrón de 1944 en la que, desde principios de enero

hasta el 17 de junio de ese año, Charles solo escribe una serie de números progresivos:

quinientos veintinueve, quinientos treinta, quinientos treinta y uno. El 23 de marzo

apunta: *Nouvelles de Mala*. Luego reinicia el recuento.

El café Wattman existía ya en los años treinta. Los parroquianos actuales son

sumamente jóvenes, chicos que nacieron a caballo del nuevo milenio, cuando la mayoría

de los supervivientes del Holocausto ya no podía ofrecer su testimonio. Charles júnior

pide un capuchino, aferra el bolígrafo y sigue la trayectoria mental de su tío, que se llama

como él, empezando a partir del 22 de julio de 1942, fecha de la redada en que

capturaron a Mala: excluidas las primeras dos semanas que pasa en el campo de

clasificación de Malinas, cuando ella, con toda probabilidad, logra enviar mensajes al

exterior, las cifras se corresponden. El 17 de julio de 1944 Charles anota la cifra

seiscientos noventa y siete, después nada. De acuerdo con los datos cruzados del archivo

del museo Kazerne Dossin y del Holocaust Survivors and Victims Resource Center de

Washington, entre el 17 y el 20 de junio de 1944 Charles es arrestado y conducido a

Malinas. Parte para Auschwitz el 31 de julio a bordo del convoy XXVI, el último de la

macabra escolta que en dos años transportará de Bélgica a Polonia más de veinticinco mil

judíos y trescientos cincuenta y dos gitanos, el noventa y cinco por ciento de los cuales

nunca regresará.

La historia de Charles y Mala añade pinceladas al rostro de ella, en tanto que el de él

se va difuminando poco a poco hasta desaparecer con los últimos deportados.

En el verano de 1939 la catástrofe es inminente. La ola lleva varios meses creciendo.

El 30 de enero, cuatro días después del vigesimoprimer cumpleaños de Mala, Hitler

pronuncia ante el Reichstag la histórica acusación contra el judeo-bolchevismo y anuncia

que Alemania combatirá al enemigo sin tregua. Charles y Mala hacen proyectos como

cualquier joven, pero son conscientes de los nubarrones que se acumulan en el horizonte.

Jochka confiesa a su hermana que nunca se ha fiado de los alemanes y que está

convencida de que tarde o temprano echarán a los judíos a la calle.

En Amberes la atmósfera es cada vez más tensa. Los diarios católicos *Gazet van*

Antwerpen, La Libre Belgique y Le Pays Réel se hacen eco de la propaganda nazi

publicando tiras tremendamente antisemitas en las que los judíos se equiparan con una

invasión de langostas o aparecen representados como acaudalados capitalistas con un

voluptuoso puro en la boca después de haberse enriquecido a costa de la comunidad

local. El grupo de extrema derecha Volksverwering difunde octavillas que acusan a los

judíos y a los extranjeros de robar el trabajo a los belgas. En barrios como Borgerhout,

donde se concentran los treinta mil judíos de Amberes y una treintena de sinagogas,

operan los comités de defensa de derechos de los judíos y la unión de resistencia

económica de Amberes, que ya desde mediados de los años treinta promueven el boicot

13

a los productos alemanes en los escasos comercios amigos. El partido socialista belga

intenta también ofrecer resistencia y el 1 de mayo de 1938 sale a la calle con los lemas

No al fascismo y al antisemitismo y Derecho al trabajo para las masas judías. Pero la

dirección del viento ha cambiado ya.

Los Zimetbaum siguen desde la distancia los primeros meses de la Segunda Guerra

Mundial, marcados por las noticias angustiosas de los parientes que se han quedado en

Polonia y por la progresiva creación de los guetos de Łódź, Lublin, Cracovia y Varsovia:

viven codo a codo con familias de connacionales inmigrantes, que suponen ya el cuarenta

por ciento de los judíos extranjeros, pero aún confían en que Bélgica siga siendo un país

seguro.

En la primavera de 1940, mientras a mil kilómetros de distancia de Amberes se

inaugura el campo de concentración de Auschwitz — erigido sobre unos viejos cuarteles

del ejército polaco—, los alemanes invaden Bélgica,

obligan al ejército a rendirse y en

unas semanas instauran la administración militar que más tarde impondrá el registro de

los judíos. Poco a poco, el antiguo fuerte militar de Breendonk se va convirtiendo en una

cárcel y los arrestos se multiplican. Se prohíbe a los judíos ejercer las profesiones

liberales, asistir a las escuelas públicas, ir a la estación; un aumento progresivo de vetos

que en 1942 llegará a impedirles el acceso a los parques, al cine, al teatro, al estadio, los

desplazamientos por el interior de Bélgica, la posesión de radios e incluso de palomas. En

diciembre de 1940 se deportan los primeros dos mil seiscientos cincuenta y seis judíos a

Limburgo.

El trabajo de Mala se tambalea. Gracias a que habla varios idiomas puede conservar el

puesto, mientras sus compañeros son despedidos uno tras

otro. Pero también para ella es

cuestión de tiempo. No solo cierra sus puertas el comercio de diamantes, del que, de

forma directa o indirecta, depende la vida de los judíos de Amberes: *los extranjeros* son

expulsados de varios sectores, empezando por el textil. De las siete mil setecientas

veintinueve empresas que los judíos gestionaban en 1940, cuatro años más tarde solo

quedarán seiscientas cincuenta y siete. El odio se autoalimenta. En las plazas se vuelven

a oír los eslóganes del movimiento flamenco filonazi Vlaams Volksbloch. En pocas

semanas las fotografías en las que Mala aparece en actitud despreocupada o cogida del

brazo de Charles son sustituidas por las policiales: el 5 de diciembre de 1940 el registro

de judíos de Borgerhout incluye a «Malka Zimetbaum, residente en Marinisstraat, 7,

apátrida».

La vida se hace durísima. La mayoría de los judíos son expulsados del trabajo. El 14

de abril de 1941, durante la Pascua judía, el cine Rex proyecta la película alemana de

propaganda antisemita *Der ewige Jude*. Por las calles de Borgerhout, a las que se

asoman las ventanas de los Zimetbaum, desfilan los paramilitares ultranacionalistas, las

milicias flamencas Zwarte Brigade, las camisas negras de las SS. El 14 de abril, dos de

las sinagogas más antiguas de Amberes, la casa del rabino Rottenberg y varios edificios

más son incendiados al grito de «¡Al infierno la tribu de Judas!» y en la ciudad retumba

el eco siniestro de la noche de los Cristales Rotos. Se impone el toque de queda, mucho

más restrictivo que en otras partes de Bélgica. Pinkas y Chaya tienen cada vez más

miedo a salir. En 1942, Mala, que ya no sonríe, pierde su trabajo como secretaria en la

American Diamond Company. A la familia ya solo le quedan, como último recurso, las

oraciones del devoto Pinkas y las ofrendas de los fieles en la sinagoga doméstica

instalada en Marinijsstraat.

«Cuando invadieron Amberes, la actividad relacionada con los diamantes cesó. Por

una parte, se interrumpieron las importaciones y, por otra, los alemanes se apoderaron de

todas las piedras, de forma que los judíos, que en un noventa por ciento vivían de esa

industria, se quedaron sin medios de subsistencia», dice Léon Schummer mientras hojea

fotografías y otros recuerdos. Tiene setenta y nueve años y es expresidente del colegio

B'nai B'rith de Amberes. Por aquel entonces era un niño

y vivía con su familia a pocos

metros de los Zimetbaum. «Mi padre comerciaba con diamantes. Éramos una familia

acomodada, pero de un día para otro no pudo trabajar más. A pesar de que estábamos

mejor que en el gueto de Varsovia, fue muy duro. Todas las mañanas nos comunicaban

una nueva prohibición y además estaba el toque de queda, pasadas las ocho de la noche

solo podíamos caminar por los tejados. La mayoría de los judíos era pobre y los que

estaban mejor se turnaban para ayudar a los hijos de las familias necesitadas. Pinkas

Zimetbaum ganaba algo de dinero con la sinagoga que había instalado en casa, pero

pasaba estrecheces y nos pidió que cuidáramos de Mala, así que ella venía todos los días

a comer con nosotros. Lo hizo hasta que huimos de Amberes en 1941. Entonces ya

sabíamos lo que estaba sucediendo en otros países, donde mataban a los judíos en la

calle. Mala llegaba a mediodía con su pelo claro y sus ojos azules. Me fascinaba, pese a

que era un niño. Jugaba conmigo y con mi hermana y nos enseñaba a usar las acuarelas;

porque yo tenía una caja, pero no sabía mezclar los colores. Tenía mucha paciencia

conmigo».

Algunas fuentes aseguran que estos meses Mala entró en contacto con la resistencia

local de las Brigadas Blancas, el grupo que en 1940 había fundado en Amberes Marcel

Louette, pero no hay ningún dato que lo confirme. Léon Schummer, por ejemplo, duda

que fuera así. «No era miembro de la resistencia. Su actividad política se concentraba en

Hanoar Hatzioni, un grupo sionista liberal que después confluyó con el Likud y que en la

actualidad sería de derechas. Estudiaba hebreo en secreto, porque por aquel entonces no

era frecuente. Los religiosos eran antisionistas, rechazaban el Estado de Israel porque

esperaban la llegada del Mesías».

La edad de las ilusiones se precipita hacia el ocaso. La Conferencia de Wannsee ha

confirmado y relanzado la voluntad nazi de llevar a cabo *la solución final* para la

cuestión judía. A partir del verano de 1942, los judíos — obligados a llevar la estrella

amarilla desde los seis años— *son invitados* a presentarse con una muda y comida en el

cuartel del siglo XVIII de Dossin, en Malinas, la misma campiña que no hace mucho Mala

y Charles recorrían en barca de remos. El aviso se refiere a un reclutamiento de mano de

obra destinada al este, pero, pese a que no tienen ocupación y se mueren de hambre, de

los diez mil convocados por la Asociación de Judíos de Bélgica (AJB) —el consejo judío

impuesto por los nazis en todas las localidades de los territorios ocupados donde había

comunidades judías—, solo se presentan tres mil novecientos.

15

Charles ayuda a Mala a buscar un escondite para su familia en Bruselas, donde el aire

es menos irrespirable que en Amberes. Pese a que las autoridades locales colaboran con

los nazis, no todas lo hacen con el mismo celo. En un mapa alemán de la época en el que

aparecen marcados los actos de sabotaje, se puede ver con toda claridad la diferencia que

existía entre el norte flamenco y el sur francófono, donde circulaba buena parte de la

prensa clandestina. Bruselas, por ejemplo, gobernada por el alcalde Joseph van de

Meulebroeck primero y por Jules Coelst después, rechaza la orden de marcar dos veces

los documentos de los judíos, una con la letra jota y otra con la estrella amarilla que estos

ya llevaban en la ropa. Van de Meulebroeck es arrestado por insubordinación y solo

podrá recuperar su puesto en el Ayuntamiento después de la guerra. Diecinueve alcaldes

más se oponen a los invasores mientras pueden. Amberes, en cambio, no cuestiona nada

y se entrega con espíritu colaborador a la SiPo-SD, la policía de seguridad nazi.

La Historia arrastra las pequeñas historias. En junio de 1942, Adolf Eichmann

programa las deportaciones masivas a Auschwitz desde los países ocupados de la Europa

occidental, es decir, unos convoyes especiales con mil personas que viajarán a diario. El

plan prevé que se inicien a mediados de julio: cuarenta mil judíos procedentes de Francia,

cuarenta mil de los Países Bajos —donde Ana Frank ha empezado ya a escribir su diario

en el pequeño cuaderno que le regalaron el día de su decimotercer cumpleaños—, diez

mil desde Bélgica.

Según parece, entretanto, Mala ha encontrado una habitación en Bruselas, en la calle

de la Poste, 9, una calle tranquila situada a varias manzanas del jardín botánico. Aún le

quedan unas cuantas cosas por hacer antes de subir de forma clandestina al tren con su

familia y salir de Amberes lo antes posible.

16

2

El arresto

El miércoles 22 de julio de 1942, a primera hora de la mañana, los nazis inician la

liquidación del gueto de Varsovia. Seis días antes, en

París, se ha consumado la jornada

más vergonzosa del gobierno de Vichy: más de trece mil judíos, la mitad mujeres y niños,

son capturados en una única redada y llevados al Velódromo de Invierno para ser

deportados a Drancy y desde allí a Auschwitz. El Tercer Reich ocupa media Europa. En

Bélgica se vive una gran agitación.

Mala viaja a Bruselas, ida y vuelta en un solo día. Una vez encontrado el escondite, el

plan para instalarse con su familia en la calle de la Poste está en su última fase. El tiempo

apremia: el 13 de junio su hermano Salomon, viudo desde hace unos meses, ha sido

arrestado por la Gestapo y conducido al campo de internamiento de Dannes-Camiers, en

el norte de Francia, donde la Organización Todt —a sueldo de los nazis— coordina las

obras de construcción del muro del Atlántico, la

fortificación más extensa que

proyectaron los alemanes para impedir los desembarcos aliados. Se fue con su cuñado,

Efraim Isak Schipper, dejando al pequeño Herman con sus abuelos y a los otros dos

hijos, Max y Bernard, en el orfanato judío.

Charles la apoya. Hace todo lo posible por conseguir el billete de tren, empresa nada

fácil, dadas las restricciones impuestas a los desplazamientos de los judíos. Jochka los

acompaña al tren y se despide de Mala, que agita su pequeña mano desde detrás de la

ventanilla. «Adiós, todo irá bien». Las dos hermanas nunca volverán a verse.

Por la tarde inician las redadas en las estaciones de Bruselas, Malinas y Amberes.

Mala está regresando a casa. Eva Fastag, que en la actualidad tiene noventa y ocho años

y vive en Israel, se encuentra en el mismo compartimento,

una más entre las decenas de

pasajeros. No ha olvidado nada: «Iba y venía todos los días, trabajaba como secretaria

en Bruselas. Cuando llegamos a la estación, subieron al tren, nos pidieron los

documentos y empezaron a separar a los judíos de los que no lo eran. Yo llevaba, como

todos, la estrella amarilla, solo me la quitaba en la oficina. Los que no eran judíos nos

miraban en silencio, no recuerdo que nadie protestara. Nos pillaron por sorpresa; era la

primera gran redada y nadie había tomado precauciones, pues hasta ese momento los

alemanes solo se habían llevado a los hombres a realizar trabajos forzados para construir

17

el muro del Atlántico. No sé por qué fue Mala a Bruselas ese día, estaba sola. La conocía

de vista, vivíamos en la misma zona. Sabía que su padre

estaba casi ciego, que ella era

secretaria y que militaba en las juventudes sionistas, pero nunca habíamos hablado. Nos

obligaron a bajar del tren con un centenar de personas más y nos hicieron subir a un

autobús. No entendíamos nada y nos preguntábamos cómo podríamos avisar a nuestros

padres. Al igual que todos, Mala estaba inquieta, preocupada, no sabía qué hacer. No

comprendíamos lo que estaba sucediendo, no sabíamos que nos estaban llevando a

Breendonk».

Breendonk es un fuerte que había sido construido a principios del siglo XX para

defender Bélgica de los posibles ataques alemanes. Alterando lamentablemente su

función originaria, los nazis lo ocupan en septiembre de 1940 y —dada su magnífica

ubicación, a unos veinte kilómetros de Amberes— lo

utilizan como campo de

concentración y de trabajo. En él encierran a los comunistas, a los miembros de la

resistencia belga y a los judíos; estos constituyen la mitad de los detenidos y son aislados

del resto de los prisioneros.

Mala Zimetbaum forma parte de un grupo de cien mujeres, todas arrestadas en

Amberes. La noticia llega a la ciudad gracias al periódico clandestino *Vrij België*, una de

las publicaciones nacidas en el verano de 1940, cuando los servicios de inteligencia de

Bélgica, Londres y Moscú empezaron a compartir información. Privadas de todos sus

bienes, las prisioneras se amontonan en una sala grande donde solo hay un cubo, que

utilizan por turnos como inodoro. El suelo está sucio, el aire viciado y la atmósfera

cargada por el hacinamiento y el miedo. Comer es un

deseo pospuesto una y otra vez.

Dos tazas de café de bellotas tostadas y ciento veinticinco gramos de pan por la mañana,

un litro de sopa para comer y otras dos tazas de café con cien gramos de pan y una

cucharadita de mermelada por la noche. Nadie lo sabe, pero es un atisbo del futuro que

las aguarda. Las preguntas se multiplican y no hay respuestas. Es imposible escribir a

casa o comunicar con el exterior.

El sábado por la mañana los carceleros buscan a alguien que tenga nociones de alemán

y que sepa escribir a máquina. Se ofrecen cinco mujeres: Mala Zimetbaum, Eva Fastag,

Anna Lande, Clara Sander y Edith Silbermann. ¿Qué tendrán que traducir? ¿Podrán

comer más? ¿Mejorarán sus condiciones de reclusión? El trato no puede ser peor que el

que han recibido el primer día. El lunes 27 de julio a la

hora de comer, las cinco jóvenes

suben a un coche que las lleva a Malinas, donde las autoridades alemanas acaban de

inaugurar la Dossin de Saint-Georges, el viejo cuartel reestructurado que recibirá a los

judíos antes de ser deportados bajo la supervisión de Kurt Asche, a las órdenes de Adolf

Eichmann.

Malinas, equidistante entre las ciudades de Amberes y Bruselas, donde por aquel

entonces vivía la mayoría de los judíos, no ha cambiado mucho. Tenía sesenta mil

habitantes y ahora tiene ochenta mil. El río Dyle, que fluye bajo los puentes de hierro

adornados con flores de color rosa y rojo, refleja las fachadas de las mismas casas que

en el verano de 1942 vieron desfilar los primeros convoyes de deportados y luego todos

los demás. El cuartel de Dossin está a pocas manzanas del

centro, en una zona muy

18

poblada junto a la estación de tren. Aquí, a primera hora de la mañana, un taxista árabe

baja el taxímetro para iniciar la carrera, aunque, educadamente, me aclara que en

realidad yo podría ir a pie a Goswin de Stassartstraat, 153, donde se encuentra «esa cosa

de los judíos».

Esa cosa de los judíos es el Kazerne Dossin, un museo de la memoria erigido sobre

los antiguos barracones que se encontraban detrás del edificio central de tres plantas.

Llueve. Para estar en septiembre, hace mucho frío. Los dos enormes sauces llorones que

hay a la entrada ondean azotados por un viento cortante. Tal vez cuando llegaron Mala y

sus compañeras luciera el sol, pero realmente el edificio que recibe al visitante es el

mismo. Basta imaginar el alambre de púas que lo rodeaba, el aluvión de prisioneros a

cada momento, al personal bajo las órdenes del feroz Philipp Johann Adolf Schmitt. Este

fue el oficial de las SS que dirigía Breendonk y Dossin, famoso por ir acompañado de un

pastor alemán con el que intimidaba a los prisioneros y por ser el único nazi alemán que

procesaron y ejecutaron en Bélgica después de la guerra.

Las jóvenes no tienen tiempo de hacerse preguntas. Las llevan a una sala grande

abarrotaada de hombres; todos están de pie, pegados unos a otros con la mirada perdida.

Les prohíben hablar con nadie. Se sientan detrás de una mesa de despacho y van

apuntando el nombre, apellidos, edad y profesión de cada prisionero. Cada vida es un

número de registro. Día y noche, un ciclo continuo. A los deportados que van llegando

les retiran sus documentos y entregan a los guardianes sus carteras y objetos de valor,

que ya no volverán a ver. Por último se les ficha.

Mala trabaja todo el día con la cabeza gacha y duerme en una zona apartada del resto

de los prisioneros, que se apiñan en salas sin calefacción, carentes de cualquier tipo de

intimidad, lejos de los baños: una muchedumbre de hombres, mujeres y niños. Mala ha

conseguido una buena posición, no puede volver la vista atrás; comprende que quien se

detiene está perdido.

«Mala nos animaba, nos aguijoneaba, nos estimulaba continuamente para que no nos

resignáramos», explica Eva Fastag, que permaneció en el centro de tránsito de Malinas

hasta la liberación de Bélgica. Al principio, hasta la rutina es complicada. «Era difícil

lavar la ropa, pero ella siempre conseguía encontrar un

pedazo de jabón, una plancha

para dignificar nuestro vestuario, un botón y una aguja para coserlo. Era muy guapa.

Pero por encima de todo era lista, práctica y hábil. Todos los días hacía un sinfín de

cosas y además encontraba la manera de ayudar a las demás. No sé cómo, pero en una

ocasión recuperó los objetos de valor que los alemanes le habían quitado a un judío y se

los restituyó a su familia. Incluso encontró la manera de valerse de la oficina de registro

para enviar mensajes al exterior».

El 1 de agosto, después de diez días de silencio, los Zimetbaum reciben noticias de

Mala. Jochka recuerda que una mujer se presentó en el tercer piso de Marinisstraat con

una caja de cerillas y una cartilla de racionamiento con la letra de su hermana. «Estoy en

Malinas. Trabajo como mecanógrafa en una oficina. Todo

va bien», ha escrito Mala a su

madre. También le pide que entregue las joyas que contiene la caja de cerillas a una tal

señora Soundso, que vive entre Wipstraat y Somerstraat. Chaya, que tiene sesenta años,

19

vive cansada y se aterroriza cada vez que oye el menor ruido en la calle, pero la energía

que emana de su hija le insufla valor. Así que espera al domingo por la noche para evitar

los controles más rigurosos, se echa un chal sobre los hombros y sale a la calle. En

nombre de Mala, Chaya devuelve a sus legítimos propietarios el reducido patrimonio de

vidas destrozadas. Vuelve a casa a toda prisa y se lo agradece a Dios, a quien quizá, pese

a su devoción, cada vez le cuesta más dirigirse.

Según Giza Weisblum, en esta fase Mala se comunica también con Charles. Piensa en

fugarse de Malinas. Planea decir que tiene un dolor de muelas insoportable para

conseguir que las SS le permitan ir al dentista y, una vez fuera, escapar con la ayuda de

Charles. En la pequeña agenda marrón donde el joven anota el número de días que lleva

sin noticias de Mala, el recuento no empieza con la fecha del arresto, sino casi dos

semanas después.

El engranaje de Malinas da el siguiente paso en muy poco tiempo. El 4 de agosto sale

el primer convoy con rumbo a Auschwitz; a bordo viajan novecientas noventa y ocho

personas, entre las cuales ciento cuarenta son niños. Eva Fastag los ve subir uno tras otro

en los vagones, que parecen a punto de reventar, e intercambia con su compañera Mala

una mirada que lo dice todo. «No éramos grandes amigas, pero nos entendíamos bien.

Trabajábamos juntas en aquella sala enorme en la que también dormíamos. La llamaban

la acogida. Entre nosotros, decíamos que Malinas era el purgatorio. Yo confeccionaba

listas con el nombre de las personas arrestadas y su fecha de nacimiento. Mala se sentaba

enfrente de mí y tomaba nota de las pertenencias de la gente, que en teoría debían

restituirse a sus familias pero iban a parar a los bolsillos de los alemanes. Malinas era

como Drancy. Algunos días llegaba mucha gente y luego desaparecían todos de golpe y

los barracones se vaciaban. Unos permanecían allí bastante tiempo y otros apenas unas

horas. Los alemanes intentaban juntar mil personas en cada tren que salía. Al principio

pasaban por la criba dos convoyes a la semana, pero después el trabajo fue menos

constante, porque los judíos perseguidos lo habían entendido y se escondían. Nosotras

también entendimos enseguida que lo que contaban del campo de trabajo en el este era

un engaño, la gente se desvanecía en la nada».

Mala, que pasó la adolescencia ayudando a su familia y militando en Hanoar Hatzioni,

había aprendido el arte de buscarse la vida. Ahora lo lleva a la práctica. Eva está junto a

ella en ese limbo de incertidumbre. «Nos despertábamos a las 6.30, tomábamos dos

rebanadas de pan y una especie de café y luego pasábamos a la oficina. Ciclos de trabajo

larguísimos, con una única pausa para tomar una sopa aguada. Éramos veinticinco

empleados entre hombres y mujeres, todos judíos salvo los jefes. Examinábamos

rápidamente nombres, caras, historias, maridos, mujeres, hijos. Primero los veía yo,

después Mala. Apenas podíamos comunicarnos, porque las SS nos vigilaban

estrechamente y teníamos que hablar en alemán para que no nos pegaran. Nos

amenazaban con que nos mandarían a los trenes si no prestábamos atención. Debíamos

estar siempre atentas. Cuando el flujo de gente arrestada disminuyó, los alemanes no

sabían cómo llenar los trenes y empezaron a pescar entre nosotros, los de la

administración».

20

Los empleados de Malinas llevan la contabilidad de la caza al hombre. Después del

primer convoy, Mala ve partir cuatro en menos de dos semanas. Son los primeros de una

serie infinita que a partir del verano de 1943 no distinguirá entre judíos extranjeros y

judíos belgas. Mala obedece las órdenes, transcribe los nombres consciente de que en

cualquier momento pueden aparecer sus seres más

amados. Cada lista es un salto en el

abismo que lee y relee de arriba abajo sin respirar para asegurarse de que también esta

vez todo ha ido bien, de que no se trata de sus padres, de sus hermanas, de sus pequeños

sobrinos, de que sus seres queridos siguen en libertad. Un día su corazón se acelera, ve

sus nombres, lee más atentamente controlando la respiración. No, no es un error; en la

lista figuran sus sobrinos Max y Bernard, los hijos de su hermano Salomon han sido

arrestados en una redada en el orfanato judío. Maxi y Bubi, de seis y cinco años,

excluidos de las escuelas públicas y de la educación *aria* por ser judíos, son descargados

en Malinas y miran a su alrededor asustados y extraviados. Mala actúa con la fuerza de

la desesperación, son los niños que ha visto nacer. Tal vez ni siquiera ella misma piensa

que su empresa puede tener éxito, pero de todas formas lo intenta y lo consigue: Maxi y

Bubi no son deportados. Al menos de momento no.

Jochka está en casa atenta a la menor señal de alarma. Piensa que los dos niños están

seguros en el orfanato. Pero lo cierto es que ya nadie está seguro en ninguna parte. «Un

día se presentó en casa una alemana que venía de la oficina del campo de Malinas con

los niños. Los había traído de nuevo a Amberes. Ellos gritaban: “Abuelo, abuela, ¡hemos

vuelto!”. Había sido Mala. Maxi nos explicó que Mala había hecho todo lo posible y que

al final los habían soltado». Nadie sabe cómo se las arreglaría para salvar a sus sobrinos,

quizá consiguió ingeniárselas en el registro con las diferentes formas de pronunciar su

apellido: Zimetbaum, Cymetbaum. En Malinas había un pequeño margen de maniobra.

Eva Fastag también consiguió evitar tres traslados de sus padres y hermanos, que fueron

arrestados después de ella; pero no fue más que una prórroga, porque unas semanas

después tuvo que acompañarlos al vagón de la muerte: el convoy X, el mismo de Mala.

Amberes vive sumida en la angustia: arrestos masivos, delaciones, fugas nocturnas.

Jochka, que en ese periodo vive con sus padres y con su sobrino Herman, relata visitas

sorpresa de la policía con largas esperas silenciosas, todos agazapados en la habitación

más apartada de la casa con el corazón en un puño, y abrazos de alegría cuando había

pasado el peligro. Pero ¿por cuánto tiempo? En ese periodo Salomon sigue condenado a

trabajos forzados en el norte de Francia y no envía noticias suyas. El tantán pasa de una

familia a otra: «Sálvese quien pueda».

El 15 y el 28 de agosto el suboficial de las SS Erich Holm coordina con la policía belga

las dos primeras redadas masivas en Amberes. La resistencia judía —desde 1941 activa

como respuesta a la creación, por parte de Kurt Asche, de la Asociación de Judíos de

Bélgica— intensifica su actividad y constituye el Comité de Defensa de los Judíos para

proteger a quienes viven escondidos. La organización también cuenta entre sus miembros

con activistas no judíos, que realizan tareas de enlace con la resistencia de izquierdas del

Front de l'Indépendance. No faltan expediciones de castigo contra los colaboracionistas

ni actos de sabotaje, como el que tiene lugar el 25 de julio de 1942 mientras Mala está

21

detenida en Breendonk: cuatro hombres de la célula judía de Todor Angelov —la

denominada Corps Mobile— irrumpen en la sede que la Asociación de Judíos de Bélgica

tiene en Bruselas y queman el registro central de los judíos; en cualquier caso es una

copia de la que los alemanes tienen el original.

En Bélgica el mes de septiembre queda muy lejos del final del verano; las nubes son

ya oscuras y están cargadas de lluvia como si fuera pleno otoño. Los días 11 y 12,

durante la fiesta del Rosh Hashaná —la Nochevieja judía—, las SS asaltan en Amberes

los cines, los colegios, los centros deportivos. Dos días después, el convoy X está

completo en Malinas: trescientos ochenta y tres hombres, cuatrocientas una mujeres,

doscientos sesenta y cuatro niños. Un total de mil cuarenta y ocho personas, entre ellas

quinientas veinte arrestadas en Francia, en Nord-Pas-de-Calais; un pequeño mundo

amontonado en vagones de tercera clase que el martes 15 de septiembre partirá rumbo a

Auschwitz. El viaje es casi *humano*. A partir del mes de abril de 1943, los vagones de

tercera clase serán sustituidos por trenes para el transporte de animales.

Mala es incluida en la lista en el último momento, cuando quizá ya piensa que se ha

vuelto a salvar otra vez. Eva no se lo esperaba, se la llevan de improviso.

En el semisótano del museo Kazerne Dossin, situado bajo el trazado de las vías, una

voz en *off* repite una y otra vez los nombres de las veinticinco mil cuatrocientas setenta y

cinco personas que fueron deportadas desde Malinas entre el 4 de agosto de 1942 y el 31

de julio de 1944. En las paredes hay veintiséis televisores, uno por cada convoy. En ellos

se proyectan las fichas con los datos de hombres, mujeres, niños, ancianos, belgas,

polacos, alemanes, trescientos cincuenta y un gitanos. En su mayoría son muy jóvenes:

uno de cada cinco es un niño. De los mil cuarenta y ocho pasajeros del convoy X, al final

de la guerra solo sobreviven diecisiete. Las imágenes y los sonidos, amplificadas por el

eco de la sala, se persiguen monótonos, inexorables. Es necesario esperar sentado casi

una hora y media delante de la pantalla por la que pasan las fotografías para ver la

número novecientos noventa y nueve, Mala Zimetbaum.

Eva Fastag ve a sus padres y hermanos por última vez en el tren que se lleva a Mala.

«Mis padres estaban condenados. Había intentado protegerlos, pero solo había

conseguido posponer el momento. Mala fue seleccionada entre los empleados para hacer

bulto, ese día fue así. A diferencia de los demás deportados, sabía adónde iba. Me

dijeron que los que eran como ella iban acompañados de una recomendación; en Malinas

todos apreciaban a Mala, los jefes consideraban que hacía un buen trabajo y ella se

desvivía por los prisioneros. Hacía todo lo posible para ser útil. Era su manera de resistir.

Algunos trataban de reaccionar, no es cierto lo que se dice de que todos iban en silencio a

los trenes; entre el cuartel y el vagón había que caminar y algunos desafiaban al destino

intentando huir. Ella resistía viviendo».

Mala viaja. En el compartimento del convoy que atraviesa el campo flamenco se sienta

en el estrecho espacio que ha conseguido, apretada entre otros jóvenes como ella,

ancianos con los huesos doloridos como sus padres, niños que gritan porque tienen

hambre como el pequeño Herman. No sabe cuál es el destino final. La frontera belga se

cierra tras ella, delante se encuentra su Polonia natal.

22

23

3

Edek

Cuando el convoy X se detiene en la Judenrampe, en Birkenau, Edward Galiński, *Edek*,

trabaja como mecánico en el campo femenino. A pesar de que acaba de cumplir

diecinueve años, tiene la experiencia de un veterano: llegó el 14 de junio de 1940, menos

de dos meses después de la inauguración del campo de concentración (*lager*) concebido

por Heinrich Himmler en un principio para encerrar a los opositores políticos polacos.

Hasta la emigración de los Zimetbaum, Edek y Mala habían crecido a pocas decenas

de kilómetros de distancia, inmersos en el mismo paisaje

rural del sur de Polonia. Ella es

mayor, tiene cinco años cuando él nace en Więckowice,
un pequeño pueblo del distrito

de Tarnów, a un par de horas de coche de Brzesko.

En ambientes distintos, los dos respiran la atmósfera
claustrofóbica de la Segunda

República Polaca, atrapada entre dos guerras: el largo
régimen nacionalista de Piłsudski

—bajo el que se suceden una decena de gobiernos—, el
asesinato del presidente de

izquierdas Gabriel Narutowicz —al que llamaron *el*
elegido de los judíos—, las crisis

económicas de 1923 y 1933, el ascenso de la derecha
católica —favorecida por el

síndrome de cerco—. El joven polaco Edek sueña con
rescatar a su patria, la judía

polaca Mala madura la conciencia de no tener una.

Więckowice sigue siendo un lugar remoto en medio de
los cultivos que abastecen el

granero de Europa, donde ahora se erigen unos grandes molinos de energía eólica

construidos con fondos europeos tras la caída de la Unión Soviética. El camino, hoy

asfaltado, está salpicado de crucifijos, Virgencitas, montones de tubérculos parecidos a

las patatas y carteles electorales de los candidatos a las elecciones parlamentarias de

2015, entre los que domina Tomasz Bury, el líder local del PSL —Partido Popular

Polaco— que hoy se encuentra en la oposición y que durante la Segunda Guerra Mundial

formaba parte del gobierno en el exilio. El pueblo es realmente minúsculo, unos cuantos

centenares de casas con el tejado inclinado y mazorcas en los alféizares diseminadas

entre los terrenos cultivados. Allí ni los agricultores ni los peones parecen haber oído

hablar nunca de Edward Galiński. No hay un verdadero centro, tampoco tiendas, solo

una especie de bazar con el letrero *Sklep Spoż ywczoprzemysłowy* y una fábrica de

lápidas.

Siendo aún un niño, Edek se traslada a Jarosław, donde su padre trabaja en la escuela

secundaria. Quince kilómetros suponen un desplazamiento importante para una época en

la que no existían estos coches alemanes que pasan ahora como una exhalación

24

adelantando los carros tirados por caballos y a las musculosas campesinas al volante de

sus tractores que se reencontrarán después en Jarosław, la zona comercial de los

alrededores, además de uno de los mayores centros regionales del Armia Krajowa (AK),

el mayor movimiento de resistencia polaco. Este nació en 1942 y de su lucha contra la

ocupación da fe el monumento con tres hombres a cuatro

patas y dos espadas encima.

En los años veinte, los judíos constituyen un tercio de la población de Jarosław.

Conviven con la hostilidad y la suspicacia de sus conciudadanos desde el pogromo que

tuvo lugar en 1869, pero han alcanzado un equilibrio. Trabajan, hacen vida doméstica, se

reúnen en distintas organizaciones sionistas: Kadima, Eretz Yisrael, HaShahar, Poale

Zion y una filial de Hanoar Hatzioni, el grupo en el que militará Mala. No obstante, los

quince años anteriores a la Segunda Guerra Mundial la tensión aumenta en la ciudad: los

judíos son acusados en primer lugar de haber prolongado la Gran Guerra y luego de

enriquecerse a espaldas del resto de la comunidad, que padece hambre debido a la crisis

económica. En 1925, mientras se multiplican las asociaciones de ayuda mutua para

atender a los necesitados, el ochenta por ciento de las actividades industriales —como las

fábricas de galletas y los molinos— pertenece a judíos o a socios de judíos.

La Jarosław en que crece Edek es un microcosmos ejemplar del clima que se vive en

Polonia en esa época: los judíos están dentro y fuera. Participan en la vida de las

ciudades, publican diarios en polaco —como el *Tygodnik Jarosławski*— , tienen dos

orquestas y una compañía teatral y participan en las elecciones municipales con al menos

un tercio de los candidatos. Pero a la vez se les considera personas poco fiables,

extraños, diferentes: los judíos son los otros.

A finales de los años treinta, mientras Mala empieza a frecuentar los grupos sionistas

de Amberes, el adolescente Edek estudia en la escuela naval de Pinsk, la ciudad natal del

futuro presidente de Israel, Jaim Weizmann. Pinsk, donde dos tercios de sus treinta mil

habitantes son judíos, no seguirá siendo polaca por mucho tiempo: invadida por los

soviéticos en 1939, será después anexionada al territorio de Bielorrusia.

La escuela naval se encuentra a varios cientos de kilómetros de Galitzia. Edek solo

vuelve a casa por vacaciones y cada vez encuentra una atmósfera más oprimiente. En

1940 la situación está a punto de quebrarse: los alemanes invaden Jarosław, la mayor

parte de los judíos ha cruzado ya el río San para refugiarse en la orilla soviética, la

actividad clandestina conspira entre bastidores alimentada por los patriotas que

combatieron el 10 y el 11 de septiembre de 1911 en defensa de la ciudad. Edek está en

contacto con la resistencia local a través de los amigos con los que se reúne en Navidad y

Pascua o durante el verano. Los ve cuando regresa a su casa: está con la familia, hace

balance de los estudios ante su padre —a quien le gustaría alejarlo del frente— y después

entra de lleno en la política participando en las reuniones y distribuyendo periódicos

clandestinos con las noticias interceptadas en la BBC.

En primavera, Jarosław, Varsovia, Cracovia y Lublin son sacudidas por la AB-Aktion,

la operación lanzada por la Gestapo contra los servicios de inteligencia polacos que en un

par de meses llevará al arresto de más de treinta mil personas entre estudiantes,

profesores, sacerdotes y activistas políticos. Varios miles de prisioneros serán asesinados

25

de inmediato en zonas aisladas o en el corazón del bosque. Los demás serán

encarcelados en Varsovia, Cracovia, Radom, Kielce,

Nowy Sącz, Lublin o Tarnów y

cargados a continuación en los primeros vagones con destino a Auschwitz. El joven de

dieciséis años Edek es uno de ellos.

Tarnów es un gran núcleo urbano situado al pie de los Cárpatos en el que los judíos

representan la mitad de la población hasta octubre de 1939, cuando se verán obligados a

lucir la estrella de David antes de ser deportados y asesinados casi en su totalidad.

Tarnów, conocida hasta los años treinta por una industria química emergente, a principios

de la Segunda Guerra Mundial se convierte en una de las bases más importantes del

Armia Krajowa. La cárcel donde el 7 de mayo de 1940 fueron encerrados Edek y

diecisiete de sus conciudadanos se encuentra a pocos minutos andando de la plaza del

mercado, una joya arquitectónica conocida como *la perla*

del Renacimiento, casi a

espaldas del barrio judío. El edificio con sus torres de guardia, sito en la calle

Konarskiego, no ha cambiado su estructura ni su función y sigue siendo una prisión

vigilada por tanques, donde se encierra a los delincuentes comunes.

«Edek estudiaba bachillerato, casi todos éramos adolescentes», recuerda su coetáneo

Antoni Rychlowski, que subió con él al tren de Auschwitz. Las condiciones de reclusión

son duras, la comida escasea, la incertidumbre por el mañana es oprimente, pero la

preocupación principal es la imposibilidad de comunicarse con sus familias. En la plaza

Więźniow Oświęcimia hay en la actualidad un monumento dedicado al «Traslado de los

prisioneros de Auschwitz» que recuerda a los primeros deportados, la mayoría

estudiantes polacos.

Según la historiadora Aleksandra Pietrzykowa, la noche del 13 de junio de 1940 un

grupo de setecientos veintiocho prisioneros, entre los que hay veinte judíos, es conducido

a las duchas y desinfectado. A la mañana siguiente, cuando la esvástica ondea sobre la

Torre Eiffel y hace cuatro días que la Italia de Mussolini ha entrado en la guerra, las SS

llevan a todos a la calle Bóźnic, a los restos del *mikve*, que es derruido al igual que las

sinagogas de la ciudad durante las primeras semanas de ocupación alemana, y de ahí a la

estación. Con Edek se encuentran Tadek Szwed, Djunio Beker, Romek Trojanowski,

Kazimierz Albin, Wiesław Kielar y Stanisław Ryniak, que es el número treinta y uno, el

primer prisionero político de Auschwitz después de los treinta presos comunes alemanes

deportados desde Sachsenhausen. Eugeniusz Niedojadło recuerda perfectamente esa

mañana: «Era un día caluroso y soleado. Caminábamos en fila de a cuatro formando una

larga serpiente que no sabía adónde se dirigía. Las SS gritaban, nosotros estábamos

tristes, deprimidos. Las calles estaban desiertas, pero se veían algunas personas mirando

desde detrás de las ventanas. De repente una mano desconocida nos lanzó un ramo de

flores de color rojo, pero un SS las aplastó».

Entre Tarnów y Oświęcim —el nombre polaco de Auschwitz— hay casi ciento

cuarenta kilómetros. Los deportados ven pasar por las ventanillas cerradas los campos de

trigo aún verdes, los pueblos y las iglesias con sus campanarios puntiagudos y la capital

de la gobernación general de Cracovia, donde los alemanes están celebrando la conquista

de París. Pasan también por Brzesko, la ciudad a orillas del río Uszwica donde nació

26

Mala y donde los lugartenientes del Tercer Reich llevan a cabo las ejecuciones en el

antiguo cementerio judío. Antes de cruzar la puerta coronada con el famoso letrero

Arbeit macht frei («El trabajo te hace libre»), hay que esperar varias semanas en un

almacén de la fábrica de tabaco que está fuera del campo, pues este aún está en obras.

En ella los prisioneros pasan la cuarentena y conocen al *SS-Hauptsturmführer* Karl

Fritzsch, que les da la bienvenida: «Este es el campo de concentración de Auschwitz.

Cualquier resistencia o desobediencia será duramente castigada. Los que desobedezcan a

los superiores o intenten escapar serán condenados a muerte. Las personas jóvenes y

robustas no sobreviven más de tres meses. Los sacerdotes un mes, los judíos dos

semanas. De aquí solo se sale por la chimenea».

Edek es muy joven y, aunque ha pasado ya por la cárcel de Tarnów, frente a él se

abre el abismo. Además de Karl Fritzsch, los esperan unos hombres vestidos con un

pijama de rayas al que hay cosido un triángulo verde con números consecutivos del uno

al treinta. Empuñan bastones, la expresión de sus caras es torva, lanzan imprecaciones.

Son los antiguos presos comunes de Sachsenhausen. Edek y sus compañeros

comprobarán muy pronto que son más crueles y sádicos que las SS. Entretanto, los

recién llegados son depilados, obligados a ducharse con agua helada y registrados uno

tras otro. Se les asigna un número a cada uno, del treinta y uno al setecientos cincuenta y

ocho. A Edek le toca el quinientos treinta y uno. Wiesław Kielar, con quien trabaará

amistad poco a poco, es el doscientos noventa.

Los primeros meses son traumáticos. Las raciones diarias de comida consisten en una

rebanada de pan, una sopa y un trozo de morcilla. El campo está aún en obras y, entre

palizas y castigos, los deportados deben trabajar en la ampliación de su estructura para

que acoja a otros como ellos. Kielar cuenta que al otro lado del alambre de púas, donde

la vida sigue transcurriendo con normalidad, se puede ver a los campesinos, a los

braceros, a las mujeres atareadas en los patios de las casas, y cuando notan que las está

mirando primero hacen como si nada, pero después, conmovidas, encuentran la manera

de lanzar un pedazo de pan o un trozo de salchicha. Las condiciones no pueden ser más

duras, los más débiles se abandonan hasta morir y se van transformando poco a poco en

zombis vacilantes, conocidos como los *musulmanes*.

Al principio Edek enferma, corre el riesgo de morir. «Estaba a punto de convertirse en

un musulmán, en una persona replegada, incapaz de asegurarse la supervivencia»,

escribe Kielar. Sin embargo, hay gran solidaridad entre los prisioneros del campo. Sus

compañeros lo ayudan y él se recupera, vuelve a la normalidad. Cuando puede ponerse

de nuevo en pie, aprovecha su habilidad manual para conseguir que lo asignen a la

sección de las instalaciones hidráulicas; un buen trabajo que se realiza en buena parte a

cubierto y que le permite moverse por los bloques sin necesidad de permisos especiales.

Además de estar al amparo del frío en invierno, Edek puede entrar en contacto con los

civiles que trabajan en la ampliación del campo madre y servir de enlace con los grupos

clandestinos de dentro. Su horizonte se limita ya al campo, donde la llegada de nuevos

trenes y la cadencia del trabajo forzado marcan el paso del tiempo; el recuento del 6 de

julio de 1940, durante el que se descubre la evasión de Tadeusz Wiejowski, el

27

compañero de Edek, dura diecinueve horas. Resistir es una cuestión de fuerza de

voluntad y de instinto de supervivencia.

El invierno de 1940, el mismo en el que Mala es incluida en el registro de judíos de

Borgerhout, es más frío de lo habitual. Los prisioneros del primer convoy se van

agrupando y ayudando unos a otros a medida que crece la población del campo. La

resistencia empieza a organizarse también en el interior y

el 19 de septiembre de 1940 se

incorpora a la causa el capitán Witold Pilecki, *el voluntario de Auschwitz*, un oficial del

ejército polaco que provoca voluntariamente su internamiento en el campo con el

objetivo de enrolar a sus compatriotas prisioneros, tejer una red clandestina y organizar la

revuelta.

A principios de mayo de 1941, Heinrich Himmler va a inspeccionar la criatura de su

invención. A todas luces satisfecho, ordena la expansión de Auschwitz, lo que en el

futuro será Birkenau, es decir, Auschwitz II, un segundo campo destinado en su origen a

acoger a cien mil prisioneros de guerra soviéticos y que más tarde será *ascendido* a

estructura básica de la *solución final* en Occidente. En esta ocasión, Himmler proyecta

también una zona industrial denominada Auschwitz III,

que debe realizarse sobre las instalaciones ya existentes, en correspondencia con el centro habitado de Dwory, a siete kilómetros del cuerpo central.

En este periodo, un grupo de prisioneros de Auschwitz empieza a construir la Buna, la

imponente instalación de la IG Farben destinada a elaborar el carbón para producir

combustible y caucho sintético. Las condiciones son extenuantes, los prisioneros deben

recorrer a pie siete kilómetros para ir a las obras y los mismos para regresar a Auschwitz

I. Dado que el agotamiento de la fuerza de trabajo es contraproducente, los alemanes

deciden construir otro *lager* en las inmediaciones de la fábrica, Auschwitz III,

denominado también Monowitz o Lager Buna. Casi todos los detenidos de Auschwitz

III, que funcionará al máximo de su capacidad entre 1943

y 1944, son judíos. De los

treinta y cinco mil registrados, más de veinticinco mil morirán de tifus, privaciones y

fatiga.

Edek ha cumplido dieciocho años, pero es un hombre viejo para su edad. Ha visto

nacer la máquina de exterminio, la guerra cotidiana por un cucharón de sopa más, el tifus

—que devora el intestino igual que la humillación sistemática aniquila la mente—, los

prisioneros privados de todo hasta tal punto que solo desean ahorcarse con el cinturón o

abalanzarse sobre el alambre de púas electrificado.

En la primavera de 1942 Mala ya no pedalea despreocupada a orillas de los canales

que rodean Amberes, sino que desafía a diario el amanecer y siente el aliento de los

alemanes en el cuello. Edek se mueve entre los veintiocho bloques de albañilería que,

junto a las barracas de madera de correos, la lavandería y la oficina de la Gestapo,

integran Auschwitz I. Su trabajo lo obliga a estar fuera, se desplaza a pie o en bicicleta

hasta las obras de Auschwitz II, los subcampos, la Buna. Trabaja con la cabeza gacha

para no llamar la atención sobre los contactos que tiene con la resistencia, pero ve con

toda claridad los trenes que resoplan, se detienen, abren las puertas de sus vagones y

arrojan al campo una desmesurada carga humana. Ahora llegan un sinfín de mujeres.

28

Unas mujeres humilladas, envilecidas, privadas de sus vestidos y de su dignidad que, sin

embargo, en los recuerdos de Wiesław Kielar siguen siendo unas criaturas ideales, iconos

de ternura, de vida, incluso de deseo. En el voluminoso *Anus Mundi*, Kielar describe

estos primeros meses sin pasar nada por alto, ni siquiera el anhelo con el que los

prisioneros políticos como él esperaban a las mujeres procedentes de Ravensbrück y a

las judías eslovacas, que fueron deportadas en la primavera de 1942 y que se quedaron

varias semanas en Auschwitz I, hasta la apertura del campo femenino de Birkenau.

Evoca también las citas fugaces de los prisioneros y las prisioneras a la sombra de las

barracas más recónditas.

El otoño regresa con hielo, nieve, lluvia intermitente, un cielo sombrío que echa por

tierra los sueños. Para Edek es el segundo año, su trabajo se ha extendido hasta

Birkenau, donde se concentran las mujeres. Para Mala es el principio.

Kielar, el amigo inseparable de Edek, enferma de tifus, está muy débil. Edek le

procura una sandía robada y luego cumple la promesa de llevarlo a sus territorios, unos

espacios *privilegiados* a los que puede acceder gracias a su trabajo como mecánico y

fontanero. De esta forma, Kielar ve por primera vez el campo femenino y el Canadá I, el

almacén donde se depositan las pertenencias de los deportados que son enviados al

crematorio, llamado así porque se asocia a la idea de riqueza. En él trabajan las mujeres,

prisioneras con el pelo cubierto por unos pañuelos limpios, como enfermeras de hospital,

guapas, sonrientes, una presencia reconfortante, muy diferente de las siluetas

esqueléticas, sin luz en los ojos a las que han quedado reducidas el resto de las

prisioneras.

«Edek es alto, fuerte, guapo». La descripción de Kielar revela admiración, puede que

una punta de envidia. Ha adquirido seguridad, es un hombre. Su amigo se burla de él,

repite que las prisioneras lo miran de reojo, en parte atraídas y en parte un poco

atemorizadas, pero nunca cita episodios ni chismes en los que sea protagonista. Le habla

de sus relaciones amorosas, de las prostitutas del campo, reconoce sus torpes intentos de

abordar a la prisionera Halina, para los cuales debe animarse bebiendo unos cuantos

tragos; menciona también las pulsiones sexuales, que resisten, pese a la deshumanización

sistemática, debido a la fuerza desesperada del instinto; pero no dice una palabra sobre

Edek, *el discreto*.

Edek y Mala ahora están cerca. Ella conoce el hambre, el frío, la fuerza del instinto de

supervivencia. Edek es un veterano del campo, donde ya quedan pocos pioneros como

él; un trabajador eficiente, apreciado entre los mecánicos, pero también en los talleres de

los carpinteros, donde ve a menudo a Konrad Gracz, el número veintisiete mil cuarenta y

dos. El estudiante de Pinsk se ha emancipado, bebe de buena gana con sus compañeros

para aislarse de la realidad que lo rodea, trata con las SS sin servilismo, en el fondo sigue

soñando con el momento en que volverá a combatir con la resistencia polaca. Ha

aprendido los movimientos del juego de la supervivencia, pero no abusa de ellos,

desprecia a los *kapos*. Edek es un privilegiado que se mueve libremente por los diferentes

sectores del campo, tiene acceso a las duchas, come mejor que los demás y dispone de

vodka, que no es de la peor calidad; sin embargo, no suscita hostilidad: pasa por *uno que*

ayuda cuando puede, como puede y a quien puede.

30

4

Birkenau

Dos mil ochocientos ochenta minutos. El viaje hacia el este es interminable. Faltan

agua, comida, espacio para desentumecer las piernas. Los cuerpos se amontonan uno

encima de otro, el aire del compartimento está saturada de sudor, orina, histeria. El llanto

de los niños es exasperante. Mala ha visto ponerse en marcha nueve convoyes como el

suyo y supone que el destino es un campo de trabajo durísimo. El jueves 17 de

septiembre de 1942 el tren deja atrás Oświęcim y prosigue hasta que se detiene en medio

del campo, a un kilómetro de la entrada de Birkenau, la puerta del infierno donde más de

un millón de personas arderán durante la guerra. A primera hora de la mañana, en la

plataforma situada en medio de la nada, cuyo nombre, Judenrampe («la rampa de los

judíos»), Mala aún desconoce, están los SS con las piernas abiertas, listos para

seleccionar a los deportados: los hábiles a la izquierda, los inhábiles a la derecha. El

megáfono amplifica la dureza de las órdenes, los perros ladran amenazadores, las

mujeres se pegan a sus hijos, los grupos de hombres con el uniforme de rayas y la

mirada apagada ejecutan las órdenes de los alemanes y ponen en fila a los recién

llegados. Amberes queda muy lejos en el tiempo, Mala ha regresado al punto de partida:

su Brzesko natal dista apenas ciento veinte kilómetros.

Los deportados son seleccionados cuando salen de los vagones, pasan por el tamiz del

médico y, dependiendo de su condición física, son destinados al trabajo o directamente al

crematorio. Es un vaivén continuo: en el mes de septiembre parten de Bélgica, de los

Países Bajos y de Francia con rumbo a Auschwitz casi veintiséis mil, de los que tres mil

ochocientos ochenta y cuatro serán registrados y el resto morirá enseguida. La

abundancia de mano de obra permite a los nazis elegir rápidamente con criterios más

estrictos. El convoy de Mala pasa por la criba: el tiempo justo de orientarse, echar a

andar hacia la entrada y los mil cuarenta y ocho prisioneros de Malinas quedan reducidos

a trescientos tres, de los cuales ciento uno son mujeres.

El segundo conflicto mundial entra en su tercer año. Los ejércitos del Reich se ciernen

sobre el frente soviético y retroceden en África septentrional, la iniciativa japonesa en el

sudeste asiático es detenida por la contraofensiva aliada,
en Europa la máquina del

exterminio funciona a pleno ritmo, el *lager* de Treblinka
abre las puertas a doscientos

sesenta y cinco mil judíos deportados del gueto de
Varsovia, el mayor de Europa.

Auschwitz se expande; pese a que se encuentra próximo a
la Gobernación General,

31

Birkenau recibe los convoyes procedentes de Europa
occidental, las estructuras se

multiplican, el proyecto de exterminio avanza día a día
con la despiadada normalidad que

se desprende de la narración de las víctimas, pero también
de sus asesinos, como el SS

Johann Paul Kremer, el médico de Münster, conocido por
el diario en que apunta los

episodios banales y las *acciones* especiales con la misma
aséptica indiferencia.

El jueves 17 de septiembre de 1942, mientras Mala se enfrenta a su primera noche en

un barracón de tierra batida —en lugar de pavimento— en el que decenas de prisioneros

comparten con los ratones las estrechas literas de tres pisos, Kremer escribe: «He pedido

un abrigo deportivo al Kleiderkasse de Berlín [la oficina de distribución de ropa]. He

incluido los cupones para el abrigo como parte de mi uniforme. Hoy he visitado el campo

femenino de Birkenau con el doctor Meyer». Tres días más tarde, Mala ya ha sido

absorbida por el movimiento perpetuo del campo y Kremer saborea sus pausas: «Este

domingo por la tarde, de las tres a las seis, he escuchado un concierto de la banda de los

prisioneros en un atardecer glorioso. El jefe de la banda era director de la ópera de

Varsovia, ochenta músicos. Cerdo asado para comer, tenca al horno para cenar».

El campo femenino se encuentra en Birkenau, Auschwitz II, un terreno aún más

cenagoso y precario que Auschwitz pero funcional, dada su proximidad a la línea

ferroviaria. Alrededor, además del alambre de púas electrificado que rodea los

barracones, se extienden los bosques de abedules y las ciénagas maláricas que forman los

ríos Vístula y Sola. Destinada en un principio a los hombres, el área, inmensa, se adapta

a su nuevo uso el 26 de marzo de 1942, cuando llegan los primeros dos transportes

femeninos, con novecientas noventa y nueve prisioneras cada uno: judías, eslovacas y

prisioneras de Ravensbrück. Es el *evento* del que no deja de hablar Wiesław Kielar, el

amigo de Edek. Describe la curiosidad y excitación de los hombres, que, después de casi

dos años de segregación, se despiertan buscando una navaja de afeitar o un peine. En

esos mismos meses, en Mauthausen, Heinrich Himmler ordena la creación de un burdel

para incentivar a los prisioneros *poco productivos* y reprimir la homosexualidad

degenerada que se ha extendido por los campos. Es el primero de los diferentes

Lagerbordell que abrirán sus puertas en los campos de concentración nazis. En otoño de

1943 inauguran también uno en Auschwitz I y otro en Monowitz, unos barracones

separados de los demás donde el personal de vigilancia puede disfrutar de una prima y

pasar un rato con *las chicas*, en su mayoría prostitutas alemanas y deportadas no judías

que han sido esterilizadas para evitar embarazos.

El traslado de las prisioneras desde Auschwitz I empieza a mediados de agosto y al

final del verano ya están todas en el sector BIa, el brazo femenino de Birkenau, hileras e

hileras de bloques de albañilería a la derecha de la entrada.

Mala observa la inmensidad del campo. La insultan, la empujan, pero, como a

diferencia de las demás comprende las órdenes que gritan los alemanes, logra esquivar

los peores golpes. Aun así, se tambalea en la oscuridad. El procedimiento es rápido. En el

barracón de registro el trabajo es similar al que realizaba en Malinas, cada nombre se

convierte en un código. Pero aquí se lo tatúan en el brazo izquierdo. Duele, quema, es

humillante. Mala mira su número, diecinueve mil ochocientos ochenta, cinco cifras para

32

toda la vida: dentro están todos los que la han precedido y los que la seguirán.

Al dolor físico se suman las preguntas sin respuesta, el aire fresco de la mañana le ha

bastado para recuperar el aliento después del viaje de dos días, pero la respiración le

vuelve a fallar ya. Los SS y sus esbirros las apremian. Las prisioneras deben quitarse la

ropa para la desinfección, tirarla en un rincón y, desnudas delante de la mirada burlona

de las centinelas, entregar lo poco que aún les queda en el fondo de los bolsillos, una

fotografía, la pulsera que un día les dio su mejor amiga, el anillo de compromiso que se

ha salvado de forma milagrosa de las razias incesantes hasta ese momento. Algunas

lloran, otras se ríen de forma neurótica mientras tratan de taparse con torpeza el pecho y

el pubis con las manos, suscitando la hilaridad de las *kapo*s, que las afeitan de pies a

cabeza y las empujan bajo las duchas heladas. No hay miradas amigas, solo escarnio o

terror.

El número diecinueve mil ochocientos ochenta es uno más entre miles. En un primer

momento, sus energías se concentran en el esfuerzo físico y psíquico necesario para no

sucumbir a la progresiva aniquilación. El 30 de septiembre estalla una epidemia de tifus.

Todos los frentes están abiertos. La malaria; el sadismo de las guardias, que asisten al

penoso trueque por la supervivencia, un pedazo de jabón vale una corteza de pan o

viceversa; las noches pobladas de fantasmas y piojos, con la pesadilla del posible

recuento apenas concilian el sueño; la obsesión por los zapatos, conscientes todo el

tiempo de que perder uno es fácil, pero encontrarlo de nuevo es imposible y caminar

descalzo puede suponer la muerte. A finales de octubre, en el campo base de Auschwitz,

que está a unos tres kilómetros, son fusilados en un solo día doscientos ochenta

prisioneros. Mala sigue como puede, vestida con el burdo uniforme de rayas, y, al igual

que muchas, trata de hacerse un hueco.

Hay que hacer como en Malinas: arreglárselas para sobrevivir con la esperanza de que,

entretanto, el resto de la familia se ponga a salvo. El 31 de octubre sacan a su hermano

Salomon de Dannes-Camiers, donde trabaja, y lo llevan con otros mil trescientos quince

prisioneros a Malinas, porque los judíos se esconden y la policía SiPo-SD ya no logra

llenar los trenes para Auschwitz. Le asignan el número setecientos noventa y uno. Mala

podría verlo llegar un día a bordo del convoy XVI o del XVII, pero Salomon se ha

politizado en Francia, está en contacto con los grupos partisanos y organiza la fuga con

varios compañeros. Esa noche, cuando los trenes ya cargados parten de Muizen, que se

encuentra nada más salir de Malinas, Salomon y sus amigos están preparados. Han

planeado saltar del tren antes de cruzar la frontera belga. Uno de cada cinco lo consigue

y escapan doscientos veintinueve. Salomon Zimetbaum está entre ellos.

No hace falta mucho para comprender que Birkenau no tiene nada que ver con

Malinas, exceptuando que ambos forman parte del mismo proyecto asesino. Al igual que

todos, Mala debe contar con sus propios medios. El conocimiento de idiomas también le

resulta útil aquí: el campo femenino acaba de abrir sus puertas, la feroz SS-

Oberaufseherin austriaca Maria Mandel acaba de ser trasladada desde Ravensbrück para

ocupar el cargo de comandante de la sección femenina de Birkenau, *SS-Lagerführerin*,

y necesita una intérprete. Mala habla francés, alemán, inglés, polaco, flamenco, yidis y

entiende un poco de ruso, es decir, buena parte de los idiomas del campo. En pocas

semanas la administración la emplea como *Lauferin*, esto es, mensajera-recadera e

intérprete. En unos meses se ha ganado la simpatía de Mandel y también de su

subordinada Margot Drechsel, la famosa vigilante alemana.

A principios de 1943, Mala Zimetbaum es un personaje relativamente conocido y no

solo en el bloque 11 de Birkenau, donde vive. Se mueve por el interior del campo

femenino, pero también fuera. Se familiariza con los prisioneros de Auschwitz y con los

triángulos de colores prendidos de las chaquetas: el rojo para los prisioneros políticos

como Edek, el verde para los *delincuentes comunes*, el morado para los Testigos de

Jehová, el negro para los *asociales*, el negro con una pequeña zeta al lado para los

gitanos, el rosa para los homosexuales, la estrella de seis puntas de dos colores para los

judíos como ella. Ahora lleva ropa de paisano, puede dejarse el pelo largo y lavarse con

regularidad, ya no debe acudir dos veces al día al insoportable recuento de presos, que se

puede prolongar hasta tres horas y durante el cual, en este primer invierno, que está

siendo gélido, decenas de mujeres caen al suelo muertas o mueren más tarde de

pulmonía en la enfermería. Evita los golpes y no corre el riesgo de que la metan en la

cámara de gas. Al menos por el momento. A pesar de que trabaja para los nazis, sigue

siendo una víctima que apoya a las demás víctimas, quienes, de hecho, parecen

reconocerle un estatus especial: es una privilegiada, pero se vuelca con las demás.

Léa Karbi, deportada desde Eslovaquia en 1942, es una de las primeras que traba

relación con ella. «Conocí a Mala Zimetbaum cuando llegó, a la vez que entré en

contacto con el grupo de la resistencia belga. Actuamos juntas. Ayudamos a la gente. Ella

consiguió trabajo a varias mujeres que habían sido seleccionadas para la cámara de gas y

de esta forma impidió que se las llevaran. Ayudó a todos los que pasaron por la

enfermería, cualquiera podía dirigirse a Mala».

Hace equilibrios andando sobre una cuerda sin red. En la cuerda la sostienen su

argucia y su temple, abajo están los asesinos esperando a que caiga. Mala no se hace

ilusiones, no se las hacía ni siquiera cuando, siendo muy joven, desmontaba la

ingenuidad de sus padres, que estaban convencidos de que los alemanes y los judíos

podían convivir si colaboraban. Mala sabe que está condenada, a pesar del favor del que

goza de momento. Al igual que los hombres del *Sonderkommando*, que están obligados a

trabajar en las cámaras de gas, por ahora la utilizan contra sus compañeras. Un día le

tocará a ella. Si, entretanto, le hacen el vacío por su condición de privilegiada, se quedará

sola.

¿Aprovecharse de Auschwitz sin que te engulla? Un desafío mortal. El psicoanalista

Gérhard Huber es autor de uno de los raros textos que existen sobre Mala Zimetbaum,

basado en los testimonios de sus compañeras de prisión. Según él, Mala se lanzó a un

peligroso doble juego. Huber está convencido de que en el sistema perverso del *lager*, en

el que la supervivencia de las víctimas dependía de su *mutación de identidad* y de su

identificación con el agresor, ella no se limitó a resistir. «Mala intentó que el juego del

sistema fuera contra este. Por eso ninguna deportada la criticaba». Es más, las *buenas*

acciones de Mala adquirieron un carácter heroico, casi mitológico, hasta tal punto que

34

algunos llegaron incluso a imaginar una rocambolesca, además de improbable, fuga del

bloque de la muerte, al que la habrían destinado a su llegada.

El 26 de enero de 1943, Mala cumple veinticinco años. En el campo hace mucho frío,

las temperaturas alcanzan veinte grados bajo cero, la humedad penetra en los huesos. El

convoy XVIII, el primero del nuevo año, que salió de Malinas la semana anterior, el 15 de

enero, descarga en Auschwitz a sus padres. Casados desde 1905, los dos tienen más de

sesenta años, así que los encargados de la selección los desechan sin vacilar. Mala no

sabe nada. No sabe que los arrestaron el 26 de noviembre de 1942 ni que con ellos ha

sido deportado también su sobrino, el pequeño Herman, que se aferrará a la falda de su

abuela hasta la última lágrima. Sin embargo, sabe que dos tercios de los que llegan son

colocados a la derecha de la rampa de Birkenau, condenados sin posible apelación,

mujeres, viejos, niños. Gracias a su trabajo puede acceder a los documentos en alemán,

ha leído que todos los meses muere una quinta parte de los deportados considerados

hábiles. De hecho, la famosa escritora Irène Némirovsky, que llegó al campo dos meses

antes que Mala, murió al cabo de unas semanas.

«El invierno entre 1942 y 1943 fue cruel, muchos murieron», recuerda Anna

Palarczyk. Anna, el número diecisiete mil quinientos veinticuatro, lleva en Auschwitz

poco más de un mes cuando Mala es registrada. Coinciden, Mala oye que procede de

Cracovia y le pregunta si conoce, por casualidad, Lubicz-Strasse, la larga calle que en la

actualidad está flanqueada por entidades bancarias y paradas de tranvía y en la que, por

lo visto, vive su abuelo paterno, Berisch Hartman, que ha perdido a su mujer, Jachwet.

Es probable que, mientras ella habla con Anna Palarczyk, él muera en Belzec, donde

llevan a todos los judíos de Cracovia. En esos meses, de hecho, los nazis concluyen la

destrucción del gueto de Cracovia, quince mil personas son desalojadas de Kazimierz y

amontonadas en la que ahora se denomina Plac Bohaterów Getta («la plaza de los

Héroes del Gueto»), una gran explanada situada a pocas manzanas de la fábrica de

Schindler, donde el año 2005 dos artistas polacos esculpieron setenta sillas grandes,

símbolo de las escuelas vacías de los que ya no existen, como los niños que, en una

película nazi de la época, llevaban las sillas a la plaza donde los habían agrupado.

A partir de ese momento, según recuerda Anna, ella y Mala se ven a menudo. «A

finales de 1942 pasábamos bastante tiempo juntas. Yo era secretaria auxiliar en el bloque

7 y ella estaba en Lauferin. Tenía los ojos azules, una voz dulce y cortés, una elegancia

que desentonaba con el ambiente circunstante. Hablaba bien alemán y polaco con acento

yidis. Yo, en cambio, sabía francés, así que hablábamos en este idioma. No queríamos

hacernos las interesantes, sino aislarnos del horror que nos rodeaba. Una vez le cité

Komm zurück, una canción popular. Ella la conocía y me enseñó a cantarla en francés.

No sabía que hubiera cruzado el frente, era la misma melodía en varias lenguas. Decía:

J'attendrai toujours ton retour. J'attendrai car l'oiseau qui s'enfuit vient chercher

l'oubli dans son nid. Soñábamos con volver a casa».

Las selecciones aumentan de manera exponencial y las condiciones del campo se agravan

35

desmesuradamente. El 6 de febrero el recuento dura casi todo el día y las mujeres que

caen víctimas del frío están condenadas. No hay piedad para las que se quedan

rezagadas. Cuando Mala y Anna enferman de tifus, son conscientes de que deben

recuperarse lo antes posible. A Anna le cuesta más acceder a las medicinas y quizá su

constitución es menos robusta, porque tarda un poco más en curarse. «Mala trataba en

todo momento de conseguir comida para las

convalecientes, animaba a las que estaban

desesperadas. La resistencia en Birkenau consistía en apoyarse unos a otros y ella lo

hacía de verdad, parecía algo arraigado en su ética. A mí me traía pan, un poco de miel y

zanahorias; sin las vitaminas de las zanahorias me habría muerto. Cuando me bajó la

fiebre, estaba en los huesos y me había quedado sin zapatos. Mala me regañaba, decía

que debía cuidarme, buscar los zapatos y encontrar la manera de lavar mi ropa».

Al principio, el trabajo principal de Mala consiste en hacer de correo entre sus directos

superiores y los demás comandantes del campo. Va de un lugar a otro comunicando

informaciones de servicio: noticias neutras, como la urgencia de reparar el tejado de un

bloque, pero también datos sensibles, como las personas que han sido seleccionadas para

la ejecución, las fallecidas, la necesidad de reforzar un equipo de trabajo. Aniela

Turecka-Wajd, la número veintitrés mil trescientos sesenta y ocho, la recuerda con toda

claridad: «Las mujeres como ellas esperaban paradas las órdenes, padecían de forma

terrible el frío en invierno. Luego, cuando Drechsel o Mandel las llamaban —*Lauferin!*,

Lauferin!—, tenían que apresurarse a hacer lo que les ordenaban. No obstante, Mala

desempeñaba también una segunda función: acompañaba a los barracones a las pacientes

que habían sobrevivido al hospital y se habían salvado de la cámara de gas. En esos

casos, podía decidir su destino en cierta medida, así que procuraba que las más débiles se

quedaran dentro o mandarlas a las unidades donde el trabajo era menos duro, para que

pudieran recuperarse». La cadena de montaje de la muerte no prevé obstáculos, la

enfermería es la enésima selección: salir de ella significa posponer un poco el final.

Mientras que este llega, hay que volver a transportar vigas de hierro, limpiar los canales

de desagüe, recoger piedras en la ciénaga para construir carreteras y muros, deslomarse

para alimentar la industria alemana y, al mismo tiempo, contribuir a la propia aniquilación

física. *Arbeit macht frei.*

Su conocimiento del alemán sirve a Mala para trabajar en la administración y los

demás idiomas le permiten ser un medio de comunicación importante en la babel de

Birkenau. La mensajera Mala, a la que muchas llaman *Mala de Amberes*, trabaja cada

vez más como intérprete, sobre todo en la enfermería, donde suele ver a Anna. «Nos

encontrábamos allí, yo esperaba a mis enfermos para llevarlos a los bloques y ella a los

suyos. Mala asignaba el trabajo a los prisioneros que salían del hospital y en eso los

ayudaba mucho. No miraba si eran judíos o polacos, para ella eran todos iguales,

destinaba a los más débiles a los puestos donde los guardias eran menos severos y las

tareas menos pesadas. La recuerdo perfectamente, muy elegante, caminando delante de

las prisioneras descalzas, sin bragas, envueltas en sábanas. El contraste era enorme. Con

36

todo, nadie la acusó nunca de aprovecharse de su posición, algo que muchos hacían en el

campo, porque Mala resistía a la deshumanización de Auschwitz. Ella servía de puente

entre amigas que estaban lejos, llevándoles sus respectivos mensajes; conseguía

medicinas raras, como Digitalis o Cardiazol; nos guardaba recortes de periódicos para

que estuviéramos informadas sobre el desarrollo de la guerra».

El 19 de febrero de 1943, el Comité Internacional de la Cruz Roja de Ginebra recibe

un mensaje de Mala, del cual en los archivos solo hay rastro de su paso, pero no de su

contenido, y lo remite a la Asociación de Judíos de Bélgica. Así pues, Mala puede

escribir. No puede hablar de las escenas a las que asiste a diario, de los espectros que

deambulan por el campo mientras esperan la muerte, de la disentería, la tuberculosis, el

tifus, de los cadáveres mutilados por los ratones, del instinto de supervivencia que con

frecuencia saca lo peor de la mezquindad humana, del invierno interminable con agua por

todas partes, salvo en los grifos. No puede hablar de los documentos a los que tiene

acceso gracias a que trabaja en la burocracia del campo, de la contabilidad de la muerte.

Pero puede comunicar que está viva.

Con el tiempo se producen nuevas llegadas. A finales de febrero entran en el campo

los primeros gitanos, que son clasificados como *racionalmente asociales* y destinados al

sector BI-Ig, por el que pasarán un total de veintitrés mil personas. A mediados de marzo

se hacen las pruebas del Crematorio II, uno de los cuatro que terminarán de construirse

en el verano de 1943, situado en el lado opuesto a la entrada, después de los barracones

del BIa y BIb. Entre abril y mayo tiene lugar la valiente y desesperada insurrección del

gueto de Varsovia, en la que, al igual que en la anterior revuelta de enero, los judíos

luchan sin recibir demasiada ayuda del gobierno polaco en el exilio hasta que los

alemanes declaran triunfantes: «El barrio judío ya no existe».

Mala, quien, según la prisionera belga Rebecca Liwschitz, tiene frecuentes accesos de

fiebre debido a la malaria, no se detiene un momento, puede que ni siquiera para pensar.

Schnell! Schnell! Mala corre al oír la llamada de Mandel, conocida como *la bestia* por el

evidente y sádico placer que siente al ver a las mujeres y los niños caminando hacia las

cámaras de gas y a la que se considera responsable de la muerte de decenas de miles de

prisioneras, pero que no oculta la predilección que siente por ella. Trabaja con eficiencia,

rapidez, precisión, con el sentido práctico y la capacidad de organización que aprendió en

los años de militancia en Hanoar Hatzioni, cuando se ocupaba tanto de organizar un

seminario sobre el sionismo como de planificar un campamento con sus compañeros y

con su querido Charles. Siempre que puede va a recibir los convoyes que, innumerables,

ahora se adentran en el campo. La resistencia belga intenta bloquear en estos meses los

trenes, pero solo consigue facilitar alguna que otra evasión. Mala escruta las caras de los

supervivientes de los guetos polacos, de los judíos de los Balcanes, de cincuenta y cinco

mil griegos, de las víctimas sin escapatoria, como Suzanne Kaminski, de cinco semanas y

media, que murió con su madre el 19 de abril de 1943, poco después de bajar del tren.

Busca entre los ojos aterrorizados, que la miran fijamente, con la esperanza de no

reconocer a nadie. En realidad, en el aire denso y nauseabundo que respira ya están sus

padres, su sobrino Herman y también los otros dos, Max y Bernard, los niños que

37

consiguió salvar en Malinas y que, sin embargo, fueron deportados poco después, el 24

de octubre de 1942, tres convoyes antes que el de sus abuelos.

Queridos:

Espero que aún os acordéis de mí y que os alegre recibir una muestra de amor de la novia de Charles. He

escrito a mis padres y a mis amigos, pero no me han contestado. Espero que no os moleste si os vuelvo a

preguntar dónde están mis padres. ¿Cómo estáis vosotros? ¿La salud va bien? Recuerdo a menudo los

domingos que Charles, sus hermanos y yo pasábamos en vuestra casa. A la espera de vuestra respuesta, os

mando un saludo y un caluroso beso.

Esto fue lo que escribió Mala el 15 de mayo de 1943 en una tarjeta de cartón habana

dirigida a «Jules Denis, decor, Markgravelei, Amberes». Con toda probabilidad se trata

de una tienda de decoración; el número no aparece, pero, en cualquier caso, hoy sería

imposible encontrarlo, ya que Markgravelei es una

cuidada calle residencial con

suntuosas fachadas de estilo gótico flamenco restauradas,
un parque de abundante

vegetación y pocas actividades comerciales. Mala recurre
a intermediarios, como Jules

Denis, que no tiene un apellido judío; su familia y la de
Charles viven en la

clandestinidad, la información escasea y la distancia es
infinita. En todo caso, el terreno

común sigue siendo la memoria de los domingos en casa,
de los que el sobrino de

Charles, Charles júnior, conserva unas pequeñas fotos en
blanco y negro, unas ventanas

de intimidad perdida en las que aparecen el centro de
mesa lleno de manzanas, las

naturalezas muertas en las paredes y la araña de cristal
soplado.

Los días se van alargando, la nieve se ha derretido casi
por completo, el terreno tiene

la consistencia de una ciénaga y resulta muy difícil caminar. En Birkenau conectan el

agua y la luz. El campo de las mujeres, levantado en un principio con los ladrillos de las

casas de los pueblos polacos arrasados, va cobrando forma y creciendo. En este periodo,

Mala se aloja en el bloque 4 con Anna Palarczyk, que lo describe como un espacio

singular, mejor que los demás, con una zona para las actividades diurnas y otra para

pasar la noche, donde hay camas y mantas de verdad y *solo* unas ochenta prisioneras, a

diferencia de las novecientas o mil que se apiñan en los barracones reglamentarios. Mala

y Anna comparten el espacio con otras recaderas, Ewa Pomeranc, Lea Sziowic, Herta

Roth, pero ninguna de ellas permanecerá mucho allí: a principios del verano las jóvenes

empleadas de la administración se trasladan a un barracón en el que cada una dispone de

un rincón propio, algo parecido a una pequeña habitación improvisada entre dos camas

con una mesa en medio que, según dice Herta Roth, «nos proporcionaba la ilusión de

gozar de cierta intimidad».

En estas semanas se manifiesta la primera resistencia verdaderamente organizada en el

interior del campo. Desde el principio, los grupos clandestinos son polacos, igual que los

pioneros del campo llegados en 1940 con Edek. Se trata de pequeñas células —PPS,

PPR, ND, ONR, AK— que actúan de forma autónoma y que, en opinión del historiador

Ber Mark, solo empezaron a coordinarse en 1943 para acabar confluyendo en 1944 en el

Consejo Militar de Auschwitz. Su trayectoria es accidentada, está minada por las

diferencias ideológicas y nacionales. En primavera se forma el Grupo de Combate de

Auschwitz, una red transversal que abarca el campo masculino y el femenino y que

38

también incluye núcleos judíos. En contraste con la narrativa que los describe como

sumisos frente al Holocausto, los judíos contribuyeron de forma significativa a la

resistencia de Auschwitz. Es el caso de Róza Robotka, quien en octubre de 1944

consiguió, en colaboración con otras mujeres, pasar de contrabando los explosivos

destinados al atentado del *Sonderkommando* en el Crematorio IV de Birkenau, la revuelta

que Shlomo Venezia cuenta en sus memorias. La trama se extiende y Mala forma parte

de ella.

La empresa es más que desesperada. Las perspectivas de una revuelta masiva son tan

remotas como las de recibir armas y refuerzos del

exterior, de los aliados. Después de

conspirar en la sombra durante dos años y medio, el capitán Pilecki renuncia al proyecto

de hacer saltar el campo desde dentro y en la noche que va del 26 al 27 de abril de 1943

escapa llevando consigo documentos redactados por los partisanos.

A Mala también la obsesiona la idea de que el mundo debe saber, porque piensa que si

la humanidad supiera intervendría. Es la única brecha de ingenuidad en su racionalidad

compacta y lúcida. Según aseguran muchos historiadores, el mundo lo sabe ya. En

diciembre de 1942, el Armia Krajowa ha conseguido hacer llegar al Partido Socialista

polaco en Londres dos mil quinientos ejemplares de un informe titulado *The Camp of*

Death, que en los ocho años sucesivos se publicará en ocho idiomas. Mala parece

convencida de que el exterminio se está llevando a cabo en la oscuridad, en el silencio,

que nadie sospecha lo que está sucediendo en Auschwitz. Por eso cuando tiene que elegir

a quién ayudar prefiere a los más jóvenes. Por eso ofrece su movilidad de un sitio a otro

a la resistencia, a pesar de que no es un miembro efectivo de la misma. «Teníamos

informadores en casi todos los bloques para salvar vidas humanas y evitar las

selecciones. Mala colaboró con nuestro grupo, pero no se puede decir que formara parte

de él», recuerda la partisana y médica ciega Margita Svalbova. Mala actúa en

coordinación con los altos cargos de la resistencia, mantiene viva la red llevando

mensajes de un bloque a otro, facilita los contactos con el campo masculino del sector

BII (al que puede acceder), recopila información en los archivos de la administración y

no se compromete en primera persona para sabotear el sistema, pero ayuda con comida

y medicinas a quienes lo hacen. Es un punto de referencia fundamental para sus

compañeras de la unidad judía y comunista Solidarité, como Paulette Grynglas. «La

llamábamos *nuestro ángel de la guarda*, todas recurriamos a ella cuando teníamos un

problema. A mí, en concreto, me salvó la vida. Me habían asignado al comando que

transportaba toneladas de sopa a las personas del *Sonderkommando* que trabajaban en

los cuatro crematorios. Al cabo de unos días, estaba a punto de suicidarme, no podía

soportar por más tiempo las idas y venidas entre los cadáveres y las fosas comunes.

Alguien avisó a Mala, así que ella me aconsejó que dijera que estaba enferma y me

mandó a la enfermería. Después de dos días de reposo, consiguió trasladarme a otro

grupo. Para mí, Mala siempre será la luz de Birkenau».

Por mucho que se busque, es imposible encontrar una deportada que ensombrezca la

figura de Mala. No la envidian, no la juzgan, no sospechan ninguna ambigüedad en ella.

Más bien, en sus relatos se percibe cierta distancia. Mala parece no entregarse nunca del

39

todo. Todas la conocen y la respetan, pero sin que exista entre ellas una verdadera

confianza. Brinda mucha más ayuda de la que pide. Si bien en la aureola legendaria que

la rodea se la asocia erróneamente con la misteriosa mujer judía que disparó al SS

Schillinger después de robarle la pistola, Mala trabaja siempre sola, oculta, lejos de las

acciones vistosas, su lucha es personal y no se afilia ni a la resistencia judía ni a la

comunista ni a ningún grupo en especial. Es un verso

suelto. Igual que Edek, aunque este parece más vinculado a la resistencia.

«Mala no fue una doctrinaria, comprendió enseguida que podía ser más útil por sí sola

que malgastando sus energías en mantener vivo un grupo», escribe Gérard Huber. Una

posición análoga a la de Michael Pollak en el ensayo *L'expérience concentrationnaire*:

«El acto de Mala como prisionera ejemplar y desinteresada que ofrece ayuda tiene todo

lo necesario para convertirse en un mito, su martirio es el de una mujer que simboliza

todos los ardides de la supervivencia cotidiana».

El verano de 1943 estalla, Mala lleva casi un año en Auschwitz. Todos los crematorios

están ya activos. La guerra continúa. La Wehrmacht alemana lanza la tercera ofensiva en

el frente oriental, que culmina con la batalla de Kursk — el mayor enfrentamiento de

fuerzas acorazadas de la historia—, en la que el Ejército Rojo sale victorioso.

Mala sigue las noticias a través de las conversaciones de sus superiores; según parece,

fuera del campo el dominio del Reich encuentra numerosos obstáculos, pero dentro el

infierno no ha cambiado. Miles de mujeres entran a diario en las cámaras de gas.

Los judíos se las arreglan para escribir a sus familiares. Las cartas, que deben estar

escritas en alemán y pasar la censura, son una oportunidad inestimable. La recadera

Herta Roth recuerda la agitación de sus compañeras: «Tratábamos de encontrar la

manera de hacer saber a los de fuera que nadie volvía del *lager*. Cada una lo hacía a su

manera. Yo escribí: “*Lehitraôt* no está aquí”, porque *lehitraôt* significa en hebreo “hasta

la vista”». Mala sigue mandando sus SOS en la botella.

El 15 de julio de 1943, a través de la Asociación de Judíos de Bélgica, escribe a la

señora Meminet a Bruselas pidiéndole que dé noticias sobre ella a su familia, a los

Steppel y a los Schipper. Poco después, el 25 de julio de 1943, sopesa las palabras para

explicar a su hermana Jochka lo que estaba sucediendo en Auschwitz:

Querida Jochka:

He recibido la tarjeta postal que me enviaste a través de nuestros amigos, volver a ver tu letra después de

tanto tiempo y saber que estáis bien es para mí una gran alegría y me anima. He recibido también una tarjeta de

Charlotie. ¿Por qué no me escribe mi querida madre? ¿Cómo están Salamo, Isa y sus adorables hijos? Lo único

que me preocupa es que todos estéis bien. Me alegro de que el tío Chiel haya ido a veros, cuando me escribas

dime si se quedará con vosotros. Aquí los demás están todos con Etusch. No te preocupes por mí, estoy bien,

trabajo como traductora y sigo siendo la Mala de siempre.

A la espera de vuestra respuesta, os mando un abrazo y un beso.

¿Qué lee en estas líneas Jochka, que, entretanto, vive escondida con su marido Isak y

con su hermano Salomon en la calle Gasstraat, en Amberes? Es evidente que Mala está

al corriente de su clandestinidad, porque usa el apellido falso de su padre, Hartman, y

envía la tarjeta al número ciento cincuenta y cinco de Lange Leemstraat, un edificio hoy

40

en día un poco descuidado en el corazón del barrio judío de Amberes, donde los

habitantes actuales no saben quiénes fueron sus predecesores hace sesenta años. No

imagina que sus padres y sus sobrinos han muerto, porque pregunta por ellos. Nombra a

su prometido, Charles Sand, quien cuenta en secreto los

días desde que la arrestaron. Le

gustaría tranquilizar a su hermana sobre las condiciones en las que se encuentra: respecto

a las demás, es una empleada que goza de muchos privilegios, pero que, sin embargo, no

ha cambiado, sigue siendo la misma, no se ha vendido, no es una colaboracionista. Pero,

por encima de todo, dice que todos, salvo ella, están con Etusch, la cuñada que murió

durante un parto antes de la guerra. De esta manera, Mala explica a Jochka que Birkenau

es un campo de exterminio.

El mundo anterior a la deportación queda ya muy lejos. Auschwitz y Amberes están a

mucha más distancia que los kilómetros que en realidad las separan. Pasa otro mes y el

25 de agosto Mala vuelve a empuñar la pluma.

Querida hermana:

Han pasado cuatro semanas y aún tengo la suerte de poder escribirte. Me llegaron vuestras tarjetas de mayo

y junio. El día que recibo algo vuestro es una fiesta para mí. Me alegra saber que estáis todos bien y sanos.

¿Por qué no me cuentas nada de nuestros queridos padres ni de los niños? Yo sigo con las mismas

compañeras, que son encantadoras. Hella, Regina y todos los demás están con Etusch. No padezcas por mí,

trabajo como traductora y en el tiempo libre pienso siempre en vosotros. Como ves, sigo siendo la Mala de

siempre. He tenido también noticias de Charles, de Isa y de Salo. ¿Charles va a veros? ¿Ha venido el tío Chiel?

¿Por qué no se queda con vosotros? Por hoy es suficiente, cuidaos mucho.

Os mando, como siempre, un montón de abrazos y besos.

P.D. Saludos de Giza.

Sobre el mundo de Mala se adensan nubes negras. Hella y Regina son las hijas de

Aron y Mirla Zehnguts, la familia originaria de Brzesko

que, cuando Mala estaba en

Amberes, vivía en el segundo piso de la casa de
Marinisstraat, encima de los Kranzlers y

debajo de los Zimetbaum. Hella y Regina, dos muchachas
varios años más jóvenes que

Mala, están ahora con Etusch. Quizá por eso vuelve a
mencionar al tío Chiel: deben

permanecer juntos en Amberes y esconderse. Mala
confirma una y otra vez el peligro

que se cierne sobre ellos e insiste aludiendo de nuevo a la
cuñada muerta en la tarjeta que

envía en esas mismas horas a su hermano.

Querido Salmir:

Me alegro de poder escribirte otra vez y de saber que
estáis sanos y juntos. Yo trabajo y estoy bien. Giza os

saluda, yo me ocupo de ella. Los demás están todos con
Etusch.

Un beso.

Giza Weisblum es la sobrina de su cuñado Isak, que llega a Auschwitz el 2 de agosto

con un convoy cargado de partisanas belgas. Mala la encuentra entre los barracones y es

posible que, después de haber hablado con ella, sienta la necesidad de alertar una vez

más a su familia. Deben evitar como sea que los atrapen, porque nadie sale de

Auschwitz: los que entran se reúnen casi de inmediato con Etusch.

Giza es una persona próxima a Mala. La única pariente con la que compartirá la

41

experiencia del campo durante casi un año. A su llegada, Giza sabe encontrar a su prima

porque en los meses anteriores ha leído sus mensajes con el resto de la familia. Pero solo

cuando la afeitan, le tatúan el número en el brazo y la separan de sus compañeras

destinadas a la cámara de gas comprende el verdadero alcance de las palabras de Mala

sobre la cuñada Etusch. Al poco de llegar a Birkenau encuentra a Mala bien vestida y sin

el pañuelo en la cabeza; es una mensajera respetada. Giza se encuentra destrozada, teme

que su prima no la reconozca. «La encontré. Mejor dicho, ella me encontró. Corría a

recibir los convoyes que llegaban de Bélgica. Como era recadera, podía moverse con

total libertad de un lugar a otro, algo que los demás prisioneros tenían totalmente

prohibido. Se valía de ese privilegio para poner en contacto a los miembros de una

misma familia y a veces arriesgaba incluso la vida para llevar mensajes o medicinas. Con

el mismo valor ayudaba al movimiento clandestino, que por aquel entonces daba sus

primeros pasos en el campo».

Mala acribilla a preguntas a su prima, quiere saber cómo está Jochka, si hay noticias

de Charles, le promete que no volverán a separarse. Siente que ha recuperado una

pequeña parte de su vida de Amberes. Giza también es miembro de la resistencia

clandestina belga y, a pesar de que siempre ha negado la pertenencia de su prima a la red

interna, desde que llega al campo Mala intensifica sus relaciones con las células rebeldes.

Es ella la que asigna a Giza y a sus compañeras a la sección de calzado, un puesto

ambicionado, con calefacción, donde hay que clasificar los zapatos en función de los

materiales: cuero, madera, caucho. Según el historiador Ber Mark, esta colocación

aseguró a las deportadas del 2 de agosto de 1943 un techo, pero, por encima de todo, la

posibilidad de administrar la distribución de zapatos, clave para la supervivencia.

«El hecho de estar organizadas en un colectivo y ayudarnos unas a otras nos animaba,

porque nos hacía sentirnos menos solas bajo la presión de unas condiciones de vida

bestiales, pero también porque nos permitía conservar la salud, a pesar de que la comida

era miserable, y consolar a las más desmoralizadas», recuerda Sarah Gutfreint. Vio

muchas mujeres deprimidas, incluso desde el mismo momento del registro. «Las

comunicaciones eran muy importantes para nosotras, que no sabíamos nada. Mala nos

ayudó desde que entramos en la sauna. Debíamos dejar nuestras cosas en el suelo para

que las desinfectaran, solo que no sabíamos que luego íbamos a tener que buscarlas en

un montón húmedo y sucio dándonos la mayor prisa posible para llegar al recuento. Solo

comprendimos la ayuda que nos había prestado Mala, que había apartado nuestras cosas,

cuando vimos que algunas renunciaban y corrían a ponerse en fila desnudas».

Mala y Giza ahora están juntas. Para Mala, que aún no ha trabado amistad con Edek,

es un alivio, un hombro sobre el que llorar sin temor a perder la aureola de seguridad que

da tanta fuerza a las demás. Porque las prisioneras la ven como una fuente de ayuda,

pero también como un motivo de esperanza.

Una vez libre, la partisana judía polaca Henya Frydman, apodada *Janine*, dedicará

varias poesías a sus compañeras del campo, incluida una titulada *Una esperanza llamada*

Mala, que termina así: *Comme l'est pour les croyants le nom d'une sainte, Ton nom*

l'est pour nous [...] . Dors tranquille, Mala! Nos pensées souvent s'élèvent vers toi.

42

Nous n'avons pas de tombes pour y déposer des fleurs

blanches. Mais nous avons: la

revanche.

Los días parecen infinitos, para los habitantes de
Auschwitz que anochezca tarde es

tan penoso como el gélido invierno. Más luz significa más
trabajo, más fatiga, más caídos

en el recuento matutino y el vespertino. La orquesta
femenina del campo, que Maria

Mandel ha organizado para acompañar la rutina mortal de
las prisioneras, toca casi en el

cruce entre la salida del campo femenino y las vías,
obedeciendo a la batuta de la

directora Alma Rosé, la inspirada sobrina de Gustav
Mahler, que fue deportada en julio

desde Francia. Las intérpretes rozan los instrumentos con
sus delgados dedos y la mirada

vacía. Mala está preocupada. La proximidad de Giza le
alegra, pero su llegada le ha

hecho comprender que los demás también pueden

aparecer en cualquier momento.

Incluidos los más frágiles de la familia, que en realidad ya han llegado.

«Mala no era como las demás, que se burlaban de nosotras mientras nos

desnudábamos, desesperadas, a la vez que nos señalaban los hornos donde quemaban a

las prisioneras», cuenta Paulette Sarcey, miembro del grupo de resistencia comunista

Main-d'oeuvre Inmigrée deportada el verano de 1943. Mala no grita, siente el mismo

miedo que las prisioneras que tiene delante. «Nos hablaba con delicadeza y amabilidad,

nos decía que fuéramos valientes, nos sonreía, “Vamos, chicas”. Acudía siempre a la

llegada de los trenes pensando que podía ver a alguien de su familia».

Una vez registrada e introducida en el campo, Paulette se pone en contacto con los

grupos de la resistencia y refuerza la relación que la une a Mala. «Se ocupaba de

nosotras y de ellas, hacía cosas extraordinarias. Por ejemplo, el *Aussenkommando*

trabajaba fuera; si el grupo que salía se componía de trescientas mujeres, por la noche

debía volver el mismo número, de forma que cuando una moría las demás debían

recoger el cuerpo. Nadie quería transportar los cadáveres, porque eso significaba andar

más lento y recibir patadas e insultos de los soldados. Cuando Mala comprendía que una

compañera no resistía más en el *Aussenkommando*, la llevaba a la enfermería y de ahí a

otro *kommando*. Lo hizo a menudo, con prisioneras de todas las nacionalidades, pero

sobre todo con las más jóvenes. Era guapa, esbelta, llevaba el pelo suelto e iba adonde

quería. Nunca pegaba a nadie, jamás aceptó ser una *kapo*. Era el símbolo de la

solidaridad. Sabía saludar mandando un beso, levantaba la moral, contaba la información

que había oído en la radio y la interpretaba con la inteligencia que la caracterizaba. Era

magnífica».

Mala vive en el recuerdo de sus compañeras. Lea Sziowic la define como *una*

dirección a la que acudir en cualquier momento. En opinión de Jenny Spritzer, tuvo la

capacidad de «seguir siendo humana en el *lager*». La joven de diecinueve años, judía y

francesa, Freda Silberberg, que se cruza con ella mientras busca en vano el barracón de

su madre, quien en realidad ha muerto ya en la cámara de gas, dice que *facilitaba las*

cosas. Raya Kagan, nacida en Ucrania en 1910, que fue deportada desde Drancy el 22

de junio de 1942 y que sobrevivió después a la marcha de la muerte, habló de ella en

Jerusalén cuando prestó declaración como testigo en el proceso contra Eichmann, en

1961. «Conocí a Mala cuando la habían nombrado *Lauferin*. Era correcta, en el campo

43

era muy popular, porque ayudaba a todos. Jamás abusó de las oportunidades ni del poder

que de hecho tenía, como solían hacer los *kapos*. Mala disfrutaba de las mejores

condiciones, pero sufrió como cualquiera». La veneración que sienten por ella las

prisioneras contrasta un poco con el olvido que sufrirá su memoria al acabar la guerra,

que se ha prolongado hasta nuestros días. En el presente absoluto del campo, ella, que

arriesga la vida para cambiar los números en las listas de los vivos y de los muertos, que

hace trampas en la selección, demuestra que hubo un antes del *lager* y que quizá para

algunos habrá un después.

«Me gustaría que la historia de Mala fuese famosa. No es mi historia, pero está

relacionada con la mía y con la de muchas más mujeres. Ella hacía un sinfín de cosas

buenas por nosotras, todos la querían, incluso las SS la respetaban», dice Tzipora

Silberstein. Existe, sin lugar a dudas, un componente imaginativo en la memoria de los

que, para superar el *lager*, tuvieron que seleccionar con sumo cuidado sus recuerdos,

pero, si prescindimos del énfasis, comprobamos que en cualquier caso los gestos de Mala

son concretos, reales: transmitir a Sejna Antmanil el saludo de su marido, que está

recluido en el campo masculino; entregar a una madre la nota de un hijo al que creía

muerto; dar una manzana a quien le cuesta recuperar las fuerzas, un fruto precioso que a

Helena Dunicz-Niwińska le regaló el sabor de la vida,
según contó más tarde. Halina

Birenbaum repite sin cansarse que Mala hace la
revolución como puede, realizando

pequeñas acciones que «no cambian el curso de la
historia, pero sí la vida de las

personas».

Halina Birenbaum es una mujer extraordinaria. Una mujer
que sobrevivió al exterminio

de toda su familia —salvo su hermano—, al campo y a la
marcha de la muerte. Hoy

Halina, a pesar de la polémica que han suscitado, defiende
la idea de instalar

nebulizadores a la entrada del museo de Auschwitz para
que los visitantes se refresquen

en agosto, porque «los visitantes no son prisioneros,
vienen a rendir homenaje a nuestro

dolor y es encomiable pensar en su bienestar. Debemos
mantener viva la memoria del

sufrimiento, no el sufrimiento físico. En caso contrario, deberíamos eliminar los baños,

cerrar la cafetería, prohibirles que lleven ropa de abrigo en invierno».

Halina fue deportada desde Varsovia a los catorce años, el 1 de septiembre de 1943.

Su madre temía que la mataran e intentaba que pareciera mayor pellizcándole las mejillas

hundidas; en cambio, fue ella misma la que murió poco después. A ojos de una

muchachita que ha dejado tras de sí dos años de clandestinidad en el gueto, Mala parece

una divinidad. «La veía a menudo. Iba bien vestida, tenía un buen trabajo, era muy

amable, todos la querían. Los alemanes la trataban bien, la necesitaban. Por lo general,

venía al recuento. Nosotras nos poníamos allí de pie a las cuatro de la mañana. Hacía un

frío terrible y ella pasaba entre las filas para contarnos. Luego la veía otra vez por la

noche, al volver del trabajo. Mala tenía la posibilidad de ayudarnos y lo hacía. Nos

preguntaba quién quería escribir una carta y luego nos explicaba qué palabras debíamos

usar para evitar la censura. Cuando podía, nos traía ropa limpia. Un día dijo mi número

y yo me sentí aterrorizada: no nos llamaban sin motivo. En cambio, lo único que quería

era darme una carta con una foto de mis sobrinos de seis meses y un año y medio. Lloré

44

tanto que la guardia pensó que eran mis hijos. Me habría gustado quedarme con la foto,

pero no estaba permitido, así que Mala hizo un aparte conmigo y me dijo que no me

preocupara, que me la traería otra vez. Creí que hablaba por hablar, pero, al contrario, la

volvió a traer».

Por lo visto, Mala dedica sus días a resolver los pequeños

grandes problemas de las

prisioneras que son menos afortunadas que ella. En realidad no puede hacer mucho más

para contener la ferocidad de supervisoras como su jefa, Margot Drechsel, que

selecciona a las prisioneras en el interior de los barracones vestida con un impermeable y

unos guantes blancos.

«Cuando nos veíamos hablábamos de todo un poco», recuerda Maryla Michałowska,

deportada desde Polonia el 2 de agosto de 1943. Mala es consciente de que su posición

es precaria, lo que hace evidencia de alguna manera todo lo que no puede impedir. Si

existe un lado oscuro en esta historia, es el que menciona una agraciada señora belga

mientras visita el museo Kazerne Dossin una lluviosa tarde de octubre: «Por cada judío

que salvabas en Auschwitz condenabas a otro. Mis padres

tuvieron el tiempo justo para

esconderme en casa de mis abuelos antes de que los deportaran. Y no volvieron».

Septiembre queda atrás. Una Polonia enlutada saluda el cuarto aniversario de la

invasión alemana con la que se inició la guerra. Mala dedica cada vez más energías a la

enfermería. «Hacía todo lo posible, pero no podía ayudar a doscientas mil personas»,

explica Rebecca Liwschitz. Antes de que la arrestaran en Amberes, Rebecca colaboraba

con el movimiento cultural pacifista Wending, cuyos espectáculos sobre la Guerra Civil

española conocían Mala y Charles. Un pasado más que remoto. «Conocí a Mala cuando

llegué al campo, siempre iba a saludar a las prisioneras belgas. Después me asignaron un

trabajo espantoso, debía sumergirme en los canales para limpiarlos, una tarea absurda

cuyo único objetivo era agotarnos. De hecho, caí enferma. Después de la convalecencia,

Mala logró enviarme a la tejeduría, una sección que trabajaba a cubierto con calefacción.

No obstante, antes debía curarme. Así pues, cuando salí de la enfermería Mala me

mandó al Canadá, cerca de los crematorios, donde día y noche se clasificaba la ropa de

los deportados; pero, como ella conocía al jefe, este me dejaba estar dentro y a los

alemanes que venían de día les decía que yo trabajaba de noche y a los que venían de

noche al contrario. Mala me traía pan y miel. Sin embargo, por encima de todo, lo que

me mantuvo con vida fue su confianza en que la paz era inminente». Es necesario resistir

a Auschwitz, no ceder, seguir viviendo como sea hasta que termine la guerra para que el

mundo sepa. Por eso, insiste Paulette Sarcey, Mala ayuda a todos, pero cuando puede

prioriza a los jóvenes, ya que tienen más posibilidades de sobrevivir.

Horas, días, meses. Un ir y venir entre los barracones, a lo largo de la Lagerstrasse,

que atraviesa las vías; un espacio inmenso donde antes del campo se erigían ocho

pueblos, ciento setenta y cinco hectáreas que se hacen interminables cuando uno las

recorre hoy en día con un buen calzado y un grueso chaquetón invernal. Mala ha

aprendido a conocer cada rincón, cada bloque, los turnos de guardia, el carácter feroz de

algunos centinelas y la condescendencia de otros. Solo los prisioneros son todos iguales y

siempre diferentes. Un día entra por casualidad en el barracón donde está ensayando la

45

orquestra. La joven de quince años Helene Scheps, a la que el 3 de agosto de 1943

marcaron con el número cincuenta y un mil ochocientos cuarenta y ocho, sabe quién es,

pero ahora la ve por primera vez. «Mala casi nunca venía adonde tocábamos. Ese día

llamé su atención, notó el estado lamentable de mis pies y me dio unos zapatos».

La alusión a los zapatos es constante. Mala, que, pasadas las primeras semanas,

calzaba unos aceptables, debió de procurar miles. La montaña de zapatos desparejados

que se conserva en el museo de Auschwitz es una de las etapas de la visita al *lager*

donde más se detienen los estudiantes. Es una imagen inmediata que permite comprender

el alcance del exterminio, un mecanismo de tortura sistemática frente al cual quizá era

preferible una muerte inmediata.

«Léa Lucka, una partisana de Amberes, había enfermado trabajando en la ciénaga y,

consciente de que su mal no tenía remedio, se desesperaba porque no quería ir a la

cámara de gas, así que Mala y una doctora rusa la ayudaron a morir», recuerda Sarah

Goldberg, que fue deportada el 2 de agosto de 1943, igual que Giza. Muchas se

derrumban, se arrojan contra el alambre electrificado o se abandonan sin oponer

resistencia al progresivo debilitamiento. Sarah también sintió esa tentación. «Estaba

ingresada con otras trescientas cincuenta mujeres, todas tan maltrechas como yo; nos

daba igual vivir o morir. Entró una enfermera y me preguntó si era Sarah de Bruselas.

Quería que saliera para que me visitaran y, como yo me mostraba reacia, dijo que debía

moverme, que Mala me ayudaría. Fui a ver a un médico con otras seis compañeras y

cuando volvimos a la enfermería vimos que estaba desierta, se habían llevado a todas a

la cámara de gas en el camión. Mala nos había salvado de la selección, salvó a muchas

de nosotras de esa forma, salvó también a Janine Frydman y a Helene Gancarska».

Helene Gancarska lo contó mientras pudo, hasta que murió en Bruselas en 2003.

«Mala se ocupó de nosotras desde que entramos en cuarentena. Al principio nos dio ropa

menos ridícula. Yo, por ejemplo, llevaba un vestido de noche de una señora que debía de

pesar tres veces más que yo y ser dos veces más alta. Lo rompimos y lo utilizábamos

cada vez que íbamos al retrete, porque, como no había papel higiénico, usábamos la tela

que sobraba. Nos mandó a clasificar zapatos y después al almacén Canadá. Este era un

comando realmente bueno, donde a veces encontrabas cosas que luego podías cambiar

por pan. Ese invierno, el invierno de la gran selección, enfermé de tifus. Compartía la

litera con Janine Frydman, sabíamos que estábamos destinadas al gas y preferíamos que nos fusilaran. Un día, Mala vino a decirnos que hacía falta un médico entre las SS y que ella había dicho que éramos estudiantes de Medicina. Nos preparó, nos puso unos pañuelos en la cabeza y nos dejó apoyadas en una mesa para que pudiéramos aguantar de pie. Cuando llegó el SS aseguramos que habíamos cursado el primer año de Medicina en París y en Bruselas. Era absurdo, porque éramos demasiado jóvenes para haber estudiado un año en la universidad, pero él no dijo nada. Después, Mala se enteró de que no nos iban a llevar a la cámara de gas. Nos salvó de la selección y luego, de cuando en cuando, nos traía pan y margarina. Las raciones no eran gran cosa, pero un pedazo de pan era un pedazo de vida».

El 4 de octubre de 1943 el nombre de Mala Zimetbaum aparece en una lista de

prisioneros que van a ser explorados por rayos X. Su código de visita, el mil seiscientos

quince, va acompañado de una nota en la que se hace referencia a un dolor indefinido en

el corazón. El psicolingüista alemán Lorenz Sichelschmidt —autor de una preciosa

biografía titulada *Mala*— cita el testimonio de Greta Glas, una prisionera que fue

examinada poco antes que ella, en el que esta sugiere cómo el largo trayecto en el vagón

sanitario podía ser una ocasión para entrar en contacto con otros prisioneros.

¿Se siente mal? ¿Tiene síntomas alarmantes? ¿Busca a alguien? La carta que escribe a

Jochka el 25 de octubre —a la dirección de siempre— revela una gran pesadumbre.

Querida hermana:

He esperado con impaciencia tus noticias, en vano. ¿Por qué no me escribes? Sabes que unas pocas líneas

son suficientes para animarme. Giza me ha dicho que todos estáis bien. En la última carta, la que me enviaste

en junio, parece dudar de que yo tenga un buen trabajo y los demás estén con Etusch. Respóndeme, por

favor. ¿Dónde están nuestros queridos padres? ¿Por qué no escriben? ¿Qué hace el niño?

Mala siempre es la misma, repite Giza una y otra vez. Pero también el campo lo es.

¿Y si sus padres, sus hermanos, sus sobrinos, la familia que ha intentado proteger a toda

costa ya no existiera? Los convoyes procedentes de Bélgica son numerosos, pero cada

vez ve menos prisioneros belgas en el campo. Al final de la guerra solo sobrevivirá uno

de cada veinte.

Octubre se tiñe de rojo, de naranja, de amarillo oro. Las

hojas caen como una lluvia

torrencial, el otoño anuncia un nuevo ciclo de muerte.
Edek cumple veinte años y

empieza a pensar en la fuga. La noche del 22, bajo un
cielo sin estrellas, dieciocho carros

de animales que han partido desde Roma, ciudad abierta,
hace cuatro días entran en

Birkenau. Es el primer convoy procedente de Italia, que el
25 de julio ha visto caer a

Mussolini y el 8 de septiembre se ha rendido sin
condiciones a los aliados. Los alemanes

se apresuran a exterminar a los judíos de la Ciudad Eterna
como represalia; de los mil

veintidós que llegan a Auschwitz el 23 de octubre, apenas
ciento noventa y seis pasan la

selección. Tras finalizar la guerra solo regresarán a casa
dieciséis.

En este periodo, Mala está deprimida. Durante unos
cuantos días, ya no son esos

nubarrones que alejaba sintiéndose útil. Sus compañeras notan su mirada ensombrecida,

aunque, a pesar de todo, pretende seguir siendo tranquilizadora. Hace lo de siempre,

intercepta a los que necesitan algo que ella pueda procurarles y se pone manos a la obra.

Es el caso de la pintora Zofia Szepień-Bator, miembro del grupo *scout* Szare Szeregi, que

ya había sido torturada por la Gestapo después de su arresto, el 16 de octubre de 1942, y

que, abatida por el tifus y la pena que siente por su hija, de la que no sabe nada, solo

quiere morir. Mala va a verla a la enfermería y le lleva una fotografía de la joven, le dice

que está bien y encuentra la manera de dejarle la imagen que le devuelve la sonrisa y la

vida. Hace lo de siempre, pero el dolor y la frustración la consumen.

En su estudio de Amberes, Léon Schummer, que en la actualidad tiene setenta y nueve

años, habla durante horas de la joven risueña que, antes de ser arrestada, le explicaba

cómo mezclar las acuarelas sin mostrar el hambre, el miedo a los nazis ni la preocupación

47

que sentía por su padre ciego y por el resto de su familia. A través de unos amigos, que

sobrevivieron y regresaron a Bélgica, sabe que no se desalentó ni siquiera en Auschwitz,

que salvó a mucha gente recurriendo a las estratagemas más increíbles durante las

selecciones, que nadie en el campo la consideró en ningún momento una colaboradora de

los alemanes. Pero sabe también que el último invierno supuso para ella una dura prueba.

«Escuché durante un año las hazañas de Mala, que Sally Lesser contaba una y otra vez.

Cuando Sally regresó a Amberes supo que se había quedado sola y después de pasar seis

meses en el hospital aún pesaba veintiséis kilos. No le quedaba nadie y vivió un año en

nuestra casa. Siempre hablaba de Mala. Cuando la deportaron, Sally tenía dieciocho

años, pero demostraba doce; no se habría salvado si Mala no la hubiera enviado a los

trabajos menos pesados, si no le hubiera llevado manzanas ni le hubiera procurado las

medicinas necesarias para curarse el tifus. No obstante, Sally repetía que en las últimas

semanas de 1943 había sucedido algo grave. Según ella, Mala se derrumbó

psicológicamente, porque un día, mientras estaba en otra zona del campo, las SS llevaron

a la cámara de gas a todas las personas que estaban ingresadas en la enfermería, a sus

protegidas. El humor de Mala cambió, se mostraba más sombría, estaba deprimida. A

partir de entonces repetía sin cesar que quería escapar para contar al mundo lo que

estaba sucediendo en Auschwitz».

Queda Giza, por descontado. Queda la esperanza, cada vez más débil, de que el resto

de la familia pueda salvarse. Queda la red de la resistencia interna, que en ese momento,

según dice la partisana francesa Ania Francos, cuenta con una red de colaboradores en la

administración del campo, gente como Mala, capaz de ayudar a los que lo necesitan.

Queda algo de humanidad, aplastado por la nada. Entonces aparece Edek. Al igual que

Mala, él también puede moverse con facilidad por Auschwitz, porque es un *veterano*,

forma parte de la estructura logística que se remonta a los inicios del campo. Es probable

que se conozcan desde hace cierto tiempo, pero solo en ese momento, en noviembre de

1943, los prisioneros empiezan a asociar sus nombres.

«Supe que mi cuñado estaba allí gracias al amigo de

Mala, Edek Galiński. Podíamos

enviarnos mensajes a través de él y una vez le mandé unos guantes para que no se le

congelaran las manos mientras trabajaba», recuerda Sarah Goldberg. Se comunican sin

necesidad de palabras, basta una mirada cuando se cruzan entre un barracón y otro y

después, lo antes posible, una cita robada.

Edek ha visto nacer la resistencia dentro del campo y colaboraba con la de fuera antes

de que este empezara a funcionar. No obstante, él también parece actuar en solitario, al

igual que Mala. Ania Francos atribuye a su amistad un papel político relevante. «Mala

tiene poder, es una mujer excelente que ha salvado muchas vidas. Está en contacto con

la resistencia del comité clandestino internacional a través de Edek Galiński, está

enamorada de él».

A finales de 1943, el sistema de Auschwitz está casi al pleno de sus potencialidades.

Los alemanes hacen grandes proyectos, piensan en ampliarlo al máximo para que pueda

acoger, al menos, doscientos mil prisioneros. Aún les queda bastante para alcanzar este

objetivo, pero, por mucho que los más temerarios pongan palitos en las ruedas de la

48

máquina, esta funciona. Un día Mala grita a la prisionera judía belga Dora Rabinowicz y

a su cuñada: «¡Lavaos! Estáis de maravilla, ¡volved enseguida al trabajo!». Ellas la

maldicen de forma instintiva, porque se niegan a volver a ordenar zapatos después de

haber conseguido que las ingresen en la enfermería. Tienen el tifus y fiebre, lo único que

quieren es descansar. Esa noche, sin embargo, comprenden. Fingiendo que las insultaba,

Mala las ha mantenido alejadas de los barracones, porque a todas luces sabía que ese día

los alemanes iban a seleccionar a las enfermas destinadas a la cámara de gas. Es el 12 de

diciembre de 1943, el número de las prisioneras ingresadas se reduce de nueve mil

trescientas veinticuatro a siete mil cuatrocientas dieciocho; en pocas horas matan a dos

mil.

49

5

El encuentro

Hace un año que Mala y Edek viven en mundos paralelos: ella entre los bloques de

Birkenau, él en el campo base con los prisioneros políticos y los veteranos, unos

infiernos especulares separados por el puente suspendido sobre las vías y por el

desmonte de tres kilómetros que a veces recorren a pie o en bicicleta. Ahora que Edek ha

conseguido que lo trasladen al BIIf, en Auschwitz II, se ven a menudo. Los dos pueden

moverse con facilidad de los sectores BIa y BIb, donde ya solo quedan mujeres, a los del

lado derecho, BII, donde se encuentran los hombres, los judíos de Theresienstadt y los

húngaros, los gitanos, el almacén llamado Canadá, la enfermería y los dos barracones

reservados a los experimentos de Mengele.

Edek, que acaba de celebrar el cuarto año de prisión, piensa desde hace meses en la

posibilidad de escapar. Según su amigo Kielar, el confidente y cómplice con el que Edek

pasa la mayor parte del tiempo cuando no trabaja, logra involucrar al jefe de su

comando, Edward Lubusch, un SS originario de Bielsko que cuando está de buen humor

se entretiene de buena gana con los prisioneros polacos. Según parece, fue el propio

Lubusch el que, durante una de las conversaciones casi amistosas entre veteranos y

vigilantes, sugirió a Edek que hiciera lo posible para que lo trasladaran a Birkenau, ya que

era *más fácil* escapar de allí que de Auschwitz I.

Mala trabaja como siempre. Se las arregla para facilitar la comunicación entre los

grupos de la resistencia, ayuda a las prisioneras en dificultades, trata de acortar un poco

las listas infinitas de las selecciones, que son cada vez más frecuentes. Obedece las

órdenes de sus superiores, pero no se doblega. Es una joven muy orgullosa, según

recuerda Alicia Jacobovic Roth, la número mil doscientos ochenta y siete, una judía

eslovaca que fue deportada en marzo de 1942. «Trabajaba como recadera y estaba a

menudo en la entrada. A veces, cuando las SS pasaban en coche yo les abría la puerta y

entonces Mala se enfadaba, me decía que no debía ayudarlos, que no debía hacer nada».

El campo no ha hecho mella en el ánimo optimista de Mala. Está así desde hace más

de un año. Ahora, sin embargo, hay algo más. A la fuerte depresión del otoño sigue una

especie de renacimiento. Sus compañeras lo notan, la impresión es unánime: ha

cambiado desde que conoce a Edek, su sonrisa es más dulce, sus ojos emanan un nuevo

50

calor. Se lo confiesa un día a Anna Palarczyk: «Estoy enamorada, estoy muy

enamorada. No puedo ser más feliz». Después repite a otras que se siente afortunada:

«Quiero y soy querida».

La idea del amor es antitética a Auschwitz. Es cierto que

hubo historias *prohibidas*,

como la del SS Franz Wunsch, que se enamoró de la prisionera judía eslovaca Helena

Citrónová y consiguió salvarla, y también a su hermana Rozinka. También hubo historias

desesperadas, como la de la polaca Millie Werber, que sobrevivió al *lager* albergando en

su corazón el recuerdo de su esposo, Heniek Greenspan, un policía judío del gueto de

Radom que había sido fusilado poco después de la boda. Pero, por lo general, fueron

excepciones. Las víctimas que experimentaron emociones, sentimientos que fueron más

allá del instinto de supervivencia, que tuvieron momentos de abstracción comparables

con la serenidad perdida o que se echaron a reír de improviso con sus compañeros

sellaron después esos recuerdos de manera hermética, porque se sentían culpables, por

pudor, por miedo a que estos redujeran la inmensidad del exterminio.

Mala y Edek son dos deportados especiales, son unos privilegiados, es posible que,

incluso, celebren juntos el vigesimosexto cumpleaños de Mala. Pese a ello, conservan

una concepción comunitaria de la vida, el compromiso político entendido como rechazo a

apartar la mirada de la historia. Se conocen, se gustan, se enamoran. En la vorágine en la

que forcejean para sobrevivir, los demás prisioneros los ven, quizá los envidian, pero no

les reprochan que aún sean capaces de reaccionar a estímulos diferentes del miedo. Al

contrario, los protegen.

«Mala esperaba a Edek en el laboratorio de radiología, el lugar donde solían verse»,

cuenta Kielar en 1973 en la película de Jacek Bławut *Tödliche Romanze*. El laboratorio

de radiología es el bloque 30, el famoso barracón del BIIB donde experimentaba Horst

Schumann, el primer médico alemán con el carnet del partido nazi, conocido por sus

pruebas de esterilización con rayos X. Kielar no habla de ello en su biografía. «Edek

estaba enamorado. Puede que a algunos les parezca imposible que sucediera allí, entre

chimeneas humeantes; otros pensarán que es repugnante. Pero la vida es la vida y ellos

se deseaban. No lo escribí, pero ahora hace ya mucho tiempo». También Anna Tytoniak,

la número seis mil ochocientos sesenta y seis, recuerda esos encuentros: «Había un

barracón pequeño, en el centro estaba la máquina de rayos X y a la izquierda la consulta

del dentista, es decir, donde arrancaban los dientes a los prisioneros. Mala se reunía

muchas veces con Edek en el bloque 30, el más alejado de la carretera y el que menos

veían los guardias». Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre cuál era,

efectivamente, el barracón de la enfermería. Muchos creen que era el de madera del

campo femenino y no el del BIIB, ya que este quedaba demasiado lejos. Sea como sea,

Mala y Edek conseguían tener momentos de intimidad.

El *lager* no permite ninguna forma de romanticismo. Enamorada, Mala recurre a Zofia

Stępień-Bator, la pintora a la que ayudó hace unas semanas en la enfermería y que,

desde entonces, pinta escenas de la vida cotidiana para hacer frente a la desesperación

51

que causan los trabajos ordenados por las SS, tarjetas de felicitación o adornos para los

barracones con el fin de disimular la realidad del campo. Mala le pide que le haga un

retrato para regalárselo a Edek, el mismo que este

entregará pocos meses después a

Kielar para que se lo guarde.

«Cuando vino a pedirme el retrato, era la segunda vez que la veía. Debía ser un regalo

para su amor», recuerda Zofia. La cita es en la habitación de Mala. «Fui a verla, tenía un

cuarto para ella sola donde reinaba la calma. En él viví mis momentos más felices, no

había más prisioneros. Yo era rápida. Mala quería pagarme, así que consiguió que me

trasladaran al *Stickerei*, la sección de zapatos. Fue una suerte para mí». Por lo visto,

Mala le procura también pan y margarina, todo un lujo. Y Zofia, casi extática, traza en la

cara elegante y melancólica que tiene delante los sueños, las expectativas, los miedos de

una mujer y de todas las mujeres del campo. «A pesar de que era guapa, iba bien vestida

y tenía acceso a cosas que a nosotras nos estaban vetadas,

no la envidiábamos. Al

contrario, nos sugería la idea de que había algo posible, que no era el final de todo.

Siempre tenía noticias importantes: los alemanes estaban perdiendo, una derrota vete a

saber dónde. Nosotras nos consolábamos. La adorábamos, era guapa y seria, nunca se

mostraba coqueta».

Edek manifiesta su sentimiento, pero también inquietud, se debate entre Mala y la

fuga. Discute a diario con Kielar sobre la manera de escapar, se mueve para conseguir

que lo trasladen a Birkenau; el sueño cultivado delante de un vaso se ha convertido en un

proyecto en toda regla. El jefe del comando de fontaneros con el que trabaja en Birkenau

es un polaco con el que se puede hablar, Jozek, al que todos llaman *Jub*. Además está el

afable Edward Lubusch. El plan empieza a cobrar forma,

la idea es robar dos uniformes

de las SS, salir del campo vestidos de esa forma, dirigirse a Budy y a continuación a

Kozy, donde vive el alicatador Antoni Szymbal, uno de los pocos civiles que trabajan en

el campo desde el principio; este goza de la confianza de los alemanes y ya ha ayudado a

los partisanos en el pasado. Los dos amigos lo conocen desde hace tiempo, desde que

construyó el cuarto de baño de la enfermería de Auschwitz. El objetivo es cruzar las

montañas de Bielsko, refugiarse en Zakopane, en casa de la hermana de Kielar, y desde

allí reunirse con los partisanos en Jarosław, confiando en que en verano los soviéticos

hayan liberado ya la ciudad y que, una vez expulsados los nazis, las familias ya no teman

represalias. El plan está hecho. Se requieren agentes internos, encubridores, cómplices.

¿Conoce Mala los propósitos de Edek? Si es así, no lo manifiesta. Louise Alcan es

deportada desde Drancy el 3 de febrero de 1944 y cuando llega a Birkenau se encuentra

con la omnipresente mensajera que ha ayudado ya a sus predecesoras. «Sin ella muchas

no estaríamos vivas. A mí me salvó la vida en dos ocasiones. La primera liberándome del

trabajo extenuante en las ciénagas, donde había que sacar las piedras para construir las

carreteras, y la otra cambiándome el destino cuando salí de la enfermería y asignándome

a la sección donde se fabricaban las esteras, una tarea que realizábamos en el interior de

los barracones disfrutando del calor y sentados, una maravilla».

52

A buen seguro, la conciencia de querer y ser querida de la que habla a sus amigas es

un lenitivo para la miseria circunstante, el aburrimiento, la resignación, la triste actividad

de los que trabajan en la rampa. Se multiplican las maletas, los peines, el betún de

zapatos, las gafas apiladas un par encima de otro. El 22 de febrero llega un convoy

procedente de Fossoli con una carga de seiscientos cincuenta judíos italianos, entre los

que se encuentra Primo Levi.

El invierno, como siempre, se eterniza, llueve en la nieve fangosa, poco a poco se van

eliminando todos los guetos de Polonia, el aire es irrespirable. El almacén Canadá está

lleno a rebosar, la abundancia de ropa y objetos es la sombra siniestra proyectada por el

humo de las chimeneas. Por mucho que Kielar y Edek se hayan lanzado a un futuro

hipotético de libertad, fantaseen sobre él y traten de engatusar a los miembros más

sobornables de las SS, en ciertas ocasiones sus esperanzas vacilan. Circula el rumor de

que los aliados conocen las condiciones del campo y que a pesar de ello no intervienen.

Se insinúa el miedo a que cuando hayan terminado con todos los judíos les tocará a ellos.

«Mirábamos los hombres del *Sonderkommando*. Edek, al igual que yo, estaba

convencido de que Dios no existía, al menos no allí dentro».

A la vez que la guerra parece ir empeorando para los alemanes, el ímpetu asesino de

Birkenau se recrudece. Los que han visto cómo el campo nacía, crecía y engullía a

cientos de miles de personas y aún siguen vivos se mueven por inercia; antes pensaban

que el infierno nunca iba a terminar, ahora temen que acabe demasiado tarde para la

resistencia humana. Edek se revuelve, es posible que su relación con Mala aumente su

impaciencia. Está en contacto con la resistencia interna, que ha facilitado ya varias

evasiones. Maryla Michałowska lo recuerda entre los que tramaban en la sombra para

rebelarse contra los alemanes. «En Birkenau había una mujer que trabajaba conmigo y

se llamaba Maria. No tenía la cabeza afeitada, porque era una prisionera política. Me

contó que había sido un miembro relevante de la resistencia polaca y que la vigilaban,

por eso me pedía que llevara mensajes en su lugar. Edek estaba en contacto con ella y

con otro polaco que se llamaba Bolec. Hablaban de la resistencia delante de mí porque

sabían que podían hacerlo».

La red clandestina que hasta ese momento ha servido, sobre todo, para el auxilio

mutuo en el interior del campo busca una salida al exterior. Edek es uno de ellos, aunque

solo en parte; quiere huir para unirse a los partisanos, pero quiere que lo acompañe Mala,

que no solo es una mujer, sino además judía. Su posición es difícil, debe apresurarse.

Kielar aún no sabe cuáles son sus verdaderas intenciones, pero lo hace partícipe del resto

de los preparativos. Juntos deciden ahorrar en alcohol y comida para reunir el oro que les

permitirá comprar la fuga. La partida debe jugarse en varios frentes. Edek se informa

sobre la evolución de la guerra en recortes de periódico que después lleva a sus

compañeros, tranquiliza a Mala, sondea el terreno dentro y fuera del campo. Deben

darse prisa.

Entre finales de febrero y principios de marzo, Edek llega a un acuerdo con el SS

Lubusch, quien, a cambio de doscientos dólares o de mercancía de igual valor sustraída

del almacén Canadá, garantiza que les procurará dos uniformes militares. La

53

reconstrucción de los días convulsos de los preparativos se la debemos a Kielar, que no

publicará su historia hasta los años setenta.

Edziu, que es como Mala llama a Edek, y *Mally*, como él la llama a ella, son ya pareja a

todos los efectos. No solo los exdeportados hablan de ellos como de *un gran amor*

romántico, sino que además subrayan que los dos se coordinan para echar una mano a

los demás; ahora hacen juntos lo que antes hacían por separado. Sara Goldberg conoce a

Edek en ese periodo. «Galiński me hizo varios favores. A través de Mala, me contó que

mi novio, el partisano Henri Wajnberg, había muerto el 25 de enero de 1944 en la

cámara de gas de Jaworzno, un subcampo de Auschwitz. Poco antes se había hecho

arrancar un diente para cambiarlo por pan; tenía veintidós años».

Fania Fénelon, la cantante y pianista francesa a la que Alma Rosé integró en la

orquesta femenina de Auschwitz, llega a Birkenau el 20 de enero de 1944 y enseguida

conoce a Mala y Edek, y también su historia. Los estudiosos consideran su biografía a

caballo entre el documento histórico y la ficción, pero a pesar de ello nos ayuda a dibujar

el contexto.

En un primer momento, Fénelon cuenta cómo conoció a Mala. «Un día llegan

Mengele y su grupo. Los acompaña, un poco apartada, una joven guapa, alta y

demasiado delgada. Comprendo enseguida que es una judía. Va decentemente vestida, no

lleva ni la estrella ni el triángulo, solo un brazalete con las palabras *intérprete jefe*. Está

muy pálida. Puede que sea ella la que ha registrado los nombres de las cuatrocientas

enfermas que acaban de morir en la cámara de gas. Los intérpretes jefe, de hecho, llevan

la contabilidad de la muerte, ayudan a los oficiales, puntean los nombres de los

condenados. Las SS obligan a los prisioneros a trabajar contra sus compañeros. Observo

a la joven y me pregunto cómo puede soportar esa tarea. Sus gestos no son serviles. Nos

obligan a tocar para el doctor Mengele el dueto de *Madama Butterfly*, la *Fantasia* de

Schumann y la *Caballería ligera* de Suppé. Luego se van, la última en salir es la

intérprete. Se llama Mala. Es un personaje legendario. El trabajo de intérprete no ha sido

una manera de emboscarse. Enseguida pensó que podía aprovechar su puesto para

ayudar a los demás. Es incomprensible que las SS se fíen de ella, dado que jamás ha

demostrado celo denunciando a las demás ni haciendo ese tipo de cosas. Las deportadas

la estiman, la quieren mucho. Se fían ciegamente de ella. Saben que *se olvida* de incluir

algún que otro nombre en las listas de las selecciones cada vez que las circunstancias se

lo permiten. A pesar de que es judía, las arias la respetan. Mala tiene novio, se llama

Edek, era miembro de la resistencia polaca. Pueden verse porque frecuentan los mismos

despachos». Más adelante, Fania Fénelon descubre los sentimientos de Mala. «Vuelve a

vernó, pero no por amor a la música, en su vida solo existe el amor por la libertad y por

Edek. A veces se citan en nuestro barracón. Cada vez es un momento irrepetible. Llega

él. Se miran, pero no se acercan. Se quedan siempre a varios metros de distancia. No se

tocan, no se hablan».

Edziu pone al corriente a Mala sobre el plan, que está muy avanzado, al igual que la

54

relación entre ambos. Kielar lo intuye. Solo la conoce de vista, pero lo acompaña siempre

a las citas y lo espera entreteniéndose con su amiga Halina, a la que regala los cigarrillos

que le procura Edek; la anhelada calada de humo liberatorio por la que, según asegura

Kielar, las jóvenes del campo de los gitanos están dispuestas a venderse.

Poco antes de la primavera, el cómplice Lubusch entrega a Edek el paquete

prometido. Lo deja en el barracón de los instaladores,

próximo al alambre de púas y la

rampa. Cuando Edek se lo lleva a Kielar, que debe esconderlo, se dan cuenta de que

dentro solo hay un uniforme y además faltan el cinturón y la pistola. Estos aparecen al

final, pero el segundo uniforme no. Así pues, es necesario modificar el plan. Edek, que

habla bien alemán, será el SS y Kielar se vestirá de prisionero. El resto de los ahorros de

los últimos meses servirá para pagar unas botas y ropa civil para los días posteriores a la

fuga. También ha llegado el momento de fijar una fecha. La mejor época es junio,

cuando el trigo está lo suficientemente alto para que se oculten dos hombres a cuatro

patas. Saldrán juntos del campo, uno detrás de otro, y luego correrán con la cabeza

gacha entre las espigas en dirección a Budy, Harmense o Rajsko. Fuera los espera la

libertad.

Son días de gran excitación para los dos amigos. Kielar nota que pasa algo entre ellos,

que, pese a su alegría, unos nubarrones ensombrecen la cara de Edek. Pero la idea de

escapar puede con todo: «Cogí el paquete que me tendía Edek y me herí con el alambre

de púas. Él se reía. Me dijo que estuviera tranquilo, que solo era ropa, que luego

recibiríamos los cinturones y las pistolas. Por la noche fuimos a pasear, Edek se burlaba

de mí».

Aún les falta mucho para ultimar el plan, mucho más que simples detalles. Kielar está

a punto de echarlo todo a perder, porque esconde el uniforme debajo de la cama con las

botellas de alcohol y en una velada entre compañeros uno de ellos lo saca sin querer.

Entretanto, llegan la pistola, el cinturón y las botas. El

uniforme de SS ya está completo y

lo esconden en un almacén de patatas que está a cargo de un conocido de Kielar que

vigila todo el bloque, Jurek Sawczykow.

Por una vez se desata un estado de ánimo eufórico: el 18 de marzo es el cumpleaños

de Edward-Edek y lo celebran. Kielar describe una velada especialmente alegre, con

palmas en el hombro y brindis en honor a las SS, que, a la desbandada, intentan

acumular la mayor cantidad de oro posible y se venden de una forma hasta hace poco

inimaginable.

Mientras tanto, la fúnebre rutina de Birkenau prosigue. Mala, Edek y Kielar recorren

caminos paralelos a los del resto de los prisioneros; se cruzan con ellos y todos los

destinos apuntan a la chimenea siempre humeante, pero los niveles son muy diferentes.

La gran mayoría trabaja en condiciones de esclavitud, se arriesga a que la seleccionen en

cada revista, depende de una escudilla de sopa aguada y terrosa. Los convoyes se

sucedan, las SS gritan, los prisioneros descartados se encaminan en doble fila hacia los

crematorios. Entre el 8 y el 15 de marzo entran en la cámara de gas tres mil setecientos

noventa y un judíos de Theresienstadt, las familias que unos meses antes fueron alojadas

en el ejemplar *Familienlager* BIIb para mostrarlas en unas hipotéticas inspecciones de la

55

Cruz Roja que, de hecho, exceptuando la visita formal de su delegado Maurice Rossel en

1944, jamás se produjeron.

Para los que no están al corriente, los conspiradores se comportan con toda

normalidad. Ewa Feldenkreis, el número veintinueve mil

seiscientos ochenta y dos, está

en contacto con Mala a través del grupo clandestino del que forma parte. Sin embargo,

no sabe que, además de apoyar los ajenos, tiene un plan propio, autónomo. «Mala no era

miembro de nuestra organización, pero nos ayudaba. Cuando las prisioneras comunistas

volvían del hospital y estaban débiles, las enviaba a un barracón donde no debían realizar

trabajos duros. Sabíamos que había ayudado a muchas mujeres y que había recibido

dinero por ello; a nosotras nunca nos pidió nada a cambio, pero la criticábamos porque

había pedido que la pagaran. No sabíamos que quería escapar». Ewa también conoce a

Edek. «Era simpático, alegre, venía a menudo al campo de las mujeres, era amistoso.

Creo que antes de Auschwitz Mala tenía un novio judío, belga, pero ella y Edek se

querían mucho». Ewa pronuncia estas palabras en tono frío, casi parece irritada por la

fortuna que supone ese amor y por el activismo individual, ajeno al de la resistencia. Es

la única que pone alguna objeción a la actividad de Mala. Ninguna otra prisionera alude a

que Mala pidiera dinero, pero es posible que en ese momento necesitara oro, mucho oro.

Los alemanes presienten que los aliados se ciernen sobre ellos y aceleran las

ejecuciones. En el año y medio que lleva en Birkenau, Mala ha visto todos los horrores,

ha trabajado al lado de los verdugos. Ha permanecido en su puesto tratando de echar una

mano, de poner remedio. Pero ahora se agita. Se agita como Edek, porque habla con él,

porque tiene miedo. Sigue animando a las demás, pero, según Anna Palarczyk, tiene un

miedo espantoso a que la envíen a la cámara de gas. Todas las prisioneras tienen miedo,

pero el de Mala es especial, obsesivo, una fobia.

A mediados de abril, Mala se presenta en el barracón de la cuarentena, adonde acaba

de llegar la partisana belga de veinticuatro años Sonia Goldman. «Era por la tarde y

estaba con las demás mujeres en el barracón de la cuarentena. Habíamos empezado a

entender algo gracias a las veteranas y también comenzamos a saber de la existencia de

Mala. La reconocí en cuanto entró. Bien vestida, ropa civil, casi elegante. Me hablaba en

francés y me llamaba por mi nombre; no usaba el número para dirigirse a mí, sino mi

nombre. Hablamos diez minutos, luego ella me dio un lápiz y un pedazo de papel y me

dijo que podía pedirle lo que necesitara. Para mí y mis compañeras fue una especie de

protección extrema en la necesidad y nos beneficiamos de ella en dos ocasiones. La

primera, después de pasar varias semanas de trabajo al aire libre, cuando enviaron a

nuestro grupo a la nueva unidad, encargada de ordenar los objetos personales de los

prisioneros, y Mala añadió a mi amiga Annette, a quien habían excluido porque no

quedaba sitio. La segunda cuando, gracias a ella, nos trasladaron a la enfermería de

Auschwitz I, donde recuperamos un poco las fuerzas». Es la Mala de siempre, la misma

de la que Eva Fastag solo ha oído alabanzas de las supervivientes. No obstante, al igual

que todos, escruta el cielo por el que, en el mes de mayo, empiezan a volar los aviones

aliados y espera en vano que ocurra algo. ¿Cómo es posible que nadie los vea desde allí

arriba?

56

«Los transportes procedentes de Hungría llegaban noche

y día», recuerda Giza

Weisblum. Una capa de humo denso envuelve constantemente el campo, cuesta respirar.

Los que duermen cerca de las chimeneas pueden ver las largas colas de prisioneros

esperando durante horas que les llegue el turno de *la ducha*. Giza piensa en Mala, que

vive allí. «El barracón de Mala estaba muy cerca del alambre de púas y de los

crematorios. A través de las paredes podía oír las conversaciones de las víctimas que

esperaban, el llanto de los niños, los gritos de las SS, los gemidos de los que eran

golpeados y, con frecuencia, las ráfagas de metralleta. No lo habría podido resistir mucho

tiempo».

Muchos intentan ahora la fuga. Los alemanes están concentrados en el desarrollo de la

guerra y, en cierta forma, han aflojado un poco la

vigilancia. También disminuyen los

castigos a los presuntos cómplices. El 4 de abril de 1944, el prisionero judío Vítězslav

Lederer se fuga vestido con un uniforme de SS y gracias a la ayuda de la resistencia

interna, además de la de un vigilante del campo que se ha enamorado de una joven judía,

se reúne con los partisanos checos y redacta un documento para la Cruz Roja

Internacional. Pocos días después lo siguen Alfréd Wetzler y Rudolf Vrba, judíos y

autores de un informe conocido como el *Vrba-Wetzler Report* o los *Protocolos de*

Auschwitz, cuarenta páginas de información detallada sobre el exterminio que entregaron

a finales de abril a la resistencia eslovaca, un par de semanas antes de que los judíos

húngaros fueran deportados en masa, cuatrocientas treinta mil personas en dos meses. El

27 de mayo escapan Czeslaw Mordowicz de Mława y
Arnost Rosin de Snina, Boris

Zemenko y Abraham Leisman; a este último lo capturan
de nuevo pocas horas después

de la fuga de Mala y Edek.

El camino que conduce a la libertad es una apuesta.
Algunos lo consiguen. En cuatro

años se fugan de Auschwitz novecientos hombres —de
los que ciento cuarenta y cinco

son judíos— y cincuenta mujeres —cuatro judías—. Edek
había visto los primeros

intentos de fuga del campo base, cuando los que no tenían
éxito en su empresa eran

obligados a estar de pie bajo el letrero *Arbeit macht frei*
con un cartel colgado al cuello

que rezaba, por ejemplo: «¡Hurra, he vuelto!». Ha pasado
toda una vida.

Mala se convence de que ha llegado su turno. Siente que
está involucrada en el plan,

que Edek no se marchará dejándola en el infierno. Kielar, en cambio, aún piensa en dos

fugitivos, no en tres. Lee el pesar y el deseo en los ojos de su amigo, que cada vez se

muestra más silencioso, pero confía en que se decida a *soltar el hueso*. «Un día, Edek

empezó a hablar de su relación con Mala, que había iniciado hacía tiempo. Me

sorprendió, porque hasta ese momento había sido discreto, eludía el tema. En cualquier

caso, jamás me había abierto su corazón como lo estaba haciendo en ese momento,

aunque lo conocía desde hacía mucho tiempo. Me contó que estaba muy unido a ella,

me explicó que vivían juntos y que le costaba separarse de ella, especialmente en ese

momento, en que había enfermado de malaria. No podía soportar la idea de que tarde o

temprano correría la misma suerte que cualquier judío. Hasta ese momento todo había

ido bien, ella era la favorita de Drechsel, todos la querían. Pero cuando llegara el

momento la misma Drechsel sería quien daría la orden de que Mala fuera la primera en ir

a la cámara de gas».

Kielar reacciona mal. Sabe que las preocupaciones de Edek son más que sensatas, que

los privilegios de Mala son temporales, que corre el rumor de una inminente eliminación

de todos los judíos. El macabro vaivén de los convoyes se intensifica, Atenas, Drancy,

Fossolo, Corfú, Malinas, los judíos húngaros, que entre mayo y junio mueren a un ritmo

de diez mil al día en la cámara de gas. A pesar de todo, es su plan, los partisanos polacos

los esperan y no es momento para romanticismos. Kielar se pone nervioso. Si bien

comprende las razones de Edek, intenta relativizar con él

la importancia de un amor

nacido en cautiverio, pero el amigo no da su brazo a torcer. La verdad es que Kielar tiene

miedo: la empresa requiere esfuerzo físico y suerte y Mala es una mujer que ha tenido la

malaria, es judía y nadie querrá esconderla en los pueblos de las inmediaciones.

Cae un tupido velo sobre la amistad que ha madurado en los más de mil días de

reclusión que han pasado codo con codo y Kielar se arrepentirá amargamente más tarde.

Aparentemente, todo está en orden. Kielar consigue la ropa civil; Edek lo acompaña al

bloque femenino para que vea a Halina, la prisionera que tanto le gusta, mientras él se

reúne con Mala; Kielar pasa a recogerlo luego al barracón de las radiografías, después de

que la joven se haya marchado. Pero su relación se ha enfriado. Kielar se exaspera: «Esa

tarde Edek volvió a ver a Mala. Yo estaba harto de sus aventuras románticas».

Edek no se rinde. Los supervivientes lo describen como un hombre leal y él, de hecho,

no quiere desembarazarse de Kielar. Al contrario, intenta persuadirlo de que todo

funcionará bien aunque sean tres, que serán una SS y dos prisioneros, que la fuga

acabará siendo *una agradable excursión*. Después le enseña el retrato de Mala pintado

por Zofia para demostrarle que no tiene facciones semíticas que puedan traicionarla. No

sirve de nada. En lugar de disminuir, la distancia que los separa es cada vez mayor.

Kielar recuerda que las discusiones aumentan. «La amaba, yo lo sabía. Y tenía razón:

ella habría muerto en el campo. Intentaba parecer cínico y no se explayaba demasiado,

pero la amaba. Yo replicaba que, en ese caso, pediría a Halina que nos acompañara

también y él me respondía: “Eres idiota, lo vuestro es solo un *flirt*. Además, no es judía.

No estoy comprometido con Mala, puedo escapar solo, pero la quiero”. Acto seguido,

sacó un gran anillo de platino con veintitrés brillantes de al menos medio quilate cada uno

y una piedra más grande en el centro. Dijo que lo había comprado por tres salchichas y

que pensaba utilizarlo».

Tanto si son dos como si son tres, necesitan el *Ausweis*, el salvoconducto que el SS

Edek debe presentar a la salida. Tienen el carnet de identidad que un alemán perdió en la

rampa, pero falta la autorización para salir. Kielar tiene dificultades para procurarse una y

Edek se la pide a Mala; sabe que ella tiene acceso a las oficinas administrativas y la

implica asignándole un papel indispensable.

El 6 de junio de 1944 las tropas estadounidenses

desembarcan en Normandía. Auschwitz

58

sigue estando en su sitio. Mala está triste. Sabe lo que está sucediendo en el frente,

escucha a los alemanes, lee los periódicos, tiene al corriente a sus compañeras. El

prisionero número ciento treinta mil seiscientos sesenta y cinco, Sim Kessel, cuenta que

se enteró del desembarco en Normandía gracias a las mujeres con las que conversaba a

través del alambre de púas que los separaba y que se asombró de que ellas lo supieran.

Fania Fénelon recuerda el entusiasmo por el avance estadounidense, la confianza en

Mala como fuente de información, el nerviosismo creciente de las SS y los ojos de los

prisioneros clavados en los Cárpatos con la esperanza de divisar, más allá del humo de

los crematorios, una señal de los partisanos.

En la biografía de Fania Fénelon, las protagonistas son las mujeres, las afortunadas

intérpretes de la orquesta y una convivencia forzada; las polacas —que detestan a las

judías—, las católicas —que se ponen en manos de Dios — y las comunistas —que se

burlan de ellas—, las sionistas —que piensan en Palestina —, el amante *kapo* de Klara —

que le regala un sujetador—, las peleas, el dolor, la negación de cualquier espacio íntimo,

el arte más o menos mezquino de la improvisación, una carcajada infantil, gratuita,

compartida de repente para cancelar el mundo en el que «ni siquiera estás sola para

rascarte». Mala pertenece a esta triste rutina. «Esa noche, cuando se reunió con

nosotras, estaba extenuada, pálida, tenía unas ojeras profundas, era una máscara trágica.

“¿Qué te pasa, Mala? ¿Estás enferma?”. Había tenido lugar la enésima selección, decía

que sentía repugnancia y rabia, que no podía seguir escribiendo los números de las

compañeras destinadas a las cámaras de gas, que debíamos hacer algo, que los de fuera

debían saberlo. “Sí, pero ¿cómo?”. Admitió que no lo sabía, pero dijo que Edek

encontraría la forma. Se moría de ganas de que el mundo supiera lo que sucedía en

Auschwitz y nosotras pendíamos de sus labios. Le dimos la razón, como siempre. Nos

repetíamos que los *lager* existían porque nadie sabía nada de ellos. Algunas pensaban

que, cuando descubriera el crimen, el papa organizaría una cruzada para liberarnos».

Mala se sincera con Giza Weisblum. «Un día me dijo que había planeado escapar con

un polaco llamado Edek Galiński, un prisionero que había sido deportado en 1940 con el

primer convoy, por lo que conocía a fondo el gigantesco complejo de Auschwitz-

Birkenau y que, gracias a su trabajo como mecánico, estaba en contacto con ciertas

personas que se encontraban fuera del campo», escribe Giza. Mala habla también con las

tres amigas recaderas con las que vive en el barracón. Así, compartiendo su secreto, este

le resulta más llevadero y crea una red de colaboración. A pesar de que la idea no la

convence, Giza procura a su prima un pantalón de peto de obrero. Herta Roth le da un

mapa de Polonia y varias prendas civiles. Tatiana Mail, empleada en el almacén Canadá

y amiga de Mala desde que esta le regaló una antología de poemas de Verlaine, la

escucha extasiada. «Me contó que iba a escapar, que todo estaba preparado y que la

resistencia tenía un plan. Iban a huir todos, las mujeres participarían activamente y los

del *Sonderkommando* destruirían los hornos. Dijo que no podía asegurármelo, pero

entretanto me animaba».

Otro prisionero conoce también los proyectos de Mala. Se trata de un viejo compañero

de los tiempos de Amberes, un polaco que emigró a Bélgica cuando tenía diez años, igual

59

que ella. Romek Hutterer vivía en Borgerhout y ambos se entretenían discutiendo de

política por la noche delante de casa; los dos militaban en las juventudes sionistas. La

guerra los separa, pero por poco tiempo. Cuando los alemanes invaden Bélgica, Hutterer

abandona el país, pero es igualmente arrestado en 1942 y deportado en los mismos días

en que parte el convoy de Mala. Cuando esta envía a alguien a buscarlo, Hutterer se

ocupa de los caballos en una sección agrícola de Budy, el subcampo de Auschwitz que se

encuentra a seis kilómetros. «En mayo de 1944 un polaco

de Budy que iba y venía al

campo femenino me dijo que una mujer había preguntado si yo era de Amberes y que

quería verme. Pedí permiso para ir con el carro a Birkenau, donde las mujeres me

llevaron a verla. Me esperaba en un barracón mientras las demás hacían guardia.

Hablamos un buen rato en flamenco. Mala me dijo que desde que se había enterado de

la muerte de su padre vivía un verdadero infierno y que no lo soportaba más. Insistía en

que el mundo debía conocer la existencia de Auschwitz. Yo objeté que era imposible que

fuera no supieran nada del exterminio de los judíos, que cuando recuperara la libertad no

iba a poder contar con la ayuda de los polacos y que, como me habían explicado las

mujeres, dada su posición privilegiada, era más útil dentro del campo. Ella replicó que yo

tenía la inteligencia de un caballo, que quizá por eso me sentía a gusto con ellos. En ese

momento llegó Edek. Hablamos con él en polaco y me explicó que el plan era seguro».

Hutterer sobrevivirá al final de la guerra y se embarcará, como soñaba, rumbo a

Palestina. «Debería haberlos disuadido, jamás me lo he podido perdonar».

Kielar da largas, se escabulle, no está convencido.

Persuade a Edek para trazar un

nuevo plan de fuga: Edek y Mala escaparán solos, pero una vez en Kozy entregarán el

uniforme a Szymbak y este se lo devolverá a él. Kielar escapará con otro compañero,

Joze, dos días después. Perviven las dudas, la incertidumbre, pero al final prevalece el

corazón: Kielar no tiene valor para marcharse y Edek quiere salvar a Mala, así que el

nuevo plan les conviene a los dos. Kielar los manda como avanzadilla con el consiguiente

riesgo, pero Edek no se lo reprocha.

«En las últimas semanas Mala estaba melancólica y triste, decía que se había

resignado y que creía que ninguna de nosotras regresaría viva, porque, a pesar de que el

Ejército Rojo cada vez estaba más cerca, los nazis iban a tener tiempo de exterminarnos

a todos», cuenta Margita Svalbova. Según Léa Karbi, en cambio, finge estar enferma

para desaparecer más a menudo de lo habitual; de esta forma pretende crear un

precedente para cuando la busquen y cada instante sea precioso. Birkenau está al

máximo de su *eficiencia*, todos los días llegan filas de nuevos deportados.

El 13 de junio los compañeros de Edek organizan una especie de fiesta para celebrar el

cuarto aniversario del primer transporte, del que solo quedan vivos treinta prisioneros;

hay pan, queso, salchichas y sardinas. Se exalta la guerra que los alemanes están

perdiendo, la libertad, a aquellos que como Edek prueban suerte.

El 23 de junio, pocas horas antes de la fuga, Éva Golgevit ve a Mala. Éva es una

partisana francesa que hace poco se trasladó de Auschwitz I al bloque 27 de Birkenau, la

última construcción que hay antes del crematorio, cuya sombra siniestra se proyecta

entre las literas. Su hermano Moshke Rozencwajg fue fusilado por los nazis cuando tenía

60

veintidós años. Ella mantiene contacto con los grupos de la resistencia interna y a través

de ellos conoce a Mala. «Volvíamos exhaustas del trabajo en el campo al aire libre,

pasábamos el día moviendo piedras. El calor era insoportable, arrastrábamos los pies a

duras penas por el camino polvoriento, teníamos los labios secos. Al franquear la puerta

de Birkenau, oímos un estruendo increíble; las SS ladraban más fuerte que sus perros,

los *kapo* gritaban: *Links! Links!* (“¡A la izquierda!”). Nos golpeaban con las porras al

azar. Para aumentar la angustia y deprimir aún más el espíritu, la orquesta del campo

tocaba una alegre marcha. Una vez dentro, todas debíamos correr a nuestros bloques y

presentarnos al recuento. Yo no veía la hora de lavarme los labios, la cara, las manos.

Así pues, decidí correr hacia el baño, cuyos grifos goteaban. Cuando volví al bloque

todas estaban ya alineadas. La jefa de las centinelas se acercó iracunda, dispuesta a

abalanzarse sobre mí como un animal sobre su presa. Pero Mala se interpuso entre

nosotras como un rayo y la guardia se detuvo con el puño levantado, no se atrevió a

golpearme. “Mala —le dije en voz baja—, has aparecido como un ángel en el cielo gris

de Birkenau”. Ella, como si quisiera despedirse, me apretó mucho la mano. “Hoy estoy

nerviosa”, me confió en un susurro. Miré sus facciones delicadas y le dije: “Cuídate,

Mala”».

Al día siguiente es sábado y hay menos vigilancia. El uniforme y las pistolas aguardan

en el búnker de las patatas. Kielar llega a la cita después de una noche de insomnio.

Edek, en cambio, dice que ha dormido como un lirón. Pese a que el día acaba de

empezar, ya hace mucho calor. Edek y Kielar se reúnen con Mala en su bloque para

volver a examinar los mapas de la zona. Ella, pálida y tensa, les da las piezas de oro que

sus compañeras le han entregado. Giza está con ellos, Mala le parece tranquila. La

atmósfera es tensa, eso sí. El tiempo parece haberse detenido. Las recaderas que han

ayudado a Mala a encontrar el salvoconducto la abrazan, la besan, le desean buena

suerte una y mil veces. Ahora el que está nervioso y preocupado es Edek, que

interrumpe bruscamente las despedidas: «Es la hora». Kielar recuerda la mano fría y

trémula que le tiende Mala mientras susurra: «Estamos en manos de Dios». Empieza a

arrepentirse de haber abandonado a Edek con esa joven. Está inquieto. A pesar de que su

amigo confía siempre en la buena suerte, teme que ella no aguante. Pero es demasiado

tarde para echarse atrás.

A mediodía, aprovechando la ausencia de la comandante Maria Mandel, Edek,

acompañado de Jurek, va al depósito de patatas. Lleva un pantalón de peto y una caja de

herramientas. Mientras se cambia y se ajusta a la cintura la pistola cargada con dos balas,

Jurek va al baño del puesto de guardia con la excusa de reparar el candado que el mismo

Edek ha roto con anterioridad y arrastra a la parte de detrás un lavabo. Un cuarto de

hora más tarde, Mala sale de su bloque para reunirse con Jurek.

Cuando va andando, Mala se cruza con la SS Perschel, que le pide que le sujete la

bicicleta. Pero es solo un momento y enseguida Mala puede proseguir su camino. Según

Giza, después se topa con otra SS, una guardia a la que le gusta beber. Mala le tiende la

61

botella que lleva preparada y se despide de ella. El campo está inmerso en una atmósfera

enrarecida. El sábado es casi fiesta, un adelanto del domingo, que, según cuenta el

superviviente Alberto Sed, es un día tremendo, «porque no se trabajaba y los alemanes

se aburrían». Un fin de semana similar a este en el que Edek y Mala se evaden, Alberto

Sed —deportado de Fossoli el 23 de mayo de 1944 a la edad de catorce años— vio

cómo unas SS borrachas ahogaban a un joven sacerdote griego al que habían empujado a

la piscina y habían molido a bastonazos *para divertirse*.

Mala va al baño donde Jurek ha dejado el uniforme de rayas, pero tarda en salir. Jurek

cuenta que entró y la encontró inmóvil, pálida, poco menos que en trance. Dice que la

vistió y le puso sobre la cabeza el lavabo. Le castañeteaban los dientes y quizá tuviera

fiebre, el caso es que siguió dócilmente a su amigo, quien la llevó al lugar donde Edek los

estaba esperando. Jurek les hizo el saludo reglamentario y se marchó. Herta Roth

sostiene que ella también estaba dentro del baño para ayudar a Mala y que el lavabo se lo

puso sobre la cabeza para que no se le viera el pelo y no se notara que era una mujer.

Sea como sea, lo que cuenta es que Mala, vestida con el uniforme de rayas y con la cara

tapada, va al encuentro de Edek.

Kielar los observa desde lejos, está empapado de sudor y siente las piernas tan pesadas

como si fueran troncos de madera. «Al final los vi. El fornido Jurek acompañado por una

figura menuda con un gran lavabo en la cabeza. Mala se tambaleaba por el peso. Hice a

Edek la señal acordada y él salió del búnker. Fingiendo que se sacudía el polvo de su

uniforme de *Rottenführer*, se dirigió con aire indiferente a un lado del camino y esperó a

que los otros dos se aproximaran a él. Jurek se detuvo delante del SS, a la distancia

reglamentaria, y luego se retiró. Edek se quedó rezagado unos pasos y dejó que Mala

caminara delante, imitando la manera en que las SS solían escoltar a los prisioneros».

Las compañeras de Mala siguen la escena desde sus bloques. «Aún me parece verlos,

Mala con el lavabo cubriéndole la cabeza por completo», recuerda Greta Glas. Herta

Roth teme que las zancadas demasiado cortas de Mala puedan levantar las sospechas de

alguien y para advertirla canta una especie de estribillo en voz alta. «Se tambaleaba,

caminaba como una mujer. Entonces me puse a cantar en eslovaco: “Zancadas más

grandes, zancadas más grandes” y ella lo pilló al vuelo».

Edziu y Mally se dirigen lentamente hacia la entrada principal; a la derecha están los

bloques de las mujeres, donde todas contienen la respiración, y a la izquierda los de la

cuarentena, donde no saben nada. Deben superar dos perímetros de vigilancia, uno

delimitado por un alambre de púas electrificado en torno a Birkenau y otra mayor que

rodea todo el complejo de Auschwitz I y II. Kielar, inmóvil, observa cómo Edek enseña

el salvoconducto y uno tras otro dejan atrás el primer control de vigilancia. «Los seguí

con la mirada unos trescientos metros, hasta donde el camino doblaba bruscamente a la

derecha, y desaparecieron detrás del búnker de las patatas». Es el 24 de junio de 1944.

En esas mismas horas, en Berna, los estadounidenses reciben el informe *Vrba-Wetzler*

sobre el exterminio de los judíos en Auschwitz, que incluye los planos del campo. Es el

primer documento sobre el Holocausto que se entrega a los aliados y su recepción será

más bien complicada.

En el campo hay ahora dos universos paralelos, el de los que no saben nada y el de los

que saben y esperan contando los minutos. ¿Lo conseguirán Edek y Mala?

Hasta última hora de la tarde, no sucede nada. El recuento, dice Herta Roth, es el

momento de la verdad. «Empezaron a buscar, faltaba una prisionera. De repente, la

vigilante Eva Teleki cayó en la cuenta de que la número diecinueve mil ochocientos

ochenta, Mala Zimetbaum, había desaparecido hacía más de tres horas. Mandel estaba

furiosa, imprecaba a Margot Drechsel que le había dado demasiada libertad a esa judía».

Las compañeras de Mala saben, pero siguen esperando. Jenny Spritzer recuerda el

momento en el que se confirma la doble evasión, la ilusión del amor mofándose del

alambre de púas. «De repente sonó la alarma también en el campo masculino. Eran ellos.

Nos sentíamos felices, había una judía fuera, por fin el mundo iba a saber lo que nos

estaban haciendo. Nos mirábamos guiñándonos el ojo».

Giza, la prima a la que Mala ha abierto su corazón como no había hecho nunca con

nadie, es una de las más angustiadas. «Los que estaban al corriente de la evasión de

Mala esperaban el recuento con el corazón en un puño. Confiábamos en que cuando

notaran su desaparición ella ya estuviera lejos. Eran las cinco de la tarde, la orquesta

tocaba, los prisioneros volvían exhaustos del trabajo, vigilados por las SS y sus perros.

Contaron a los prisioneros, pero algo fallaba; contaron varias veces más, en balde. Hasta

que las SS se dieron cuenta de que la que faltaba era Mala, la recadera. Drechsel estaba

fuera de sí. “¿Mala? ¡Imposible! La hemos tratado muy bien”. Quizá estaba enferma.

Registraron el campo de arriba abajo. Hasta Drechsel corría de un lado a otro. Nada.

Enviaron a un SS para que fuera en moto a Auschwitz I y diera la voz de alarma.

Mandel reprochaba con dureza a Drechsel que había favorecido demasiado a Mala. Mala

conocía todos los secretos del campo. Podía revelar mucho. Debían capturarla como

fuera. Se alertó por teléfono a todos los departamentos de la Gestapo y a los cuarteles de

policía. Entre las prisioneras se iba difundiendo un sentimiento de exaltación. Las sirenas

seguían sonando sin interrupción, se había descubierto que faltaba otro prisionero: Edek

Galiński».

El recuento dura tres horas, dice la prisionera francesa Suzanne Birnbaum. «Al

principio nos preguntábamos por qué. Después, una jefa de la policía del campo pasó a

toda prisa y gritó a nuestra vigilante que Mala, la belga, se había fugado. Nosotras nos

mirábamos asombradas y contentas, Mala había escapado y a buen seguro se había

marchado con los documentos que mostrarían al mundo las atrocidades que se estaban

cometiendo, así que muy pronto todos sabrían lo que estaba ocurriendo». Las mujeres

apenas pueden contener su satisfacción. Anna Palarczyk está también allí, de pie al lado

de las demás. «Buscaron a Mala por todas partes, incluso en la fosa, por si se hubiera

caído o estuviera acurrucada allí. Drechsel creía que estaba enferma. Entonces los

recuentos no duraban mucho. Las centinelas la buscaban, parecían humanas, eso

demostraba lo privilegiada que estaba. Después sonó la sirena en el campo masculino. Su

fuga fue un acontecimiento importante. Se decía que los hombres escapaban gracias a la

63

ayuda de los partisanos polacos, porque la resistencia necesitaba hombres. Se decía

también que Mala iba a ser un lastre para Edek, pero los dos actuaron de forma

romántica, organizaron una fuga privada, y la resistencia no colaboraba en este tipo de

fugas».

Las mujeres participan como si fueran protagonistas. «Estábamos eufóricas, creímos

en el milagro, soñábamos que el mundo vendría a salvarnos», escribe Fania Fénelon. La

sirena del campo de Edek amplifica la del campo femenino. Todas oyen el doble sonido

y las que no lo oyen se lo imaginan. «Cuando oímos la sirena del campo masculino

comprendimos que lo habían conseguido, que habían

escapado, eran Edek y Mala»,

recuerda Ewa Feldenkreis, la número diecinueve mil seiscientos ochenta y dos. Rebecca

Liwschitz recuerda la última vez que vio a Mala, unos días antes de la fuga. «Vino a

verme, me besó y antes de irse volvió a besarme. Yo no entendía nada ni conocía a

Edek. Pero ¡cuánto me alegré después!».

Por la noche, en el campo femenino no se habla de otra cosa. El aire está saturado de

cansancio y miedo, pero también de la certeza de que una persona tan cauta como Mala

no puede haber hecho una tontería. No todas conocen a Edek, pero ella es una leyenda

y, por lo visto, Drechsel está hecha un basilisco. ¿Que se ha fugado una judía

privilegiada? Para los nazis es una auténtica vergüenza, para las víctimas es la revancha.

Fania Fénelon cuenta que el entusiasmo era casi delirante.

«Soñábamos con Mala

capitaneando un ejército de liberadores que entraban y destripaban a las SS».

La evasión de Mala tiene un aura legendaria, muchas supervivientes hablan de ella.

Según asegura la historiadora Annette Wieviorka basándose en los hechos documentados,

la fuga tiene un fuerte componente anecdótico que la diferencia de otras de alcance

histórico real, como las de Rudolf Vrba y Alfréd Wetzler. En opinión de Wieviorka, Mala

levanta más la moral de las prisioneras de lo que ayuda a la resistencia contra los nazis.

Prueba de esto es el mito que se crea sobre ella, sobre las acciones que realiza, pero

también sobre su aspecto físico. Huber, en cambio, considera que Mala es del todo real

en la memoria de sus compañeras y que su amor por Edek evidencia en qué medida este

sentimiento estaba presente en Auschwitz en la misma medida que la desesperación; un

amor sublimado pero en ocasiones incluso carnal, sobre todo entre personas del mismo

sexo.

Cuando la oscuridad cae sobre el campo, Mala y Edek están a unos veinte kilómetros

de sus compañeros, pero son libres. Mandel sigue gritando. Drechsel, que sin querer

aceptar la realidad ha ordenado buscar a Mala en todos los fosos pensando que la

encontrarían con fiebre e inconsciente, está furibunda. En su venganza, los alemanes se

ensañan en primer lugar con las compañeras de Mala y acusan a Lea Sziowic, Sara

Goldblum y Herta Roth como cómplices. Las arrestan e interrogan durante varios días en

el departamento político, pero todo en vano. Ninguna de las tres traiciona a la amiga y

repiten la versión que han acordado de antemano:
describen a una Mala impenetrable,

tan misteriosa como una esfinge, con una mente y unos
propósitos insondables.

El domingo, le corresponde al comandante del campo
Josef Kramer la ingrata tarea de

enviar un telegrama en el que da la alarma y reconoce el
fallo en la seguridad del campo:

64

«La judía Mala ha escapado. Buscadla y traedla de nuevo
aquí», teclea. Al cabo de diez

minutos dicta otro para comunicar la fuga de Edek.
Empieza la caza al hombre. Edziu y

Mally avanzan con la mirada al frente.

65

6

La fuga

Y como quien, con hálito afanado,

sale fuera del piélago a la riba
y vuelve atrás la vista, aún azorado,
así mi alma también, aún fugitiva,
volvió a mirar el temeroso paso
del que nunca salió persona viva.

DANTE ALIGHIERI, «Infierno»,
en *La Divina Comedia*, I, 22-27

(traducción de Bartolomé Mitre)

Caminar despacio, avanzar con determinación pero
lentamente, sin ceder a la tentación

de pararse, de respirar el aire que hay al otro lado del
alambre de púas. La entrada en

sentido único de Birkenau está a sus espaldas, los
guardias escrutan los campos desde la

torre. Aún deben superar el segundo perímetro de
vigilancia para no sentirse a tiro, pero

el SS Edek y la prisionera Mala saben que los alemanes

acaban de cambiar las fuerzas

encargadas de patrullar y los recién llegados no pueden conocer a todos sus compañeros.

El sendero de tierra serpentea en medio de los arbustos y se pierde entre los abedules.

Más allá, en algún lugar, está la Judenrampe, la rampa exterior. Ahora se utiliza menos,

porque los alemanes quieren eliminar a toda prisa a los deportados y los convoyes entran

directamente en el campo por la *Bahnrampe*. Mala aún lleva el lavabo en la cabeza; pesa

mucho, suda, la áspera ropa se pega a la piel debido al calor. El corazón le late tan fuerte

que el pecho parece a punto de estallar. Edek cuenta los pasos, ha estudiado el recorrido

y se lo conoce de memoria. Sabe dónde pueden abandonar lo que ya no sirve: el lavabo,

el uniforme de rayas de prisionero, el miedo.

El primer objetivo es dejar atrás Budy, uno de los

cuarenta subcampos de Auschwitz,

donde trabajan unos ochocientos prisioneros, la mitad de los cuales son mujeres. Hoy en

día, en la estructura en que se alojaban los hombres encargados de limpiar los canales y

los estanques de peces, hay una especie de almacén. La luz vespertina de finales de

septiembre de 2015 no es la de junio de 1944, pero aun así brilla entre las ramas aún

desnudas. La breve historia de amor en libertad de Mala y Edek inicia aquí, donde la

naturaleza estalla protectora y el espectro cercano de Birkenau parece remoto, trece días

de amor de los que no hay ningún testimonio, porque los únicos que los vivieron ya no

66

existen. Los árboles, sin embargo, son los mismos, los vieron caminar, pararse, recuperar

el aliento, cogerse de la mano, reír, llorar, contarse todo lo

que no podían contarse entre

los barracones por falta de tiempo. Palabras, promesas, besos, mil secretos confiados al

aire que aquí no está contaminado por el humo de la chimenea. Setenta años son poco

más que una sucesión de estaciones entre los troncos centenarios que se erigen hacia el

cielo, así que mientras avanzas paso a paso el camino que recorrieron los dos fugitivos

tienes la impresión de verlos, nada ha cambiado aquí.

Mala y Edek avanzan a hurtadillas por los campos de trigo, escondiéndose entre los tallos

altísimos que se alternan con los claros. Él va vestido de SS, ella como si fuera su novia.

Deben tener cuidado y mantenerse alejados de las sendas que llevan al pueblo de casas

bajas y tejados de punta, donde la resistencia polaca del Armia Krajowa tiene

importantes contactos. Su hombre no está en Budy, sino

unos quince kilómetros más

adelante, en Kozy. No hay tiempo que perder.

La vegetación es densa, a derecha e izquierda se extienden las ciénagas que el

comandante en jefe de Auschwitz, Rudolf Hess, se jacta de haber saneado. El paisaje

debe de ser como entonces, los troncos cortados y apilados por expertos leñadores, el

terreno fangoso. Unos grandes carteles de las asociaciones ambientalistas describen las

variedades de patos, pájaros y flores que antes de ser censadas vieron pasar nazis,

evadidos, ejércitos liberadores, campesinos, almas perdidas, la historia, la memoria.

Es la primera vez que Mala y Edek están solos. Ella y él. Un sendero polvoriento, los

campos cultivados, la estación de ferrocarril de Brzeszcze —la ciudad de las minas de

carbón— con una especie de marquesina en medio de la

nada, las vías que llevan hacia

delante pero también hacia atrás, el esqueleto de una
cementera abandonada hace

tiempo. Tardan cinco horas en divisar las primeras casas
de Kozy, a la izquierda está el

bosque y delante las colinas y el macizo del Beskid Mały,
en cuya cima se encuentra la

frontera. La meta está al otro lado de esas montañas, a
pesar de que Eslovaquia,

sometida al Reich desde 1939, es un país que no carece de
peligros.

Mala y Edek llegan pasadas las ocho de la noche, el olor a
brasas evoca familias reunidas

alrededor de la mesa. Están cansados, son un hombre
joven con el uniforme de las SS y

una mujer con ropa civil y signos de fiebre malárica,
tienen la cara marcada por el

cansancio y el miedo. Pero Józef Szymbal aún está más
aterrorizado que ellos.

¿Quién recuerda el nombre de Józef Szymbal en el pueblo donde a principios del siglo

XX vivían tres mil seiscientas personas y hoy viven doce mil? En el Dom Kultury, el

centro cultural del Ayuntamiento que también alberga un centro para ancianos, no saben

nada de él. La bibliotecaria Kristyna Mirocha busca en el archivo hasta que le viene a la

mente el nombre de Bartłomiej Bartek Jurzak, un joven etnógrafo que trabaja para la

administración municipal y ha estudiado a fondo el tejido ciudadano. Bartłomiej está

preparando una conferencia sobre la historia local, un gran evento que tendrá lugar en el

67

auditorio de la plaza rodeada por un parque que alberga el plátano polaco más antiguo.

Es muy joven, nació cuando muchos supervivientes de Auschwitz ya habían muerto y ni

siquiera existía ya el telón de acero. Pero cuando oye el nombre de Szymbal su rostro se

ilumina. Lo conoce, por supuesto, es el hombre que ayudó a Mala Zimetbaum y Edek

Galiński. Bartłomiej mantuvo una larga entrevista con un campesino jubilado que lo sabe

todo de él y en 2013 escribió un opúsculo sobre los personajes ilustres de Kozy. Lo llama

por teléfono presa de una gran excitación y al cabo de una media hora llega Grzegorz

Hatat, exferroviario y apasionado de la historia.

«Szymbal era un hombre sencillo, un alicatador que trabajó en el campo desde 1940.

Formaba parte de un grupo que pasaba toda la semana allí y volvía a casa el domingo.

Construyó los cuartos de baño del hospital, la sauna y los Crematorios III y IV», cuenta

Grzegorz Hatat mientras pasea por el cementerio donde en 1952 fue enterrado Szymbal,

una pequeña tumba en las inmediaciones de la de su hija Antonina, quien por aquel

entonces iba y venía del campo para llevar a su padre la ropa y la comida que debía

distribuir a los prisioneros. También se encuentra cerca la tumba de Franciszek Żak, el

abad que bautizó al futuro papa Karol Wojtyła, que está cubierta de flores.

Grzegorz Hatat pudo reconstruir la historia de ese sábado por la noche de 1944 gracias

a Antonina, que murió hace pocos años. La casa de los Szymbak aún está en su sitio; la

han enlucido de nuevo, pero sigue igual. Un pequeño puente une el camino arbolado, casi

desierto en aquella época, y la valla del jardín; por debajo corre un arroyuelo.

Entre las ocho y las nueve, Szymbak lleva a Mala y a Edek hasta la puerta, al otro lado

está su familia. Se han encontrado en el pueblo, donde ellos han preguntado por él nada

más llegar. «Szymlak, Szymlak, ¡un SS te busca!». En los pueblos pequeños las noticias

corren de boca en boca. Szymlak se había brindado a echar una mano, como había

hecho ya en el pasado, pero ahora se siente desfallecer. No puede abandonar a los dos

fugitivos, que, por si fuera poco, no pasan inadvertidos, pero es superior a sus fuerzas,

no tiene valor para dejarlos entrar. En Birkenau ha saltado ya la alarma, los sabuesos

deben de haber iniciado la caza al hombre, la vida de sus seres queridos corre peligro.

Confuso, pide ayuda a un amigo que posee un granero a la entrada del pueblo, uno de los

innumerables protagonistas innominados de esta historia. Su casa está a un par de

kilómetros de distancia, se trata de un gran edificio con el tejado inclinado de color rojo

que sigue allí, igual que ayer, a los pies de las cimas donde el bosque cede terreno al

trabajo de los campesinos. El mejor escondite es el granero que hay en la parte posterior

de la casa, de ahí a las colinas solo hay un paso. Szymlak les deja una buena cantidad de

pan y salchichas, estrecha sus manos agradecidas, les desea buena suerte y se marcha.

Mala y Edek se quedan solos, de nuevo solos bajo las estrellas; es la primera noche que

pasan juntos, dos veinteañeros que han visto un infierno cada vez más sediento de sangre

y que han salido de él cogidos de la mano. El *lager* donde estaban encerrados hasta hace

pocas horas es el pasado. Delante se alza la oscura silueta de los Beskid Mały que deben

empezar a subir en cuanto salga el sol, momento en el que tendrán que ponerse de nuevo

en marcha.

En esas mismas horas, en Birkenau se vive una gran confusión debido a la fuga. Las

prisioneras esperan exaltadas y asustadas, las vigilantes corren enfurecidas entre los

barracones, la alarma rebota del campo masculino al femenino, ansia, esperanza,

incertidumbre, miradas que se cruzan y se desvían de inmediato.

«Los alemanes los buscaban como locos, estaban enfurecidos porque su confidente los

había traicionado», cuenta Léon Schummer citando a la superviviente Sally Lesser, quien

contó que los guardias ofrecieron tres kilos de azúcar al que diese alguna información

útil.

Al amanecer, Mala y Edek ya están en marcha. El camino es largo. Deben orientarse

por la luz del día, las vías del tren y las referencias geográficas que han estudiado con

todo detalle durante semanas: el río Kozłowa a la

izquierda y la pendiente siempre

delante. Es el camino recorrido por los que se han evadido antes que ellos, el que ofrece

mayores garantías de éxito. Los dos enamorados no pueden contar con los móviles ni

con los mapas satelitales que hoy, como ángeles de la guarda, guían a los prófugos

mientras huyen del infierno de la guerra siria. Pero tampoco pueden contar con el buen

corazón de un campesino que encuentren por el camino, porque recibir ayuda en sus

condiciones no es seguro y el precio de un posible rechazo es la vida.

Edek, antes de despedirse, ha entregado a Szymlak una nota para Kielar y este la

recibirá dos días más tarde, aunque no de manos de Szymlak. «Mala está bien», escribe.

Pero sobre todo quiere que su amigo, que era tan escéptico, sepa cuánto vale ella.

«Llegamos al puesto sin dificultad; Mala transportó el lavabo un par de millas, es una

chica valiente. Tras dejar atrás Budy, nos precipitamos a un sembrado de trigo y

llegamos a Kozy a última hora de la tarde. Pasamos la noche en un granero a la entrada

del pueblo, cerca del bosque. Mala está bien, solo le duelen un poco los hombros».

El tono parece sereno. Kielar se da cuenta de que algo no encaja. El plan era que Edek

devolviera al campo el uniforme de SS y las demás cosas para que Kielar pudiera seguir

sus pasos; sin embargo, ni Szymlak ni ninguno de los civiles de Kozy que entran y salen

de Birkenau le llevan nada. Pasan las horas, los días. El 27 de junio se produce otra fuga:

Konstanty Jagiełło y Tomasz Sobański escapan de Birkenau. ¿Qué le ha sucedido a

Edek? En teoría debían verse todos en Zakopane, ir a casa de la hermana de Kielar y,

tras dejar a Mala con la familia, unirse a la resistencia polaca en Jarosław.

Mala y Edek no se encaminan hacia Zakopane, sino que avanzan casi en dirección

contraria, en dirección a las montañas de Żywiec, la frontera con Eslovaquia, donde

Mala aseguraba tener parientes cuando estaba en el campo. O quizá quieren ver al

consejo judío eslovaco, al igual que Wetzler y Vrba, los autores de los *Protocolos de*

Auschwitz. Según Kielar, Mala es la que insiste en el nuevo itinerario. Probablemente

Edek la secunda porque en Kozy ha comprobado que no pueden contar con Szymbal

como esperaba. Este los ha protegido, les ha procurado un refugio seguro y les ha dejado

muchas provisiones, pero tiene miedo, un miedo atroz. No ha querido esconderlos en su

casa, así que tampoco querrá hacerlo una segunda vez. Ni siquiera entrega la carta

directamente a Kielar, sino a través de un conocido. De nada serviría intentarlo de nuevo,

Kielar debe pensar en otro plan; siempre que aún le queden ganas de desafiar al destino y

no prefiera esperar la liberación en el interior del campo. Porque el campo será liberado.

69

En el fondo, Kielar cree que será así. También Edek está seguro mientras camina al lado

de Mala. La vida, que había quedado anulada, florece y hasta el camino más

impracticable les resulta leve sin las órdenes despiadadas de las SS. En el cielo se cruzan

los aviones aliados que participan en la operación Frantic y en los sueños de libertad, el

horizonte promete infinitas posibilidades.

Mala está cansada, pero poco a poco va recuperando la energía de la época en que

acampaba en las Ardenas con Dolf Galant y sus

compañeros de Hanoar Hatzioni y

juntos soñaban con Palestina. Su prima Giza siempre ha dicho que la experiencia de la

militancia sionista le entrenó mucho el sentido práctico. Todo vuelve. Birkenau no ha

vencido; el futuro sigue ahí, en su lugar. Lo primero que hay que hacer es encontrar la

manera de revelar el horror del *lager* a los líderes de la resistencia sionista y a los

partisanos polacos y luego, una vez concluida la guerra, volver a empezar desde cero con

Edek. Puede que fantasee con la idea de una familia; puede que arrincone el deseo de

emigrar, porque el proyecto sionista es difícil de compartir con los que no son judíos;

puede que imagine las dificultades que les pondrán sus respectivas conflictuales

comunidades; puede que piense en regresar a Bélgica, terreno neutral para dos polacos

como ellos, unidos por el amor y por el campo pero divididos por la religión, la cultura y

la memoria. Y Charles. ¿Dónde estará Charles? Apenas hace dos años que no se ven,

pero en esos dos años la historia ha arrasado la vida previa a su deportación. En realidad,

desde el arresto de Mala, Charles ha contado los días hasta el 17 de junio de 1944, justo

una semana antes de la fuga. Luego el vacío. En ese momento se encuentra en Malinas,

lo han arrestado entre el 17 y el 20 de junio, y lo deportan a Auschwitz el 31 de julio.

El bosque que cubre las montañas es un amigo protector. Abajo, al otro lado del río,

está la frontera entre la Gobernación General polaca y el Reich alemán, que Mala y Edek

han cruzado dando la espalda a Birkenau. A lo lejos, entre los árboles, se entrevén aquí y

allí los tejados de los pueblos de Melec, Kałty, Porąbka, Międzybrodzie. A la derecha, en

el valle que no se vislumbra desde la ladera, está Bielsko,
donde hay una famosa cárcel

de la Gestapo.

Pasan los días. Giza —la prima de Mala— cuenta que en
el campo ya se habla menos

de ellos y la batalla cotidiana por la supervivencia vuelve
a ser prioritaria. «Solo nosotras,

un grupo reducido de amigas, seguíamos recordándolos.
Confiábamos en que estuvieran

lejos, en que, quizá, hubieran cruzado la frontera polaca». Caminar, mirar atrás, reposar

el tiempo justo para recuperar el aliento, volver a ponerse
en marcha. Mala y Edek llegan

a Żywiec, que se encuentra apenas a unos treinta
kilómetros de Kozy. Sin embargo, ellos

atraviesan las montañas; a pesar de que llevan oro y
piedras preciosas, no es fácil

encontrar comida; tienen que caminar parte de la noche y
esconderse cuando sale el sol;

el tiempo que dura el camino se va alargando.

Hoy Żywiec —célebre sobre todo por la cerveza que lleva su nombre— está toda en

obras. La antigua plaza de la iglesia fue pavimentada de nuevo hace unos años y el

aumento de población —que ha alcanzado los treinta y dos mil habitantes— ha supuesto

una incesante edificación en ambas orillas del río Soła. Las casas llegan incluso al bosque

que, trepando por encima de los mil metros, franquea la frontera eslovaca. Aquí, en un

70

punto indefinido, el 6 de julio de 1944 se hizo añicos el sueño de Mala y Edek.

En la biblioteca de Żywiec no conocen sus nombres. En cambio sí tienen

documentados los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, cuando las banderas

ondeaban con la cruz gamada en la plaza de fachadas

estilo Habsburgo y los nazis

usaban como prisión de paso para Bielsko un edificio que en la actualidad alberga las

oficinas de la administración municipal. Entre septiembre y diciembre de 1940, los

invasores alemanes deportaron de esta zona a más de diecisiete mil habitantes en el

ámbito de la llamada Aktion Saybusch, un plan concebido para vaciar Polonia y

establecer en ella inmigrantes alemanes. Prosiguieron en los años sucesivos. En los

mapas de esa época que se conservan en el archivo de la ciudad, aparece la zona

salpicada con numerosos puestos de control del Reich, un campo minado para dos

fugitivos que, en caso de ser detenidos en uno de ellos, no podrían esconder el tatuaje

que Mala tenía en el brazo. A pesar de ello, según escribió Edek a Kielar, no los

encontraron las SS, sino una patrulla de aduaneros que vigilaba las montañas de Żywiec.

El arresto se ha narrado de mil maneras, el epílogo es digno de una leyenda. Dicen que

Mala despertó las sospechas de un comerciante al que quiso comprar pan a cambio de

unas joyas y que Edek, en lugar de escapar, se entregó para poder seguir junto a ella.

También se cuenta que los apresaron juntos en un restaurante de Katowice o de

Cracovia, donde alguien habría visto el tatuaje en el brazo de Mala. Otros relatan que

Edek aún vestía el uniforme de las SS y que la presunta novia que lo acompañaba llamó

la atención de sus compañeros. Hay quien dice que se perdieron en la frontera y que

mientras trataban de orientarse despertaron la atención. Sin embargo, la versión más

verosímil es la de Kielar, una de las últimas personas que estuvo en contacto con Edek

después de que lo encerraran en el búnker 11 de Auschwitz I, el brazo de la muerte.

Es el jueves 6 de julio, la Segunda Guerra Mundial arrecia, Alemania golpea donde

puede como un animal herido. Una semana más tarde, en Italia, los nazis matan en

Cibeno a sesenta y siete partisanos, prisioneros en el campo de tránsito de Fossoli. Mala

y Edek avanzan por senderos de montaña. Eslovaquia está a dos pasos y a sus pies se

ven los tejados de Żywiec. Ella va delante, él la sigue a poca distancia. De repente

aparece una patrulla de guardias de frontera que detiene a Mala. Edek se esconde entre

los árboles y espera, pero cuando comprende que los agentes no la van a soltar sale para

no dejarla sola. La primera etapa es, sin duda, la prisión provisional de Żywiec, donde de

momento no son identificados. Después inician el viaje de retorno. Regresan a bordo de

una camioneta alemana, pero esta vez recorren la ruta principal y atraviesan los

numerosos centros habitados que han estado evitando en el viaje en sentido contrario:

Czernichów, Bielsko, Czaniec, Kęty, Nowa Wieś, Heczmarowice, Bielany, Łęki y por

último Oświęcim.

En Bielsko, en el austero edificio que sigue albergando una cárcel, los oficiales de la

Gestapo comprueban sus datos y comunican al comandante del campo Josef Kramer que

sus penas han terminado. Este lleva trece días asediado por sus superiores, que están

furiosos, pero no tardará en recuperar a los dos evadidos. El 27 de julio de 1944 Kramer,

exultante de satisfacción, envía a la oficina central de los grandes jefes nazis el telegrama

71

de la victoria: Edward Galiński y Malka Zimetbaum han

vuelto al *lager*. Su suerte está
echada.

72

7

La ejecución

Un buen día las mujeres dejan de guiñarse el ojo entre
ellas. Mala y Edek han

regresado al campo, pero no para liberarlo. «Nos
comunicaron que los habían cogido»,

recuerda la judía eslovaca Alica Jakubovic Roth. Ninguna
puede asegurar a ciencia cierta

si era lunes, martes, miércoles o jueves ni cuántas
mañanas se despertaron confiando en

los inagotables recursos de Mala antes de que sus castillos
de naipes tristemente se

derrumbaran; sienten que es el fin para todas.

En realidad, han pasado poco más de dos semanas. El
tiempo que tardan en trasladar a

los fugitivos de Bielsko a Birkenau y en que la noticia se propague por los barracones.

Estamos a mediados de julio. A varios cientos de kilómetros de distancia, el coronel de la

Wehrmacht Claus Schenk Graf von Stauffenberg ultima los detalles de un plan —fallido

— para asesinar a Adolf Hitler y negociar con los aliados una paz que evite la debacle

militar alemana. Alemania tiene los días contados, pero Birkenau —donde en el periodo

de máxima eficiencia hay encerrados ochenta mil prisioneros— parece un mundo aparte.

En un par de noches, entre julio y agosto, las SS liquidan el *Zigeunerlager* —«el campo

de los gitanos»—, casi tres mil personas, entre hombres, mujeres y niños, mueren en el

Crematorio V. Los que habían apostado por Mally y Edziu se sienten perdidos.

«Todas llorábamos», recuerda Maryla Michałowska. En su libro, Fania Fénelon se

detiene a describir con detalle la desesperación de las mujeres, que hasta ese momento

han proyectado sobre Mala sus expectativas, sus deseos reprimidos, la necesidad de creer

en una alternativa posible, como si esa fuga romántica hubiera podido rescatar en nombre

de cada una de ellas la mortificación sistemática de los sentimientos más íntimos.

La furgoneta que transporta a Mala y Edek cruza la puerta dominada por la frase

Arbeit macht frei, dobla a la derecha rodeando la cocina de Auschwitz I y se dirige hacia

el fondo del campo, al famoso bloque 11, del que nadie sale vivo. El edificio de ladrillo

rojo hoy en día lo visitan grupos escolares. Recorren varias celdas y la sala donde se

celebraban los falsos juicios, que sigue igual —la mesa, las siete sillas de los inquisidores,

el secreter con el teléfono antiguo—. Al lado se encuentra el paredón. Se trata de un muro

al fondo de un patio al que asoman las ventanas selladas con tablas de los bloques 10 y

11. La praxis sumaria de las ejecuciones —que tenían que contar con la autorización

formal de Berlín— debía ser rápida y sin testigos; nadie podía ver al pelotón cargando y

disparando. Aun así, se oían los gritos angustiosos de los condenados, las súplicas, el

73

llanto, las palabras de orgullo de los más temerarios quebradas por una ráfaga seca.

A veces las ametralladoras trabajaban ininterrumpidamente durante varias horas, como

sucedió en el invierno de 1942, cuando, según cuenta una funcionaria del departamento

de educación del Museo de Auschwitz-Birkenau, los prisioneros que pudieron mirar a

través de las tablas clavadas a las ventanas vieron cómo la nieve se teñía de rojo.

Mala y Edek vuelven al campo madre, a los barracones en los que Edek ha pasado

casi tres años. Muchos de los prisioneros que intentaron fugarse antes que ellos fueron

atrapados y traídos de nuevo aquí, donde los obligaron a ponerse un vestido de payaso y

un cartel irrisorio y los forzaron a desfilar, humillados, durante el recuento vespertino; los

encerraron en el búnker 11, donde la sección política los interrogó y los juzgó. Al

principio, los cómplices pagaban también por las evasiones, pero a partir de 1943,

cuando la guerra empieza a ir mal para los alemanes, estos olvidan la *responsabilidad*

colectiva y se concentran en los castigos ejemplares. Y Mala y Edek son dos prisioneros

que deben castigar de manera ejemplar.

¿Los matarán? Kielar realiza las tareas cotidianas como si estuviera en trance. Se

siente responsable por haber dejado a su amigo solo con Mala, debería haber imaginado

que no irían muy lejos, pero fantasea aún con un final feliz, separando el destino de

ambos, porque en realidad Edek no es judío y los alemanes últimamente se ensañan

menos con los prisioneros políticos.

Los interrogatorios de la Gestapo tienen lugar en el barracón de madera que está a

medio camino entre el Crematorio I —donde se encuentra la primera cámara de gas— y

la vivienda familiar de Rudolf Höss, el mismo sitio en el que este será ahorcado el 16 de

abril de 1947. Pocos salen de allí por su propio pie, pero nunca se sabe. Las primeras

noticias que Kielar recibe de Edek sobre lo sucedido durante el arresto no son pésimas.

«Edek me escribió que habían sido arrestados por una patrulla de frontera en las

montañas de Żywiec y que los llevaron a Bielsko, donde los identificaron. Al principio las

SS no los trataron mal, querían obligarles a hablar, querían saber quién los había

ayudado. Contaba que a Mala incluso le habían dado café y tarta. Como era judía, en su

caso no había muchos motivos para el optimismo, pero yo aún abrigaba cierta esperanza

respecto a Edek». No obstante, cuando llega el segundo mensaje la situación ha

empeorado. «Estaba mucho más deprimido. La policía política ya no jugaba, lo habían

golpeado en las plantas de los pies con un bastón metálico. Edek decía que las SS

tampoco se andaban ya con delicadezas en el caso de Mala».

El inquisidor es Wilhelm Boger, *el tigre de Auschwitz*, el famoso oficial nazi encargado

de reprimir la resistencia en el interior del campo. Fue célebre por recurrir

sistemáticamente a la tortura con métodos como *el columpio de Boger*, consistente en

colgar a los prisioneros de una barra de hierro con los tobillos atados a las muñecas hasta

que la sangre deja de circular. Boger mata lentamente, con sadismo, sin inmutarse, y

muchas de sus víctimas intentan suicidarse después de las primeras sesiones de tormento.

Mala y Edek se alternan con él, pero guardan silencio, no dan ningún nombre, no hablan,

no revelan cómo obtuvieron el uniforme de las SS. No convocan a nadie más. Una vez

recibido el *tratamiento*, vuelven a los subterráneos del bloque 11, donde se encuentra

74

Jakub Kozelczuk, un *kapo* conocido como *Jakub el Grande* o *el Verdugo* por el papel

que desempeña en las ejecuciones. A diferencia de otros *kapos*, Jakub ejecuta las

órdenes pero no se ensaña con los prisioneros. Al contrario. Y Mala y Edek le gustan.

Son valientes, leales, no se doblegan. Puede que incluso le den oro. Él los ayuda,

remedia la escasez de las raciones de comida, lleva mensajes de una celda a otra para

que puedan comunicarse que siguen vivos. Gracias a Jakub, Mala y Edek saben que

caminan juntos hacia la muerte. La evasión ha fracasado, pero resistiendo a la tortura

han privado a los nazis de la última victoria.

«Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el mundo conoció el largo camino de dolor,

de los guetos a las cámaras de gas, que habían recorrido seis millones de judíos, pero aún

sabe poco o incluso nada sobre la otra cara del Holocausto, la resistencia judía, es decir,

sobre cómo y cuándo los judíos reaccionaron contra sus asesinos», escribe Yuri Suhl en

el voluminoso *They Fought Back*. Durante mucho tiempo ha prevalecido la idea de que

los judíos se habían resignado a su destino. «¿Por qué se dirigían hacia la muerte como

corderos camino del matadero?», se preguntaba Hannah Arendt en 1963, cuando

describió la resistencia judía como «miserablemente reducida, increíblemente débil y

fundamentalmente inocua». En opinión de Suhl, Mala Zimetbaum —una combatiente,

aunque solitaria, valerosa, capaz de salvar la vida de cientos de prisioneras— es una de

las numerosas pruebas que contradicen la narrativa dominante. Mala resiste hasta el

último momento: el amor que siente por Edek la exalta como mujer, pero jamás la aparta

del doble objetivo de ayudar a las demás y revelar al mundo el exterminio. Tarde o

temprano, los alemanes morirán también; ella combate por la vida.

Pasan los días. Las compañeras de Mala siguen en Birkenau y las noticias corren

fragmentadas, imprecisas, de forma discontinua. Quienes trabajan en la sección política,

como Lilly Majerczys, saben algo más. «Los interrogatorios se realizaban en nuestro

departamento. Mala no reveló ningún nombre. Hablábamos con ella de un lado a otro del

pasillo, aunque estaba terminantemente prohibido». Jenny Spritzer, que también está

empleada en la oficina responsable de los interrogatorios, ve una mañana a Mala

esperando su turno y esta le dice que ha comido bien y que está preocupada por sus

amigas. Cuando le toca entrar, Jenny la sigue con la mirada. «Boger le preguntó: “¿Por

qué escapasteis?”. Mala respondió: “Quería ser libre y no volver a ver a miles de seres

humanos, incluso niños inocentes, entrando a diario en la cámara de gas”». Según la

francesa de origen ucraniano Dounia Ourisson —una de las intérpretes de la oficina de

Boger—, Mala reacciona con mayor dureza. En tono cínico y paternalista, Boger trata de

explicarle que el número de muertos solo depende de las condiciones extremadamente

duras del campo, del trabajo, del clima y de la higiene. Mala, que no es más que una

sombra descolorida de aquella joven y atractiva recadera de tan solo unas semanas atrás,

se rebela y alza la voz, porque ya no tiene nada que perder: «Sabemos que matáis a

miles de personas al año en la cámara de gas. Yo y los que viven en los bloques tenemos

delante el horno crematorio. Hemos visto mujeres jóvenes y guapas, niños, hombres

robustos. Entran en las cámaras de gas y al cabo de un cuarto de hora sus cadáveres son

arrojados a las fosas para quemarlos, porque los hornos crematorios no dan abasto».

Edek logra comunicar una vez más con Kielar, ya sin ninguna esperanza. Repite que

Mala es muy valiente, insiste en que quiere que Lubusch y los demás sepan que ha

guardado silencio, dice que los dos esperan la sentencia sin la menor esperanza, pero que

no permitirán que los alemanes los maten. Jenny Spritzer se cruza con él después de un

largo interrogatorio. Su aspecto es terrible: tiene la cara ensangrentada y un ojo hinchado

y morado, pero anda por su propio pie. Sonríe, es el mismo hombre que hasta hace unas

pocas semanas se entretenía encantado en el campo femenino. Les pide a las chicas que

manden de su parte un beso a Mala y añade que está bien; quiere que ella sepa que se

encuentra sereno.

Los prisioneros se susurran la escasa información de que

disponen. Mala y Edek están

condenados, pero mientras esperan que llegue la orden de Alemania sufren un tormento

extremo por haber aprovechado su posición privilegiada para desafiar a los dioses. Los

dioses no perdonan. Al igual que Lilly Majerczys y Jenny Spritzer, también Raya Kagan

trabaja en el departamento político, la oficina de la Gestapo, y ve pasar a los dos desde

su mesa. «Nuestro bloque estaba cerca de un pequeño crematorio que, por aquel

entonces, ya no funcionaba y se usaba para los interrogatorios. Wilhelm Boger, que había

inventado su propio tipo de tortura, era el que más lo utilizaba. Llevaba allí al polaco

Edek después de torturarlo de forma espantosa. Un día vi a Mala y le pregunté cómo

estaba. Se encontraba en un pequeño barracón donde la gente esperaba a que la

interrogasen. Serena e irónica, me respondió: “Yo siempre estoy bien”; lo dijo en alemán:

Mir geht es immer wohl».

El mes de julio pasa dejando tras de sí las últimas ambiciones del Tercer Reich. En

pocos días las tropas del general Omar Bradley derriban el frente alemán en Normandía,

el Ejército Rojo libera Leópolis y llega al campo de exterminio de Majdanek antes de que

los nazis puedan borrar todas las huellas, las columnas acorazadas estadounidenses

entran en Bretaña. Un mes más y los aliados marcharán triunfalmente en París. El 31 de

julio sale de Malinas el último convoy belga en dirección a Birkenau. Dos días después,

el 2 de agosto de 1944, junto a cientos de deportados, las SS registran con el número B

tres mil seiscientos diecinueve el nombre de Charles Sand, el amigo de Mala.

Mala aguarda la sentencia en la oscuridad húmeda y maloliente del búnker 11, donde un

laberinto de pasillos la separa de Edek. Es una estructura de reclusión reservada a los

hombres, con celdas normales de dos por dos metros y celdas de castigo durísimas,

como la número veintidós, que no tiene ventanas, o la veinte, en la que solo se puede

estar de pie. No obstante, aparte de a los prisioneros, también encierran a las mujeres

acusadas de hechos graves. Mala está aquí y comprende lo que eso significa. Logra

contárselo a Giza en un mensaje clandestino, como los que Edek manda a Kielar. «Sé lo

que me espera. Estoy preparada para lo peor. Sé valiente y recuerda todo». El recuerdo

obsesiona a Mala. Tiene las horas contadas y pide a su prima que lleve a cabo lo que

consideraba su misión: contar al mundo el horror de Auschwitz. El 21 de julio de 1944,

mientras se decide la suerte de Mala Zimetbaum y Edek Galiński, Jerzy Bielecki escapa

76

de Birkenau con su novia Cyla Cybulska —una joven judía a la que ha conocido

trabajando en el almacén de cereales del subcampo de Babice—. Bielecki es un

prisionero político polaco que llegó a Auschwitz el 14 de junio de 1940 con el primer

transporte, igual que Edek. Sus historias se superponen. La dinámica de la evasión es

similar: él viste un uniforme de las SS y sale del campo seguido por ella tras enseñar un

salvoconducto falso. Jerzy y Cyla, sin embargo, lo consiguen. Se arrastran durante diez

días por la campiña hasta llegar a la casa de Bielecki en Przemęczany y luego él se reúne

con los partisanos del Armia Krajowa. Parece el prelude de algo, pero no es así. En los

meses sucesivos se pierden: creyéndolo muerto, Cyla viaja a Estados Unidos y Jerzy

funda una familia en Polonia. Ellos, que habrían podido ganar la apuesta de amor de

quienes los habían precedido en la fuga, solo volverán a verse muchos decenios después,

cuando ya es demasiado tarde, cuando son demasiado ancianos y llevan unas vidas

demasiado distantes.

Mala y Edek pasaron juntos trece días de libertad, un soplo de eternidad. Es lo que

Mala le dice a su amiga Lilly Majerczys cuando se cruza con ella entre un interrogatorio

y otro y esta le pregunta si está arrepentida de haberse fugado. «Si tuviera otra

oportunidad, volvería a hacerlo. He sido muy feliz durante tres semanas». Edek piensa lo

mismo. Lo demuestra escribiendo en las paredes de las celdas por las que pasa sus

nombres, «Galiński Edward y Mally Zimetbaum», los números de registro, «quinientos

treinta y uno y diecinueve mil ochocientos ochenta» y el día del arresto, «6 de julio de

1944».

Una mañana de noviembre de 2015, el guardia baja las escaleras angostas del búnker

11 buscando entre las llaves del enorme manajo que lleva enganchado a la cintura. Es

pronto. En el aparcamiento del Museo de Auschwitz aún hay pocos autobuses. Los

estudiantes vacían sus mochilas y sus bolsillos para pasar por el detector de metales que

se encuentra antes de las taquillas. Solo hay varias celdas abiertas. Aquellas en las que

Edek fue recluido no lo están. El espacio es estrecho y los visitantes demasiado

numerosos. Las celdas del fondo son parecidas y el dolor de Edek es una gota en el

océano del mal.

La celda número dieciocho se encuentra casi al final de un pasillo, antes de la

veintidós, donde los prisioneros morían ahogados cuando se obturaba el respiradero. En

el centro se encuentran los cabos de las velas que durante decenios han recordado al

padre Maximiliano Kolbe, el franciscano polaco al que mataron aquí mismo el 14 de

agosto de 1941 cuando ofreció su vida a cambio de la de un padre de familia que estaba

destinado al búnker 11. Hay también una vela más grande que las demás, la encendió el

papa Juan Pablo II. La celda dieciocho lleva varios años cerrada porque tienen que

restaurarla. Las llamas han tiznado las paredes y se respira un olor acre. Según se entra a

la izquierda, a casi un metro y medio del suelo, están sus nombres, Edward y Mally, un

trazo sutil pero profundo excavado con paciencia en las largas horas de encierro. El

guardia explica que cuando terminen de limpiarla las palabras se verán claramente, sin

dificultad. Hay otras parecidas en las celdas diecinueve, veinte, veintiuno y veintitrés.

Una señal en cada etapa del camino de Edek hacia la horca.

77

Cuando los dos prófugos llegan al búnker 11, Bolesław Staroń lleva allí encerrado

varias semanas sin comer por haber contrabandeado medicinas; está en los huesos. Tiene

veinticinco años, la edad de Mala. La cadena de la celda se abre y empujan dentro a

Edek. Pasan juntos varios días, los dos proceden de Jarosław. Bolesław lo observa con la

desconfianza con la que se escudriña a los desconocidos en el campo, luego rompen el

hielo. «Me contó que los habían apresado en la frontera eslovaca. Mala quiso comprar

comida con el oro que llevaban y la habían descubierto. Él habría podido escapar, pero le

había prometido que no se separarían y se había entregado. Le dije que deberían haberse

separado y me dio la razón, pero estaban realmente enamorados. Edek era guapo, es

lógico que gustara tanto».

La convivencia en la celda ayuda a ambos prisioneros a comprender la condición en la

que se encuentran. Bolesław ve en Edek su propia imagen reflejada como si se mirara en

un espejo. «En ese periodo me sometieron a tres interrogatorios, pero Edek pasó por

más. Cuando llegaban nunca sabías a quién le tocaba, debí de despedirme una docena de

veces. Volvíamos ensangrentados. Al principio estuvimos solos en la celda veinte, luego

llegó un joven judío que era oficial del ejército checoslovaco, Nikolaus Engel.

Charlábamos. Pasamos un mes completamente a oscuras, la luz solo se encendía cuando

entraban los SS con la comida. Un día nos sacaron y nos llevaron al paredón, la luz nos

deslumbraba. Pensamos que nos iban a fusilar, pero no fue así, porque al cabo de un rato

nos volvieron a llevar abajo. Todas las noches después del recuento, Edek se acercaba a

la ventana y cantaba una melodía italiana, una serenata. Fuera reinaba el silencio, él iba

allí y cantaba; tenía una voz bonita que retumbaba. Cantaba para que Mala supiera que

seguía vivo». La melodía se filtra por los resquicios abiertos en el patio de los

fusilamientos y rebota de una rendija a otra. Los prisioneros la oyen, la recuerdan

sumamente triste y diferente de los ruidos angustiosos de los camiones donde viajan los

condenados a la cámara de gas.

Bolesław y Edek intiman, tienen la impresión de haber pasado mucho tiempo juntos, a

pesar de que solo fueron unas cuantas semanas. «En una ocasión, poco antes de que me

liberasen, Jakub, que había llevado ya algunos de sus mensajes, organizó un encuentro

con Mala. Fue después del recuento. Edek salió de la celda, pero no sé a qué parte del

bloque 11 fue. No tardó mucho en volver. Estaba triste, me dijo que había visto a Mala,

pero que no quería hablar sobre eso. Esa noche empezó a dibujar una cara en la pared;

creo que era ella, pero no la terminó. Era capaz de hacerlo incluso a oscuras. Confiaba

en que Jakub pudiera salvarlos, porque este solía sobornar a las SS con oro y brillantes y

yo sabía que Mala y Edek le habían dado».

Jakub hace todo lo posible, pero no puede salvarlos, nadie

puede. Son condenados a

muerte sin apelación. En 1952, el hermano de Mala, Salomon, en el curso de una

declaración ante la policía de Amberes cuyo objetivo era que su hermana fuera

reconocida como prisionera política, contó que había recibido una tarjeta postal de ella

fechada el 16 de agosto de 1944, la última antes de que volvieran a arrestarlo en Bélgica.

Una tarde entre finales de agosto y principios de septiembre, las SS llevan a los dos

fugitivos a Birkenau. No han sacado nada de ellos, pero quieren matarlos allí, donde

78

están sus compañeros, sus amigos y con toda probabilidad sus cómplices.

Mala y Edek son algo más que dos evadidos a los que han vuelto a capturar. A pesar

de que el Tercer Reich está a punto de caer, Auschwitz

sigue matando. Pero los que

conocen en el campo su historia, el amor, la fuga, la esperanza de denunciar el

exterminio, las torturas inútilmente profusas con la esperanza de eliminar a la resistencia

saben que existe otra vía posible. Por eso se habla tanto de ellos en los barracones. Por

eso se seguirá hablando durante semanas después de la doble ejecución, a la que

asistieron miles de prisioneros y a la que otros creen haber asistido, pese a que no fue

así.

Esta tuvo lugar el 22 de agosto, otros dicen que el 21 o el 24, puede que incluso más

tarde, el 15 de septiembre. Los recuerdos de su muerte coinciden, los detalles y las

fechas no. En el certificado de muerte que recibieron la hermana de Mala, Jochka, y el

hermano, Salomon, en los años cincuenta y en la placa

que hay en la casa de Mala en

Amberes figura el 22 de agosto de 1944, pero muchos supervivientes, entre los que se

encuentra Kielar, hablan del 15 de septiembre, justo dos años después de la llegada de

Mala a Birkenau. Para ser más exactos, los historiadores de Auschwitz sugieren que fue

entre mediados de agosto y mediados de septiembre. Sea como sea, estamos a finales del

verano de 1944, cuando, según escribe el historiador Raul Hilberg, «se quemaban incluso

veinte mil cadáveres al día». En Varsovia se recrudece la revuelta y el 2 de octubre, al

cabo de dos meses de sangrientos enfrentamientos casa por casa, los alemanes,

derrotados ya por la historia, arrasan la ciudad rebelde y dan a Polonia el golpe de gracia

con la complicidad de los enemigos del Ejército Rojo, que esperan al otro lado del

Vístula.

Está anocheciendo y Birkenau recibe la cálida luz del atardecer. Las prisioneras regresan

del trabajo arrastrando sus cuerpos vacíos, como viejos sacos. La orquesta toca la

habitual marcha en el rincón que se encuentra entre la entrada del sector femenino y la

Lagerstrasse, las intérpretes recién deportadas aún no se han acostumbrado a esa tarea

feroz que, sin embargo, les salva la vida y lloran mientras sus dedos se deslizan por los

instrumentos. Las centinelas y los *kapos* golpean al azar, las SS están preparadas para el

ritual recuento de los vivos y los muertos.

Mala está allí consumida, con la cara marcada por el encierro y las torturas, de pie al

lado del alambre de púas que hay al lado de la explanada principal del sector BIa. Giza la

ve, no puede hablar, hace menos de dos meses la abrazó

deseándole buena suerte y

entretanto solo ha recibido un mensaje desalentador del búnker de la muerte. «Era el 22

de agosto, esta vez no faltaba nadie en el recuento. ¿Por qué la habían llevado a

Birkenau? No había ninguna horca, así que nos consolamos pensando que, quizá, se

limitarían a humillarla y que luego la enviarían a un comando de castigo. Después del

recuento, uno de los jefes de los vigilantes gritó que todos los judíos debían ir al campo

B. Fuimos, yo me puse en primera fila. Deseábamos que Mala nos viera y que supiese

que queríamos verla. No entendíamos nada. Mala avanzó orgullosa con la cabeza bien

79

alta. Detrás de ella iba el SS Johann Ruiters. Le ordenó que se detuviera a pocos pasos

de nosotras. Ella nos miraba, pero tuve la impresión de

que no nos veía, la expresión de

sus ojos era vaga y distante. Llegó Mandel, leyó algo que no comprendí, no la

escuchaba».

«La ejecución de Mala debía servir de ejemplo para evitar otros posibles intentos de

evasión», escribió el fiscal general Gideon Hausner en el proceso Eichmann. Es muy

posible que Mala fuera consciente de ello. «Sabía que, de una manera u otra, debía morir

fusilada, ahorcada o quemada. No quería seguir viva en manos de ellos. Pobre Mala,

nuestra grande, buena y valiente Mala», dice Suzanne Birnbaum. No hay un final feliz, el

círculo se cierra en los días en que Amberes es liberada por la decimoprimer división

británica y Salomon Zimetbaum sale de la cárcel en que los alemanes lo encerraron por

segunda vez el 16 de agosto de 1944 acusado de

activismo comunista.

La escena se ha narrado desde numerosos puntos de vista, a veces muy diferentes

entre ellos. Primo Levi habla también de ella en el libro *Los hundidos y los salvados*

cuando menciona el trágico epílogo de la empresa de Mala Zimetbaum, «generosa,

valiente, había ayudado a muchas compañeras y todas la querían». Lo que es seguro es

que en ese momento en la explanada principal del campo femenino hay una infinidad de

prisioneras alineadas en semicírculo. Están la comandante Maria Mandel, Johann Ruiters

y Drechsel, la que más se ensaña contra su antigua protegida, porque todos la culpan de

haberle concedido demasiadas libertades. La judía Mala había escapado gracias a los

privilegios que tenía y, quizá, sacó documentos que demuestran el exterminio, así que

deben castigarla de la manera más mortificadora y brutal posible, hay que destruir su

icono.

Raya Kagan recuerda a Mandel pidiendo para Mala un castigo espectacular. Alica

Jakubovic Roth dice que amenazó con quemarla viva. Las mujeres escuchan

apesadumbradas, rezan, algunas se muerden los labios para no llorar, muchas temen que

la represalia culmine con una selección indiscriminada, porque corre el rumor de que solo

se ha convocado a las judías para que presencien la ejecución. No todas han visto a

Mala, quien, según dice Fania Fénelon, que se encontraba en una de las primeras filas,

estaba *cubierta de sangre*: las que se han quedado rezagadas se preguntan unas a otras

qué está pasando.

Maria Mandel empuña un folio de papel e intenta

contener la satisfacción que siente

mientras pronuncia en tono solemne la acusación.

Suzanne Birnbaum escucha

sumamente apenada mientras piensa que nadie puede ayudar a Mala, que ha hecho tanto

por sus compañeras. «Mandel nos leyó un discurso: “Judías, esta noche os mostraremos

el ejemplo de la prisionera Mala, que quiso escapar pero la hemos vuelto a capturar.

Asistiréis a su ahorcamiento. Judías, a menos que queráis correr la suerte de Mala, no

intentéis escapar. Trabajad, estad tranquilas y no os haremos daño”». Cientos y cientos

de ojos hundidos vagan de la condenada al crematorio que, a sus espaldas, sigue

quemando cuerpos noche y día.

La partisana francesa Marceline Loridan-Ivens, que fue deportada el 13 de abril de

1944 en el mismo convoy que Simone Veil, es uno de los

pocos testigos que aún siguen

80

con vida. Pese a que no se relacionó directamente con Mala, la considera una heroína del

campo y habla de ella en su último libro *Y tú no regresaste*. De todo lo sucedido, la

escena de su muerte es la que vuelve de forma cíclica a su mente más de setenta años

después. «Jamás había visto a Mala antes de la noche de la ejecución, pero había oído

hablar de ella, en el campo la querían mucho. Recuerdo también la noche en que se fugó,

porque nos castigaron a todas. Convocaron a las judías delante de sus bloques y el

recuento duró casi toda la noche. No sé si estábamos de pie o de rodillas, pero nos

contaban una y otra vez. Nos alegrábamos por ella; la mayoría de nosotras no la conocía,

pero sabíamos que había ayudado a muchas prisioneras a

evitar la cámara de gas, así que

esperábamos que la fuga con el ario le saliera bien. Luego nos olvidamos de ellos.

Nuestro estado era lamentable, trabajábamos y vivíamos duramente. Queríamos contar

al mundo el exterminio, pero sentíamos que estábamos destinadas a morir y nos

preguntábamos si saldríamos por la puerta o por la chimenea. Tres semanas más tarde

los atraparon y los encerraron en la cárcel de Auschwitz, de cuyo horror solo supe años

más tarde. Luego llevaron a Mala a Birkenau para ahorcarla».

Marceline Loridan-Ivens, documentalista, escritora y activista política, es una mujer

peleona que no ha perdido su carácter rebelde con la edad y que al día siguiente de la

masacre de *Charlie Hebdo* se preguntaba en tono provocador en la radio cuántos

franceses habrían salido a la calle si solo se hubiera tratado de las víctimas del

supermercado *kosher*. Cuando llevan a Mala al lugar de la ejecución, ella está en primera

fila. «Habían mandado a las arias a sus bloques y a las judías nos habían reunido en la

plaza del *lager* B. Mala llegó en un carro arrastrado por otras prisioneras. Iba vestida de

negro y llevaba las manos a la espalda. El comandante Kramer gritaba anunciándonos lo

que nos sucedería si nos escapábamos. Repetía que fuera nadie nos creería, pero que, en

cualquier caso, ninguna de nosotras saldría viva del campo. Había también otro alemán

que insultaba a los judíos. En ese momento empecé a ver la sangre goteando en la

tarima. Los SS estaban hablando y no se daban cuenta, puede que alguien hubiera dado a

Mala la hoja de una navaja y ella se hubiera soltado las manos para cortarse las venas.

Luego se dieron cuenta, uno de ellos se volvió y le agarró un brazo. Ella lo golpeó en la

cara y después nos dijo en francés: “Escapé para contar al mundo lo que está sucediendo

a los judíos. No lo conseguí, pero la guerra terminará pronto, debéis seguir con vida para

dar vuestro testimonio”. Recuerdo perfectamente ese momento, nos obligaron a volver a

nuestros bloques, de donde nos prohibieron salir, y luego no supe nada más. Pero fue un

momento de gracia, ella dándonos esperanza y suplicándonos que resistiéramos para

contar lo ocurrido mientras los húngaros morían en la cámara de gas».

Varios testimonios aluden a que habría una horca en medio del semicírculo formado

por las mujeres al lado del bloque 4 —entre la sauna y la cocina, en el centro del sector

femenino—. Otras mujeres, como la ciega Katarina Grunsteinova Feldbauer, no

recuerdan ese detalle. Según Anna Palarczyk, la leyenda del patíbulo se difundió a través

de Wiesław Kielar después de la película de Wanda Jakubowska. Esta fue una directora

de cine judía, comunista y polaca que en la posguerra dirigió una densa trilogía sobre

Auschwitz, cuya primera película, *Ostatni Etap* («La última etapa»), fue rodada en 1946

81

en el campo recién liberado y termina con el ahorcamiento de Mala Zimetbaum.

En realidad, hubiera o no una horca preparada, por lo visto Mala no muere con la soga

al cuello. «Mientras Mandel hablaba, Mala, que estaba allí con la cara amarilla, hizo un

pequeño gesto y de improviso se cortó las venas de la muñeca izquierda», cuenta Ewa

Feldenkreis. Feldenkreis reconstruyó la escena en un dibujo que se conserva en el Museo

de Auschwitz: a la derecha se encuentra Maria Mandel, a la izquierda Johann Ruiters y

en el centro, un poco adelantada, está Mala, con la cara vuelta hacia las prisioneras,

pendientes de todas sus expresiones. Ruiters, que ve las facciones contraídas de las

mujeres, intuye que algo anómalo está sucediendo y se precipita hacia Mala. Le agarra

violentamente los brazos y luego le golpea la cabeza con el revólver. A Wanda

Marossyani le parece oír el ruido de los huesos rompiéndose con los golpes.

Giza sigue atentamente cada momento: las manos de Mala rebuscando en el pelo, la

navaja brillante entre sus dedos, el movimiento firme sobre la delgada muñeca. «Ruiters

nos vio y comprendió al vuelo. La agarró por detrás y ella se volvió y lo abofeteó. Él

gritaba: “¿Quieres ser una heroína? ¿Quieres matarte? ¡Nosotros debemos matarte, es

nuestro trabajo!”». Mala pierde sangre, se tambalea mientras Ruiters la sacude, se agita.

La prisionera de Bratislava Alzbeta Hellerova y su amiga Zosia Gromska se fuerzan

mutuamente a no desviar la mirada para que no deje de crecer su odio a los verdugos.

Aún no ha terminado.

Las prisioneras permanecen inmóviles en sus puestos, petrificadas. El resto de la

historia se acelera *in crescendo*. Los SS no pueden tolerar la rebelión extrema del

suicidio, hay que detener la hemorragia. Ruiters, que según algunos prisioneros tiene la

cara manchada con la sangre de Mala, debe vengar la afrenta. Los *kapos* ordenan a las

prisioneras que rompan filas. El caos se multiplica, vuelan insultos fuertes. Las

enfermeras corren de un lado a otro con vendas para salvar —aunque solo sea

momentáneamente— a la condenada a muerte. Mala, cada vez más débil, se desploma.

Se levanta y vuelve a caer como una marioneta desarticulada. Por último, pronuncia unas

frases que todas las testigos absorben y luego cada una evocará a su manera. ¿Puede

hablar aún? Algunas juran que sí. Giza la recuerda gritando: «Asesinos, ¡pagaréis por

esto! No temáis, chicas. El final está cerca. Lo sé porque he sido libre». Según cuenta

Louise Alcan, se dirigió a sus compañeras con estas palabras: «¡No os rindáis! ¡No lo

olvidéis nunca!». Fania Fénelon enfatiza su tono épico dirigido a un cielo crepuscular:

«¡Rebelaos! ¡Sois muchas! ¡Atacadlos!». El fiscal general israelí Gideon Hausner

observa que toda *la saga de Auschwitz* se encuentra en las últimas palabras de Maya tal

y como Raya Kagan las refirió en el proceso Eichmann: «Yo muero como una heroína,

vosotros moriréis como perros». Otras, por último, la describen en un estado tan

lamentable que solo a duras penas balbuceaba unos sonidos incomprensibles.

«Por aquel entonces se moría valerosamente, los polacos invocaban Polonia y los

comunistas la victoria», dice Anna Palarczyk. Asiste de cerca a los últimos instantes de

Mala: el enfrentamiento con las SS, el carro arrastrado por sus compañeras que la lleva al

crematorio. ¿Llegó consciente a la chimenea donde habían ardido sus padres, sus

sobrinos, su historia? Ewa Feldenkreis sostiene que a lo largo del trayecto hablaba con

82

sus compañeras, que lloraban, y les repetía que debían estar tranquilas porque el rescate

era inminente.

Se cuenta que antes de que la quemaran ingirió un veneno

que llevaba escondido. O

que un SS, movido por la compasión, le dio una dosis, o incluso que le disparó. Sea

como sea, murió. Anna Palarczyk siempre se ha mostrado convencida de que, si no

hubiera escapado, habría podido sobrevivir.

El final de Mala Zimetbaum es vago, confuso, mítico. «Se había convertido en un

personaje tan famoso que su muerte fue evocada después incluso por los que no la

habían conocido directamente, incluso por muchas supervivientes que no estaban en

Birkenau en ese momento, porque cualquiera del campo que hubiera asistido a la

ejecución de una mujer valiente pensaba que se trataba de Mala», explica Kazerne

Dossin, funcionaria del Centro de Documentación y Museo del Holocausto.

Si el hecho es pura crónica periodística, las circunstancias

en las que tuvo lugar se

tiñen de ficción. La horca. La navaja que le procuró el *kapo* Jakub el Grande o una

compañera eslovaca. Las prisioneras de religión judía convencidas de que fueron las

únicas a las que obligaron a asistir al espectáculo de la venganza cuando la violinista *aria*

Helena Dunicz-Niwińska —sentada en el sofá de su pequeño apartamento de la periferia

de Cracovia donde acaba de cumplir cien años— jura que ella también presenció la

muerte de Mala. Helena fue deportada el 30 de septiembre de 1943 con su madre,

acusadas de haber albergado a varios miembros de la resistencia en su casa de Leópolis.

No conocía personalmente a Mala, explica, pero esa noche de verano estaba allí, en la

explanada del campo femenino, una más entre las miles de espectadoras. Escuchó la

sentencia pronunciada en medio de un silencio sepulcral, percibió la conmoción de las

prisioneras y recuerda también la noticia de que Edek Galiński había corrido la misma

suerte.

Edek se despide mentalmente de Mala mientras recorre con sus carceleros el camino

que va de Auschwitz I a Birkenau. El destino lo aguarda en el sector masculino, el BIId,

el más próximo a las chimeneas. Según parece, muere el mismo día que Mala, pero

también en su caso los testimonios son contradictorios. ¿Fue el 15 de septiembre de

1944, cuando fueron ejecutados también otros cinco condenados: Józef Jasiński, Lucjan

Adamiec, Nikolaj Andrete, Iwan Rudeczko y Mieczysław Borek? ¿El 22 de agosto? Las

prisioneras que presenciaron la muerte de Mala recuerdan un segundo recuento

interminable, eco de aquel en el que ellas, vacilantes,
estuvieron alineadas, un tantán

infinito que retumba al otro lado del campo como una
señal, el réquiem por Edek

Galiński.

El paisaje ha cambiado. Ya no se trata de la celda del
búnker donde espera a oír el

ruido de la llave girando en la cerradura por última vez ni
de los pasillos que ha recorrido

interminablemente para acudir a los interrogatorios de
Boger. Ahora la mirada de Edek

abarca los bloques, entre los cuales se reunió con ella
durante un año y trazó con Kielar

el plan de fuga, el campo de los gitanos ya vacío, el
alambre de púas electrificado más

allá del cual está la libertad que, aunque haya sido tan
solo por un momento, ha podido

saborear. Mala está cerca, los dos se encuentran en
Birkenau.

Esa noche reúnen a los hombres en la explanada que se encuentra entre las cocinas y

la balsa para los incendios, donde lo espera el verdugo ya preparado. La noche anterior

Kielar no ha pegado ojo, dice que ha soñado con la ejecución de Edek; no logra quitarse

de la cabeza el último mensaje de su amigo, en el que le promete que los nazis no lo

tendrán vivo. ¿Qué piensa hacer? Kielar se abre paso entre los prisioneros, llega a la

primera fila, quiere acercarse lo más posible al barracón donde está Edek. Al cabo de un

rato, los SS abren la puerta. «Reinaba un silencio absoluto. Solo se oía crujir el

adoquinado bajo los pies de Edek, el hombre condenado que caminaba hacia la horca y

hacia el verdugo Jupp. Quería que me viera. Él avanzaba pálido, con la cara hinchada, y

escrutaba la multitud buscando caras conocidas. Estoy seguro de que me buscaba. Yo

estaba allí. Edek pasó tan cerca de mí que casi me rozó, habría bastado un susurro. Edek

se habría vuelto. Pero no sé qué me ocurrió. Estaba como paralizado. Y él pasó a mi

lado sin verme».

Edek camina con las manos atadas a la espalda con un alambre, deja atrás a sus

compañeros, sube solo al patíbulo. Las SS gritan: *Achtung!* («¡Atención!»). Un oficial

empieza a leer la sentencia en alemán. El protocolo prevé una segunda lectura antes de la

ejecución. Edek aprovecha el momento. Mete rápidamente la cabeza en la soga y tira de

una patada el taburete que tiene bajo sus pies. Kielar comprende: los nazis no lo tendrán

vivo. Se desencadena un pandemonio. Edek se balancea como un muñeco, pero sigue

con vida. Las SS ordenan al *kapo* Jupp Windeck que afloje la cuerda y que baje al

ahorcado, no puede matarse mofándose así de las autoridades del campo. Hay que leer

cuanto antes la sentencia: repite la versión alemana de un tirón e inmediatamente la

polaca. Edek inspira y, mirando a sus compañeros, grita: «¡Larga vida a Po...!», pero

Jupp lo interrumpe y aprieta el nudo corredizo. La palabra *Polonia* se apaga en los labios

lívidos de Edek y su cuerpo se contrae, se extiende, se balancea en el vacío.

En la explanada todos se quedan petrificados. Algunos se quitan la gorra en señal de

respeto mientras los vigilantes gruñen a los rebeldes. Zdzisław Lubowicki, el número

ciento veintiún mil quinientos diecisiete, recuerda a los SS agitados, proyectando su

ansiedad sobre los prisioneros. «Fue terrible. Estábamos rodeados por los SS, que nos

habían sacado de los barracones a toda prisa. Galiński gritó: *Jeszcze Polska nie zginę ła*

(“Polonia aún no ha desaparecido”)). Al igual que Mieczysław Jamka, muchos aún se

sienten fascinados por el epílogo de una historia que desconocen, pero cuya potencia

épica perciben.

Wiesław Kielar llora como un niño. Pasan los minutos, la reunión se disuelve a toda

prisa, igual que fue convocada. Los prisioneros se desperdigan por los bloques. Antes de

que pueda coger la taza de vodka que le ofrecen sus compañeros, alguien entra a

buscarlo. «Me explicaron que querían verme en la oficina del director, que no debía

temer nada, que solo querían darme las cosas de Edek». Cuando llega allí encuentra a

Jupp Windeck —el *kapo* que había atado las manos a Edek— y al *Rapportschreiber*

Kazimierz Gosek. «Gosek me dijo que mi amigo había muerto y que si yo hubiera

escapado, como pretendía hacer, también habría acabado mal, pero que no debía

preocuparme, porque Edek no me había delatado». Kielar percibe respeto en las palabras

84

que oye pronunciar al otro lado de la mesa. En el fondo, Edek ha protegido a sus

cómplices desafiando la tortura y la muerte, mientras algunos SS son capaces de vender

su uniforme a los prisioneros por un poco de oro. Quizá por eso Jupp le entrega un

paquete en el que aparecen los nombres de Mala y Edek escritos en la hoja de un

periódico alemán, un mechón de pelo de él y un largo rizo de ella. La última voluntad de

Edek es que su amigo conserve todo y que cuando termine la guerra se lo lleve a su

padre, pues espera que aún siga vivo. Kielar vuelve al vodka que ha dejado encima de la

mesa con el ánimo más pesado que el paquete que lleva entre las manos.

Mala y Edek ya no están. Hablan de ellos, lloran por ellos. Algunos, más tarde, osan

criticarlos: fueron unos inconscientes, pecaron de ligereza, imaginaban que iban a poder

movilizar un fantasmagórico ejército de liberación del que, sin embargo, no hay el menor

rastro. Luego, el sucedáneo de vida al que todos están sometidos se impone. El 6 de

septiembre de 1944 llega a Birkenau Anna Frank, quinientos cincuenta de los deportados

que viajan en el mismo convoy que ella van de inmediato a la cámara de gas. Veinte días

más tarde, el delegado de la Cruz Roja Internacional Maurice Rossel, tras una visita a

Theresienstadt, es recibido por el comandante de Auschwitz. En 1999 explicó al director

de cine Claude Lanzmann que no se dio cuenta de que era un campo de exterminio.

Mientras Rossel mira alrededor sin entender, los hombres del *Sonderkommando*

organizan con sus compañeras de la resistencia la gran y desesperada revuelta del 7 de

octubre.

La guerra casi ha terminado, pero el campo sigue triturando hombres, mujeres y niños.

Charles Sand también está en Birkenau cuando matan a Mala. El 28 de enero de 1945

Charles es deportado de nuevo a Gross-Rosen, a Dachau y de allí a Mühldorf. Cuando a

finales de abril los estadounidenses entran en este subcampo, dedicado a la fabricación de

armas, encuentran a varios cientos de supervivientes. Charles Sand no está entre ellos.

Una noche, hace unos años, mientras los vigilantes del Museo de Auschwitz-Birkenau

hacían la ronda rutinaria por el campo madre, encontraron dos imágenes en blanco y

negro, una al lado de la otra, a los pies del muro de los fusilamientos, donde los visitantes

suelen dejar flores, velas y mensajes. Las imágenes llamaron su atención, por la mañana

no estaban y en ese momento se podían ver con toda claridad. Ese día habían visitado el

campo muchos grupos procedentes de Bélgica. Alguien había dejado las fotos de Mala

Zimetbaum y Edek Galiński a la sombra del búnker 11.

85

Epílogo

Una historia olvidada

Para ilustrar cuán desesperada empresa era una fuga, aunque no solo con este fin, recordaré la tentativa

de Mala Zimetbaum, pues me gustaría que quedase memoria de ella.

Primo Levi, *Los hundidos y los salvados*

Malka vive hoy en Tarragona, en España. Trabaja en la Universidad Rovira i Virgili,

donde estudió Derecho Medioambiental. Aún no tiene hijos, pero afirma que le gustaría

tenerlos. Y si tiene una hija la llamará Mala, como ella y como su madre.

«Conocía el origen de mi nombre, que en hebreo significa “reina”, pero no supe nada

de la hermana de mi bisabuela hasta que en el instituto la profesora nos pidió que

hiciéramos una redacción sobre una persona de nuestra familia a la que consideráramos

admirable y yo pedí ayuda a mi madre», cuenta por teléfono Malka San Lucas. En 2000,

Malka es una estudiante de quince años de Guayaquil, el principal puerto de Ecuador,

conocido como *la perla del Pacífico*. Su bisabuela es Gitla *Gusta Abramowicz*

Zimetbaum, la mayor de las hermanas de Mala, la única que logró escapar de Bélgica

con su marido y con la pequeña Jeannette justo después de la invasión alemana.

Malka apenas sabe nada de su abuela Jeannette, porque esta se fue a vivir a Israel y

dejó de tener contacto con Ecuador antes de que ella naciera, y en la familia nadie tiene

ganas de contar su historia.

Su madre le explica que las dos llevan el nombre de Malka Zimetbaum, llamada Mala,

la tía a la que se parece tanto en la foto que ha puesto en su perfil de Facebook. «Me

gustaría haber escuchado la historia con todo detalle, pero no teníamos más que los

recuerdos de Jeannette, las copias de los documentos de aquella época y varias fotos.

Jeannette aún no había cumplido diez años cuando emigró con sus padres a Ecuador. Su

verdadero nombre era Jachwet, pero en el registro le dijeron que la versión española de

Jachwet o Jeannette era Juanita, así que la llamaron Anita. No podía dirigirme a ella para

hacer la redacción que me habían pedido en el instituto porque nunca había querido

relacionarse con nosotros. Así pues, busqué en internet, me puse en contacto con el

experto Lorenz Sichelschmidt, que había escrito sobre Mala, y este me mandó muchos

detalles preciosos. Después crucé la información que me había procurado mi madre con

la que yo había encontrado en internet. Al final, presenté a mi profesora un trabajo

86

excelente. Con todo, sé que el puzle está incompleto, hay muy pocos datos y aún quedan

muchas piezas perdidas. Además, mi madre ha muerto mientras tanto. Cuando me instalé

en España, en 2012, fui a Amberes. Mi bisabuela Gitla también había regresado al

terminar la guerra y había descubierto que casi toda su familia había sido exterminada.

Quería ver los lugares por los que había pasado Mala y su casa en Marinisstraat con la

placa que habían puesto en la puerta en 1948. Sigo preguntándome por qué una mujer

como ella, que fue una gran heroína de Auschwitz, no es tan conocida como, por

ejemplo, Anna Frank».

¿Qué queda de Mala Zimetbaum? «Su martirio ha caído casi por completo en el

olvido. No hay monumentos ni sellos dedicados a Mala, solo una pequeña placa en la

casa de Amberes donde vivió», escribió en 1998 el exdirector del *The Jewish Time*,

Stephen G. Esrati. A casi veinte años del artículo publicado en la revista *Idea: a Journal*

of Social Issues, Esrati admite que no se explica el motivo. «Hoy en día sabemos que el

padre de Anna Frank escribió buena parte de su *Diario*. Mala no fue tan afortunada».

Así es, ni siquiera en la red se encuentra mucho: dos ensayos —uno escrito por un

psicólogo francés y otro por un psicolingüista alemán—, el nombre y el número de

prisionero de Edek Galiński en las paredes de las celdas del búnker 11 —hoy cerradas—,

un mechón de pelo y el retrato a lápiz que se encuentran en el museo estatal de

Auschwitz-Birkenau —pero sin exponer—, varias citas fugaces en los libros de los

supervivientes —entre los que se encuentra Primo Levi—. Además hay un par de textos

teatrales, la película de 1947 *Ostatni Etap* —en la que la directora polaca Wanda

Jakubowska hace que los exdeportados se interpreten a sí mismos y Mala se llama Marta

Weiss—. Pero en los más de tres millones de documentos sobre la historia de los judíos

de Bélgica que conserva el Museo Judío de Bélgica, el que el terrorista Mehdi

Nemmouche asaltó en 2014, no hay nada; en los archivos del Holocausto hay

poquísimo, exceptuando en Auschwitz, y ni siquiera se menciona de pasada en la

enciclopedia *Jewish Resistance*, de Reuben Ainsztein. Sobre Edek, un personaje

igualmente excepcional, aún hay menos.

¿Por qué los nombres de Malka Zimetbaum y Edward Galiński solo resultan familiares

a los expertos, mientras que la mayoría los desconoce?

¿Pagan por el escándalo que

suponía el amor entre una judía y un católico polaco, fruto de un ambiente no inmune al

antisemitismo? ¿Se debe a que trabajaban para la administración del *lager* y por ello

gozaban de unas condiciones mucho mejores que las de los demás? ¿Es porque no

intentaron acciones titánicas como la revuelta del *Sonderkommando*, sino solamente una

fuga que puede parecer romántica? ¿Se debe a que colaboraron con los distintos grupos

de la resistencia interna, pero sin afiliarse a ninguno de ellos? ¿Es por la pasión física que

los unió en el horror de Birkenau, el paradigma del genocidio respecto al cual todo lo que

desvía la atención es tabú? Según la socióloga Carol Mann, Mala Zimetbaum no figura

entre las heroínas de Auschwitz, como Marie-Claude Vaillant-Couturier y Lucie Aubrac,

debido al insistente prejuicio que existe sobre la presunta pasividad judía frente al

Holocausto. Sea cual sea la razón, la historia de Mala y Edek ha llegado hasta nosotros

gracias al testimonio oral de los que los conocieron. Y muchos de ellos han muerto.

«Recuerdo que salí un poco enojado del Museo del Holocausto de Washington porque

en él no hay nada sobre Mala», dice en el chat Pedro Ceballos, el primo de Malka San

Lucas.

Pedro tiene treinta y tres años, es un abogado penalista especializado en fraudes

fiscales, no conoció ni a su bisabuela Gitla —que murió diez años antes de que él naciera

— ni a su abuela Jeannette *Anita*, que emigró a Israel en 1975. Pero, al igual que a su

prima, le encanta contar lo que ha aprendido de manera fragmentaria. «Durante la

Segunda Guerra Mundial y también después, muchos judíos lograron huir a Estados

Unidos. Entre ellos estaban mi bisabuela Gitla Zimetbaum, su marido, Fawel

Abramowicz, y su hija, Jeannette, mi abuela. Una vez

instalados en Guayaquil, mi

bisabuelo emprendió con éxito una actividad comercial;
mi bisabuela, en cambio,

enfermó gravemente de esquizofrenia, así que él acabó
fundando una nueva familia con

una mujer ecuatoriana. Habían escapado entre 1939 y
1940, antes de las deportaciones.

Pero cuando, terminada la guerra, Gitla volvió a Bélgica,
vio que ya apenas quedaba

nadie y, poco a poco, fue perdiendo la lucidez. Pasó sus
últimos años en un hospital

psiquiátrico y por lo visto repetía frases como “El gas está
llegando” o “Hitler viene a

matarme”».

Gitla murió en 1971 en Guayaquil, donde está enterrada.
Fawel murió después. En

1975, a raíz de una crisis con su marido, su hija Jeannette
abandonó el país y, tras pasar

una temporada en Bélgica, se instaló en Safed, en Israel.

Pedro nació en 1982 y en la

adolescencia empezó a oír hablar de Mala. «Gitla nunca habló de su hermana. Todo lo

que tenemos de Mala, incluidas las fotos, nos lo dio la abuela Jeannette antes de

marcharse. Nos decía que Mala era una joven dulce, con un corazón de oro, dedicada a

la familia, pero también brillante en el colegio y muy atlética, y que tenía personalidad de

líder, así que se imponía allí donde iba. Hablaba muchos idiomas y eso le permitió tener

una posición privilegiada en Auschwitz. La versión familiar siempre fue la del suicidio,

que ella se había quitado la vida antes de que los SS pudieran matarla. Además estaba la

relación que vivió con Galiński, ella y Edek estaban profundamente enamorados. A decir

verdad, no me sorprende que Mala quisiera a un hombre que no era judío, porque mi

abuela hizo lo mismo, se casó con mi abuelo pese a que podía elegir en el interior de la

comunidad judía, que en aquella época era muy numerosa en Ecuador».

El olvido en el que ha caído Edek se debe a que su familia siempre se ha negado a

hablar sobre él, *culpable* de no haber sobrevivido a Auschwitz a causa de un amor

reprobable. Los que a lo largo de estos años han intentado recomponer el puzle de su

breve vida, pero tan marcada por la resistencia como por la pasión que sentía por Mala,

siempre han encontrado las puertas cerradas. En cambio, la historia de Mala se

ensombrece en parte por el hecho de que los Zimetbaum desaparecieron casi por

completo durante el conflicto. La cuestión no es contar, sino existir. La familia se

disemina y la memoria se desintegra. Mala, sus padres, sus sobrinos, los que conocieron

el campo de exterminio ya no existen. Solo quedan los que evitaron la deportación, el

hermano Salomon, la hermana Jochka y su marido Ifrahim, Gitla, que vive en Ecuador

desde antes de que arrestaran a Mala.

88

Según los documentos oficiales que recogen los desplazamientos de Gitla hasta el

cementerio de Guayaquil, esta se separó muy pronto de su hermana, diez años menor

que ella. En 1932 se casó con Fawel Abramowicz, un zapatero que había emigrado hacía

dos años desde Polonia, donde tuvo que dejar alguna cuenta pendiente, porque las

autoridades belgas recibieron varias solicitudes de extradición por una condena que nunca

llegó a cumplir. No está claro si lo buscaban por tráfico de dinero falso o si el motivo era

otro, porque, pese a que lo absolvieron de la acusación de

estafa, su vida en Amberes no

fue fácil; hasta tal punto que a finales de 1935, dos años después del nacimiento de

Jeannette, solicitó un visado para Brasil, partió y poco tiempo después se marchó a

Ecuador. Gitla se reunió con él unos meses más tarde, mientras Mala y los demás iban

siendo marginados poco a poco y finalmente acabaron inscritos en el registro de los

judíos de Borgerhout. Gitla volvió a Amberes en 1949 con su pasaporte ecuatoriano

recién estrenado.

Concluida la guerra, según cuenta Pedro, Gitla se reencontró con Jochka y con

Salomon, pero no con el pasado. Su familia había dejado de existir y Gitla no tenía

ningún motivo para quedarse; así pues, pidió al consulado belga que le prorrogara el

visado, pero solo el tiempo necesario para que su marido

le enviara dinero para el viaje

de vuelta. Se había marchado antes de la guerra y cuando regresó tenía que abrirse paso

entre los escombros. «La abuela Jeannette estaba en contacto con la familia de Amberes

desde antes de su muerte, pero sobre todo fue después de marcharse cuando reforzó los

vínculos con ellos. Cuando Jeannette se marchó, ni la generación de mi padre ni la mía

seguimos teniendo relaciones con Bélgica. Sus hijos la llamaban a Israel hasta los años

ochenta, pero luego desapareció. Cuando mi padre murió, en 2010, mi hermano Óscar

fue a buscarla a Israel. La encontró con buena salud y charlaron cordialmente unos

veinte minutos, pero ella le confesó que no echaba de menos Ecuador ni tampoco a sus

nietos, a los que no conocía. A partir de ese momento, no respondió siquiera a las

llamadas telefónicas. Cuando pienso en Mala, pienso que mi abuela, en caso de que siga

viva, es lo último que nos une a ella».

La otra hermana de Mala, Jochka, murió hace pocos años en Amberes. Pese a que

cambió de casa, siempre vivió cerca de Berchem, en la misma zona que antes del

conflicto. Es verosímil que ella y su marido, Efraim, se escondieran en Bruselas hasta la

liberación de Bélgica y que después regresaran a su casa. El 25 de marzo de 1945 los dos

aparecieron en la lista de la ONU de los refugiados, dos inmigrantes polacos que a partir

de 1929 habían vivido siempre en Bélgica, salvo una interrupción durante la guerra por

causas de fuerza mayor.

Jochka, que enviudó en 1976, era la que mejor recordaba a Mala y participaba

siempre en las conmemoraciones de los supervivientes, a

pesar de que debía ocuparse

sola de su único hijo, Paul Nephtali, nacido en 1955 en Gante. El año anterior ella y

Efraim habían conseguido el estatuto de *refugiados políticos*. Junto a su hermano

Salomon, también refugiado político desde 1954, intentó durante mucho tiempo obtener

para Mala el mismo reconocimiento a título póstumo, pero en 1957 el Ministerio de

Sanidad y Familia cerró el expediente y negó este derecho a Mala.

89

«Mala fue muy famosa entre 1945 y 1947. Las antiguas deportadas hablaban a

menudo de ella y llamaban *Mala* a sus hijas. Se decía que habría podido sobrevivir, pero

que había arriesgado todo para dar a conocer al mundo el exterminio. Luego, sin

embargo, surgieron otras prioridades, prevaleció la

necesidad de reconstruir y se hizo

realidad el milagro del nacimiento del Estado de Israel, así que nadie tenía ya ganas de

escuchar los recuerdos de Auschwitz», cuenta Léon Schummer. Además, la historia de

Mala y Edek genera división: «Las antiguas deportadas de Amberes estaban muy unidas

a Mala. Se desvivían por perpetuar su gesta con la ayuda de su hermana Jochka, que

murió hace unos años dejando un único hijo problemático. Consiguieron reunir dinero

suficiente para construirle un monumento, lo recuerdo perfectamente: era de cristal y su

nombre estaba escrito en hebreo. Lo pusieron a la entrada de una sinagoga de

Oostenstraat, en Borgerhout, el barrio de Mala; pero al cabo de una semana había

desaparecido. Los religiosos no lo querían, lo quitaron porque había vivido un amor

impuro con un hombre que no era judío». Pasan los años.
En 1944 Léon Schummer

preside el B'nai B'rith de Amberes. Una superviviente le
pide algo más que la simple

placa del barrio que hoy en día es sede de otro gueto y él
le dedica la sala que en la

actualidad se sigue llamando Lodge Mala Zimetbaum.

«Mala era una figura inquietante para sus verdugos, pero,
de alguna manera, turba

también los recuerdos de las víctimas, a la gente no le
gusta oír su historia», observa

Charles Sand, el nieto de Charles. Una funcionaria del
Museo Kazerne Dossin de

Malinas añade que, además de la relación, ya de por sí
complicada, entre una judía y un

polaco, el hecho mismo de hablar de amor en Auschwitz
resulta muy difícil de aceptar,

por no decir imposible, para los protagonistas: «Entre los
supervivientes prevaleció

durante mucho tiempo una especie de sentimiento de autodefensa, ninguno hablaba de

placer en el campo, era tabú. Pero la verdad es que hubo momentos de placer, o de

distracción, que ayudaban a los prisioneros a distanciarse de su situación. Cuando estos

momentos de placer desaparecían, a los prisioneros solo les quedaba el alma, se

transformaban en musulmanes y morían».

Los prejuicios y omisiones son iguales en el caso de Edek. Cuando, el 29 de enero de

1968, Wiesław Kielar se presentó en el Museo de Auschwitz-Birkenau diciendo que tenía

una historia que contar, dejó también encima de la mesa del que estuvo dispuesto a

escuchar su testimonio el paquete con el que cargaba desde hacía casi un cuarto de siglo.

Dentro del paquete amarillento estaba la huella del tiempo, que se había detenido en el

verano de 1944.

Al terminar la guerra, Kielar fue a buscar al padre de Edek para cumplir con la última

voluntad de su amigo y entregarle lo que su hijo consideraba su vida. Pero se encontró

con un muro. El viejo Galiński no quería saber nada de los dos mechones de pelo

90

envueltos en un folio donde Edek había escrito: «Mally Zimetbaum, diecinueve mil

ochocientos ochenta. Edward Galiński, quinientos treinta y uno». No tenía la menor

intención de escucharlo. Odiaba a la judía, porque, de no haber sido por ella, Edek

habría sobrevivido, como casi todos los prisioneros políticos polacos que superaron las

enfermedades y los trabajos forzados. También detestaba a los compañeros de Edek,

porque, en su opinión, no habían hecho nada para

disuadirlo. Estaba desesperado,
furioso, se negó a razonar. Murió poco tiempo después.

«En Yad Vashem y en otros memoriales se recuerda a
Mala mucho menos de lo que se

merece», admite Paulette Sarcey. Para ella y sus
compañeras fue mucho más que un

punto de referencia, porque las ayudaba y las animaba a
no ceder. «Recordamos durante

mucho tiempo su ejecución. Después de la fuga creíamos
que se salvaría. Lo había

planificado todo y yo estaba convencida de que lo
conseguiría porque hablaba polaco. Lo

esencial allí era sobrevivir para atestiguar un día tras otro.
Yo también pensé en escapar

durante la marcha de la muerte que tuvo lugar en enero de
1945. Pensaba en lo que

habría hecho Mala en esas circunstancias, pero no hablaba
polaco y no habría tenido

ninguna posibilidad. No obstante, cuando nos liberaron y

el tren que nos devolvía a casa

se detuvo en Bruselas, dije a los de la Cruz Roja: “Tenéis una heroína belga

extraordinaria: Mala, la recadera”». Según Paulette, la única explicación para el silencio

que existe en torno a Mala es Edek, el polaco Edek. «Algunos se obstinan en considerar

a Edek un ario porque los eslavos contribuyeron a eliminar a los judíos. Sin lugar a

dudas, Mala no es famosa por esto. La verdad es que no puedes conmemorarla sin

recordarlo a él».

El resultado es un doble olvido que notan, sobre todo, los testigos de religión judía, los

más activos en la tutela de la memoria; como el historiador Henry Bulawko, que murió

en 2011 en París, donde presidía la Unión de los Deportados de Auschwitz. «Me crucé

con Mala en una ocasión en el campo y en otra la vi de

lejos. Fui uno de los poquísimos

hombres que asistió, aunque de lejos, a su ejecución. Mala Zimetbaum protagonizó una

aventura excepcional, pero cuando pronuncio su nombre nadie se inmuta. Una vez hablé

de ella en un congreso en Jerusalén y no observé ninguna reacción».

Halina Birenbaum confirma que Mala no es nada popular entre los connacionales

militares con los que se reúne regularmente para hablar del Holocausto. «En Israel

apenas la conocen. En primer lugar, porque tuvo una relación amorosa con un polaco

que no era judío y eso es motivo de sospecha; alguien incluso ha insinuado que le dieron

el trabajo de recadera porque al principio fue amante de un comandante alemán. En

segundo lugar, porque Mala no militó en la resistencia judía como hizo, por ejemplo,

Róza Robota, quien ayudó a transportar las armas para la revuelta del *Sonderkommando*.

Aquí, en Israel, solo se aprecia a los combatientes, el heroísmo se mide por el número de

91

alemanes que se mataron empuñando las armas y no por la cantidad de pan que se dio a

los que no tenían nada. Pero yo sé cómo era la vida en el *lager* y el valor que se

necesitaba para robar pan para los que se morían de hambre». En 1972, las exdeportadas

de Amberes lograron que el Yad Vashem participara en la creación de un fondo Mala

Zimetbaum. La primera beca se asignó a un investigador israelí de origen belga, Arié

Riesel, pero ahí acabó la iniciativa. Hoy en día, el nombre de Mala Zimetbaum en Israel

no evoca nada.

No evoca nada ella, que socorrió a los demás prisioneros

valiéndose de su posición

privilegiada. Tampoco él, que hacía lo mismo antes incluso de conocerla; ni su amor, la

fuga, la muerte intrépida a pesar de las torturas, los personajes tan intrigantes que los

rodearon —como el SS Edward Lubusch, el *kapo* Jakub el Grande, el alicatador

Szymlak—. No evoca nada la relación entre una judía y un ario que, según observa

Marceline Loridan-Ivens, «no era cualquier cosa». Si un pilar de la memoria del

Holocausto como Simone Veil no la hubiera definido como «una heroína ejemplar»,

cabría sospechar un lado oscuro, algo no dicho, alguna forma de colaboración menos

edificante con los nazis que justificase este olvido. En cambio, no es así. Cuando

pregunto a Léon Schummer si, por casualidad, Mala no podría haber estado, de alguna

forma, en la zona gris, este da un respingo en su silla:
«¡Eso ni en broma! El

comportamiento de Mala siempre fue ejemplar, todos los
supervivientes dicen maravillas

de ella».

Mala y Edek representaban para sus compañeros del
campo la victoria de la humanidad

sobre la ferocidad. Pero, al mismo tiempo, es cierto que
en la posguerra, a cierta

distancia ya del infierno, fue notándose cada vez más su
naturaleza atípica, irregular, eran

demasiado diferentes para la memoria no compartida.
Mala y Edek rompían todos los

esquemas. Por un lado, afirma Gérard Huber, pusieron
en tela de juicio el aspecto

psicopolítico del nazismo, «que se fundaba en la
distinción entre hombres y

subhombres». Los dos podrían haberse convertido en
colaboracionistas y prefirieron ser

opositores camuflados; no rechazaron la zona gris, sino que la usaron para mantener «la

irreprimible separación entre verdugos y víctimas». Mala y Edek trabajaban con los nazis

para ayudar a los deportados. Por si fuera poco, se eligieron el uno al otro sin importarles

sus correspondientes bagajes políticos y, de alguna manera, anularon la diferencia que

existía entre la resistencia polaca y la resistencia judía, que subraya el historiador Ben

Mark: los primeros podían aguardar a que llegara el momento propicio para actuar; los

segundos, en cambio, debían rebelarse cuando podían o resignarse a morir. Mala y Edek

unieron lo que la ideología había dividido incluso durante el exterminio.

El motivo de que la figura de Mala Zimetbaum sea desconocida no es solo uno. En

opinión de Lorenz Sichelschmidt, de alguna forma se la conoce. Pero, según dice, de

forma más sustancial: «Hay algunos espectáculos (como el que puso en escena Max

92

Leavitt en Los Ángeles en 2008 o el musical griego que dirigió Nikos Karvelas), el B'nai

B'rith de Amberes, una beca y una ceremonia anual. Pero, aún más importante, existe

una suerte de herencia del estado mental que perpetúan muchos de los que descubren la

historia de Mala Zimetbaum, una herencia de actitud. En la actualidad, Mala se

encontraría, probablemente, entre aquellos que ayudan a los desesperados que huyen de

Oriente Medio y llegan a Lampedusa o a cualquier otro lugar, entre los activistas israelíes

de Peace Now, entre los sostenedores de Médécins y Reporters Sans Frontières. En este

sentido, ella sigue siendo un ejemplo excepcional de humanidad y de justicia más allá de

la muerte y su herencia es más concreta que la simple popularidad que se puede medir

por el número de perfiles de Facebook dedicados a ella».

«Los recuerdos, incluso los colectivos, se construyen de forma diferente en cada uno de

nosotros», explica Marceline Loridan-Ivens. Jura que guardará la memoria de Mala

Zimetbaum mientras viva. Poco importa que Mala sea o no un personaje famoso, porque

no todos los grandes tienen el puesto que se merecen en la historia. *C'est comme ça la*

vie.

93

Agradecimientos

Me he sentado a la mesa para escribir los agradecimientos y me he dado cuenta de que

no sé por dónde empezar. Si bien soy yo la que lo firma, este libro no existiría sin *el*

cordón sanitario que durante meses me ha asistido tanto profesional como

afectivamente.

No creo que desmerezca a nadie si empiezo por la directora de la editorial del museo

estatal de Auschwitz-Birkenau, Jadwiga Pinderska-Lech, a quien manifiesto mi eterno

reconocimiento y amistad no solo por el valiosísimo trabajo de asesoramiento, sino

también porque —con su aparente timidez y reserva— me abrió las puertas de un mundo

de historias, emociones, sentimientos, calor humano y memoria inmortal.

Junto a Jadwiga debo mencionar a quien me la presentó, es decir, el segundo pilar del

libro: Michele Curto, político, historiador, activista de cualquier causa por la que valga la

pena luchar, el amigo que me acompañó físicamente en los lugares por los que habían

pasado Mala y Edek y que puso a mi disposición sus excelentes conocimientos sobre

Polonia, asentados en el Erasmus que realizó a principios de este siglo, cuando ningún

estudiante italiano elegía Cracovia.

Luego vienen las personas queridas, comprensivas, pacientes, presentes. Mi hija

Eleonora, a la que dedico este trabajo, que cuando aún no había cumplido cuatro años

entró conmigo en Birkenau. Mi hermana Paola, quien durante la visita —el día de su

cumpleaños— vigiló la resistencia emocional de su sobrina a la vez que lloraba detrás de

sus gafas. Alessandro Federico y Emanuele Gabrielli, los tíos preferidos de Eleonora y

unos caballeros valientes para mí. Mis padres, que soportan y alivian cualquier problema.

Eric Jozsef siguió el desarrollo de la historia una página tras otra, una cita tras otra, cada

nombre, cada fecha, cada documento, como si Mala Zimetbaum fuera de su familia. Y

Brenda Dacumos, porque las tatas son importantes para los niños, pero Brenda también

es importante para la madre.

Gianni Riotta, mi maestro, al que respeto y no dejo de agradecer la deuda impagable

que tengo con él tanto intelectual como profesionalmente.

Chantal Sand y su padre, Charles, un doble y excepcional encuentro que me permitió

acceder a los recuerdos de Charles, otra historia de amor dentro de la historia de amor.

Mi agradecimiento también al historiador Umberto Gentiloni Silveri y al director del

Museo de la Shoah de Roma, Marcello Pezzetti, una autoridad frente a la cual lo único

que podemos hacer es callar, escuchar y aprender.

Francesco Mancini, Jacopo Iacoboni y Edoardo Sassi son los amigos que leyeron y

releyeron con ojo crítico para detectar cualquier error, errata o incongruencia. Y también

94

Anna Lombardi, Francesca Sforza, Pedro Ceballos, Malka San Lucas, Lorenz

Sichelschmidt, Wanda Hutny —del Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau—, Misha

Mitsel —del JDC Archive de Nueva York—, Laurence Schram —de Kazerne Dossin—,

Carol Mann, los amigos del Yad Vashem, de Holocaust Survivors and Victims Resource

Center y de United States Holocaust Memorial Museum, Stephen G. Esrati, John Paul

Leavey y la editora Luna Orlando, que tiene una enorme paciencia.

Y en último lugar, pero solo para que las últimas palabras del libro estén dedicadas a

ellos, los supervivientes con los que tuve la fortuna de hablar, unos hombres y mujeres

dotados de una fuerza extraordinaria, capaces de mostrarte con una sonrisa las heridas de

la historia que no pueden cicatrizar y agradecerte que los hayas escuchado.

95

Bibliografía

DOCUMENTOS DEL ARCHIVO DE AUSCHWITZ,
TESTIMONIOS

Relacje dot. Mali ZIMETBAUM (NR. 19880)

Oswiadczenia:

t. 29 k. 4

t. 50 k. 155

t. 64 k. 81-83

t. 69 k. 133

t. 71 k. 86

t. 83 k. 22-22

t. 89 b k. 19, 67, 130-131

t. 97 k. 90

t. 104 k. 80-81, 83, 163

t. 116 k. 31, 79, 101-103, 113

t. 124 k. 161

t. 137 k. 211, 237-238, 248

t. 141 k. 139-147

Relacje dot. Edwarda GALINSKIEGO (NR. 531)

Oswiadczenia:

t. 8 k. 1164-1172

t. 60 k. 112, 164, 168

t. 64 k. 81-83

t. 75 k. 70, 78

t. 89b. k. 130

t. 92 k. 238

t. 104 k. 163

t. 114 k. 217

t. 116 k. 102

t. 118 k. 275, 291

t. 132 k. 31

t. 137 k. 75, 231, 237-238, 241-242

t. 139 k. 105, 129, 165-166

t. 141 k. 141-145

96

t. 147 k. 106

Wspomnienia:

t. 9 k. 73-75, 77-94, 97-99, 101-126

FUENTES SECUNDARIAS

R. Ainsztein, *Jewish Resistance in Nazi-Occupied Europe*, Barnes & Noble, Londres,

1974.

H. Arendt, *Eichman en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Lumen,

Barcelona, 2001.

—*Los orígenes del totalitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2015.

S. Birnbaum, *Malla la Belge*, Amicale des Déportés d'Auschwitz, París, 1946.

— *Une Française juive est revenue*, Éditions du Livre Français, París, 1946.

A. Crya, «The Romeo and Juliet from Birkenau», en *Pro Memoria*, 5-6, Information

Bulletin of the Auschwitz-Birkenau State Museum and the Memorial Foundation for

the Commemoration of the Victims of Auschwitz-Birkenau Extermination Camp,

Polonia, 1987.

D. Czech, *Auschwitz Chronicle*, Henry Holt and Company, Nueva York, 1987.

L. Dawidowicz, *The War Against the Jews: 1933-1945*, Bantam Books, Nueva York, 1979.

H. Dunicz Niwin'ska, *One of the Girls in the Band*, Archivo Estatal Auschwitz-Birkenau, 2014.

S. Evangelisti, *Auschwitz e il New Humanism. Il Canto di Ulisse delle vittime della ferocia nazista*, Armando Editore, Roma, 2009.

F. Fénelon, M. Routier, *Soursis pour l'orchestre*, Stock, París, 1976 (traducción al castellano: Fania Fénelon, *Tregua para la orquesta*, Noguer Ediciones, Barcelona, 1981).

H. Fried, *The Road to Auschwitz. Fragments of a Life*, Robert Hale, Londres, 1990.

U. Gentiloni Silveri, *Bombardare Auschwitz. Perché si poteva fare, perché non è stato*

fatto, Mondadori, Milán, 2015.

M. Gilbert, *The Holocaust, the Jewish Tragedy*, Collins, Londres, 1986.

I. Gutman, M. Berenbaum, Y. Gutman, *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, US

Holocaust Memorial Museum, Indiana University Press, Bloomington (Indiana), 1998.

G. Hausner, *Justice in Jerusalem*, Herzl Press, Nueva York, 1977.

R. Hilberg, *La destrucción de los judíos europeos*, Ediciones Akal, Madrid, 2005.

G. Huber, *Mala. Une femme juive héroïque dans le camp d'Auschwitz-Birkenau*,

Éditions du Rocher, Mónaco, 2006.

Kazerne Dossin Memorial, Museum and Documentation Centre on Holocaust and

Human Rights, *Holocaust & Human Rights*, Kazerne Dossin, Malinas, 2012.

D. Kranzler, *The Man Who Stopped the Train to*

Auschwitz, Syracuse University Press,

97

Siracusa, 2000.

M. Jack, «The Angel of Auschwitz: Mala Zimetbaum»,
en *Jerusalem Post*, 1972.

H. Langbein, *Against all Hope. Resistance in the Nazi
Concentration Camps*,

Continuum, Nueva York, 1980.

— *People in Auschwitz*, The University of North Carolina
Press, Chapel Hill, Londres,

2004.

P. Levi, *Los hundidos y los salvados*, Personalía de
Muchnik Editores, 2000 (traducción

de Pilar Gómez Bedate).

— *Si esto es un hombre*, El Aleph Editores, 2012.

M. Loridan-Ivens, *Y tú no regresaste*, Publicaciones y
Ediciones Salamandra, Madrid,

2015.

C. Mann, *Women in War*, AAWW Educational Foundation Symposium, Washington,

2002.

B. Mark, *Des voix dans la nuit. La résistance juive à Auschwitz-Birkenau*, Plon, Paris,

1982.

D. Michman, *Belgium and the Holocaust. Jews, Belgians, Germans*, Yad Vashem,

Jerusalén, 1998.

S. Nomborg-Przytyk, *Auschwitz: True Tales from a Grotesque Land*, Chapel Hill, The

University of North Carolina Press, Londres, 1986.

D. Ourisson, *Les secrets du Bureau politique d'Auschwitz*, Amicale des Déportés

d'Auschwitz, Paris, 1946.

M. Pezzetti, *Il libro della Shoah italiana. I racconti di chi è sopravvissuto*, Einaudi,

Turín, 2009.

M. Pollak, *L'expérience concentrationnaire. Essai sur le maintien de l'identité sociale*,

Métailié, París, 1990.

L. Sichelschmidt, *Mala - ein Leben und eine Liebe in Auschwitz*, Donat Verlag,

Bremen, 1985.

J. Spritzer, *Ich war Nr. 10291*, Darmstädter Blätter, Darmstadt, 1980.

Y. Suhl, *They Fought Back. The Story of the Jewish Resistance in Nazi Europe*,

Macgibbon & Kee, Londres, 1968.

S. Venezia, *Sonderkommando Auschwitz*, Bur, Milán, 2009.

K. Wieslaw, *Anus Mundi: Fifteen Hundred Days in Auschwitz-Birkenau*, Penguin,

1982.

OTRAS FUENTES

J. Blawut, M. Zarnecki, *Tšdliche Romanze. Eine Liebe im KZ*, documental TV, Michal

Zarnecki Productions, Varsovia, 1989.

[Birkenau,](#)

[disponible](#)

[en:](#)

<http://auschwitz.altervista.org/portal/index.php?>

[option=com_content&view=article&id=52&Itemid=60.](option=com_content&view=article&id=52&Itemid=60)

Cruz Roja Internacional, *The ICRC in WW II: The Holocaust*, 2014, disponible en:

98

https://www.icrc.org/eng/resources/documents/misc/histor_holocauste-020205.htm .

[Enciclopedia del Holocausto, disponible en:](#)

<http://www.ushmm.org/wlc/it/article.php?>

[ModuleId=10007765](#) (recursos en español en:

<https://www.ushmm.org/es>).

S. G. Esrati, «Mala's Last Words», en *Idea. A Journal of Social Issues*, 1997.

Disponible en: <http://www.ideajournal.com/articles.php?id=15>

R.

Kagan,

The

Auschwitz

Testimony,

1961,

disponible

en:

[http://forum.axishistory.com/viewtopic.php?t=51885o.](http://forum.axishistory.com/viewtopic.php?t=51885o)

«Mala and Edek: Tragic Camp Love», en *Os*, n.º 9, septiembere de 2009.

Points

[critiques,](#)

[56,](#)

[1994,](#)

[disponible](#)

[en:](#)

[\[memoire.be/index.php?lvl=bulletin_display&id=35835.\]\(http://mediatheque.territoires-memoire.be/index.php?lvl=bulletin_display&id=35835\)](http://mediatheque.territoires-</u></p></div><div data-bbox=)

Zeszyty Społeczno-Historyczne, n.º 7, 2013.

99



La historia de un prisionero polaco y una judía que se enamoraron en el campo de

exterminio. Un hecho real, inexplicable e injustamente

olvidado, que la periodista

Francesca Paci reconstruye por primera vez a través de fuentes extraídas de los

archivos del Museo Estatal de Auschwitz, documentos de la época y

conversaciones con los pocos testigos de esta historia de amor que siguen vivos.

Mala Zimetbaum era una joven encantadora, culta y carismática. Hablaba

varios idiomas y las SS la eligieron como intérprete y traductora. Una

mujer de gran generosidad, que ayudaba en todos los sentidos a sus

compañeros de prisión.

Edek, Edward Galin'ski, era una persona fuera de lo común: uno de los

primeros deportados a Auschwitz-Birkenau. Fue testigo del nacimiento y

crecimiento de la máquina de genocidio, pero nunca se

dio por vencido.

En 1944, aunque el Tercer Reich se aproximaba a la derrota, en los campos de

exterminio la masacre continuaba. En este entorno Edek y Mala, enamorados, van al

encuentro de su destino.

«Mala y Edek se quedan solos, de nuevo solos bajo las estrellas; es la primera noche

que pasan juntos, dos veinteañeros que han visto un infierno cada vez más sediento de

sangre y que han salido de él cogidos de la mano. El lager donde estaban encerrados

hasta hace pocas horas es el pasado. Delante se alza la oscura silueta de los Beskid

Ma#y que deben empezar a subir en cuanto salga el sol, momento en el que tendrán

que ponerse de nuevo en marcha.»

Sobre la autora

Francesca Paci (Roma, 1971), después de haber trabajado en las noticias locales en

Turín, fue corresponsal de *La Stampa* en Jerusalén y Londres. Ha ganado el premio

internacional de periodismo Marco Luchetta, el Premiolino Giovani, el Premio Colombe

d'oro per la Pace y en 2015 el Premio Internacional Maria Grazia Cutuli. En 2008 fue

nombrada por el Quirinale comandante honorífica por su esfuerzo en la comprensión de

las «culturas étnicas y las diferentes tradiciones religiosas». Tiene publicados varios

ensayos.

101

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *Un amore ad Auschwitz*

© 2016, Francesca Paci

Publicado por acuerdo con The Italian Literary Agency y
MB Agencia literaria

© 2017, por la traducción, Patricia Orts

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-03-51821-6

Diseño de la cubierta: Sophie Guët

Imagen de la cubierta: Collaboration Js

Conversión ebook: Raquel Martín

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la
protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la
diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve

la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por
comprar una edición autorizada de este libro y por

respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando

libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,

<http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

102

Índice

[Un amor en Auschwitz](#)

[Cita](#)

[Introducción](#)

[1. Mala](#)

[2. El arresto](#)

[3. Edek](#)

[4. Birkenau](#)

[5. El encuentro](#)

[6. La fuga](#)

[7. La ejecución](#)

[Epílogo. Una historia olvidada](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

103

Índice

Un amor en Auschwitz

2

Cita

5

Introducción

6

1. Mala

9

2. El arresto

17

3. Edek

24

4. Birkenau

31

5. El encuentro

50

6. La fuga

66

7. La ejecución

73

Epílogo. Una historia olvidada

86

Agradecimientos

94

Bibliografía

96

Sobre este libro

100

Sobre la autora

101

Créditos

102

104

Document Outline

- [Un amor en Auschwitz](#)
- [Cita](#)
- [Introducción](#)
- [1. Mala](#)
- [2. El arresto](#)
- [3. Edek](#)
- [4. Birkenau](#)
- [5. El encuentro](#)
- [6. La fuga](#)
- [7. La ejecución](#)
- [Epílogo. Una historia olvidada](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Bibliografía](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Sobre la autora](#)
- [Créditos](#)